MASCOTA EN LA GRAN DÉCADA NACIONAL 1857-1867

.08097235
C
1

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE JALISCO-2

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE JALISCO
2

MASCOTA EN LA GRAN DÉCADA NACIONAL 1857-1867

AGUSTÍN MICHEL
y
JEAN MEYER

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

CENTRE D'ETUDES MEXICAINES ET CENTRAMÉRICAINES

MÉXICO, 1994

Centro Universitario de Ciencias
Económico Administrativas
Biblioteca Central
PROCEDENCIA Compra FIL'96
FECHA Dic/96
No. ADQ. 00029979

Primera edición, 1994

Derechos reservados conforme a la ley

© UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
DIRECCIÓN GENERAL ACADÉMICA
EDIFICIO CULTURAL Y ADMINISTRATIVO, 8o. PISO
AV. JUÁREZ Y ENRIQUE DÍAZ DE LEÓN
GUADALAJARA, JALISCO, MÉXICO 44100
© CENTRE D'ETUDES MEXICAINES ET CENTRAMÉRICAINES
SIERRA LEONA 330, 11000 MÉXICO, D. F.
MINISTÈRE DES AFFAIRES ETRANGÈRES, PARÍS, FRANCIA

Impreso y hecho en México

ISBN 968-895-553-1

El Fondo para la Modernización de la Educación Superior (92-15-15) otorgó el financiamiento para la edición de este libro

FOMES • U de G

Y910
972.05097235
M1C

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN

1. El manuscrito 13
2. El autor 14
3. Remigio Tovar 15
4. La guerra civil 18
5. Mascota y su región: entre la sierra y la costa 20
6. Viñetas miniadas 23
7. Cronología 26

Mapa de la región 32

II. RESEÑA HISTÓRICA DE LOS ACONTECIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE MASCOTA 35

III. NOTAS 103

IV. ANEXOS

1. Carta de Remigio Tovar al canónigo Rafael Camacho, agosto de 1968 113
2. Memorias del P. Francisco Javier Gómez sobre 1863 en Guadalajara 121

Esta lucha de diez años, más terrible y sangrienta que la que tuvieron que sostener nuestros padres para emanciparnos de la antigua metrópoli.

Eulalio Ortega (1867)

I. INTRODUCCIÓN

1. EL MANUSCRITO

En su *Historia particular del estado de Jalisco*, publicada en 1910, Luis Pérez Verdía menciona en la página 174 del volumen III una "Reseña de los acontecimientos revolucionarios de Mascota" y precisa: "Manuscrito en mi poder, obsequio del general Corona". Dicho manuscrito fue escrito en 1887, en Mascota, por el licenciado Agustín Michel. Debe haberlo regalado al general y gobernador de Jalisco, Ramón Corona, quien lo obsequió a su vez al historiador Pérez Verdía. En los años treinta de nuestro siglo el manuscrito llegó a manos de don José Ramírez Flores* (1900-1983). Don José, con su generosidad proverbial, regaló una copia del texto a quien lo compila ahora.

El manuscrito es compacto, sin capítulos ni párrafos. Al principio el autor puso una numeración que corre del 1 al 36, pero pronto se cansó. El compilador respetó la numeración y ortografía originales, e introdujo una división de párrafos a los cuales se permitió poner títulos. Añadió al manuscrito original 24 notas, un mapa de la batalla de la Coronilla y dos anexos: el primero es una larga carta escrita en 1868 por el prófugo Remigio Tovar, el jefe conservador de Mascota y el villano de la historia. El segundo es la relación de un tumulto en Guadalajara en 1863, escrita por el P. Francisco Javier Gómez († 1910). Don José tenía una copia de la carta de Remigio Tovar. El texto manuscrito del padre F. J. Gómez se

* El lector encontrará la biobibliografía de don José en *La revolución maderista en Jalisco*, número 1 de la Colección Documentos para la Historia de Jalisco (1992).

encuentra en el Archivo de la Mitra de Guadalajara, entre las Relaciones de 1910.

2. El autor

El autor de la "Reseña histórica de los acontecimientos revolucionarios de Mascota" es sumamente discreto. No firmó su manuscrito, de tal manera que Luis Pérez Verdía no menciona su nombre. Sin embargo, una lectura cuidadosa permite identificarlo como uno de los actores (al principio) y de las víctimas del drama: se trata del licenciado Agustín Michel, miembro, como su adversario Remigio Tovar, de la élite de Mascota. Es poco lo que se ha podido encontrar sobre él. Hijo de don Guadalupe Michel, hacendado y comerciante, estudió en el Seminario de Guadalajara (1842) y ganó el título de licenciado. En 1857 era director político de Mascota, hacendado y comerciante como su padre. Tenía varios hermanos: Francisco, Ricardo, Leonardo (comerciante, casado con una cuñada de Remigio Tovar, doña Refugio San Juan); no se sabe cuál era su parentesco con Luis Michel, quien estudió entre la generación 1832 del Seminario de Guadalajara y luego fue deán. Vale la pena notar que el autor es un liberal moderado, buen católico que, si bien ve con desconfianza y temor el fanatismo religioso del "populacho" conservador, condena con horror la ferocidad de Antonio Rojas y sus "hacheros" liberales.

Se dijo que Remigio Tovar es el villano de su historia. Con sobrada razón. Tovar, pariente político de los Michel, mandó fusilar en abril de 1862 al octogenario don Guadalupe...Vemos, a lo largo de las páginas y de los años, la guerra civil tornarse más y más inhumana. Al principio el guerrillero conservador Francisco Tovar, hermano de Remigio, manifiesta todavía sentimientos civilizados; trata bien a su preso, el licenciado Agustín Michel (el autor). Años después lo hubiera fusilado. Al término de la Guerra de Tres Años (1857-1860) triunfaban ya las malas costumbres; con la llegada de los franceses la guerra se volvió francamente atroz. Sin embargo, Francisco Bulnes pudo escribir con algo de razón: "Aun los clericales mexicanos son liberales comparados con los carlistas de

España, los legitimistas en Francia y los papistas en Italia. El clerical mexicano, fuera de cuestión religiosa, es un partidario leal de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad." *(El verdadero Juárez*, 1904, Ed. El Nacional, 1972, p. 503).

Un Bulnes católico podría escribir: "Aun los liberales mexicanos son clericales comparados con los anarquistas españoles, etc...".

3. REMIGIO TOVAR (?-1898)

Nació en Mascota, estudió en el Seminario Conciliar y en la Universidad de Guadalajara; se tituló de abogado (generación 1845). Luis Pérez Verdía dice que al principio de su carrera manifestó ideas liberales radicales, pero que su "carácter autoritario y algunas rencillas con las familias más liberales de su pueblo —entre otras la familia Michel (n. del c.)— lo llevaron al extremo opuesto, quedando filiado desde 1856 en el partido conservador" (tomo II, p. 423). Parece que su padre se llamaba Gerónimo y que descendía, como todos los numerosos Tovar de la región, de don Casimiro. Tuvo varios hermanos, uno de los cuales, Francisco, lo acompañó en sus andanzas guerrilleras († 1863). Según el P. Agustín Rivera, el canónigo Rafael Homóbono Tovar (generación 1831) no fue su hermano, sino su tío. El canónigo, quien había sido cura de Tepic, salvó la vida de Juárez cuando logró convencer al coronel Landa de no fusilar a sus presos (Guadalajara, 13 de marzo de 1858). El diccionario Porrúa dice que Urbano Tovar (generación 1833) fue su hermano, pero parece más bien haber sido su tío o su primo. Urbano Tovar († 1887) fue abogado, catedrático en la Universidad de Guadalajara, gobernador conservador de Jalisco en 1858, procurador general de la nación, ministro de la Suprema Corte y ministro de Hacienda de los conservadores (1859-1860). Mis fuentes son *Los hijos de Jalisco*, de Agustín Rivera (2a ed., Guadalajara, 1897, Escuela de Artes y Oficios), y la ciencia del buen amigo Guillermo Tovar, quien conserva, entre los papeles de la familia Gordoa, correspondencia de Remigio Tovar (1883-1884).

Remigio Tovar, al casarse con Refugio San Juan (su suegro fue un conservador moderado de Jalisco) resultó pariente político de los Michel, ya que Leonardo Michel se había casado con una hermana de Refugio.

Levantado en armas de 1857 a 1863, Remigio Tovar fue secretario del gobernador conservador de Jalisco, el general Leonardo Márquez, alias el Tigre de Tacubaya. Imperialista, publicó en Guadalajara en 1865-1886, con el licenciado J. Joaquín Castañeda, el periódico *El Tavro* (su anagrama). En 1867 se escondió en Querétaro bajo la protección de su antiguo maestro, el canónigo Rafael Camacho. Luego se escondió en la ciudad de México. Cuando salió de la clandestinidad trabajó como molinero en Tacubaya y volvió a publicar en los periódicos católicos, pero siempre con seudónimo. Abandonó la política por el misticismo y disertó sobre los ángeles.

Copio textualmente de las páginas 117 a 125 del libro de Agustín Rivera las líneas siguientes:

D. REMIGIO TOVAR

Nació en Mascota (no sé que año) i fue educado por sus tios carnales D. Rafael H. Tovar, Canónigo de la catedral de Guadalajara, ardentísimo conservador, amigo del General Leonardo Marquez, i del Lic. D. Urbano Tovar, tambien mui conservador i Ministro de Miramon. Estudió en el Seminario de Guadalajara gramática latina y filosofía, que concluyó en agosto de 1845, obteniendo uno de los primeros lugares. Estudió derecho civil i derecho canónico en la Universidad de la misma ciudad i recibió el título de abogado.

En la Guerra de Tres Años fué Coronel reaccionario i secretario del general Leonardo Marquez, a quien se asemejaba mucho. En tiempo del Imperio llegó a General de brigada. En mis Anales de la Reforma y del Segundo Imperio refiero brevemente los principales hechos de armas de Tovar. Desde su juventud hasta su muerte fué escritor público, i sus escritos son conforme a la regla general (con rarísimas excepciones) de Buffon: "El estilo es el hombre". Desde la caida del Imperio vivió en el aislamiento i la pobreza en la capital de México i en Molino del Rey, i murió en el hospital de Jesus el dia 20 de marzo del año próximo pasado (1896).

Casi nunca ejerció la profesión de abogado i era mas de su gusto y conocia mas del derecho canónico que el civil, como lo prueba entre otros escritos suyos, su artículo a modo de disertación, que publicó "El Tiempo"

en varios números del mes de diciembre de 1893, artículo intitulado "El IV Concilio Provincial Mexicano y el I Provincial de Antequera" (...)

De las cualidades características de D. Remigio Tovar, unas le fueron favorables y otras adversas. Su excelente talento, su grande instruccion, principalmente en las obras de Donoso Cortes, Ventura de Ráulica, Augusto Nicolas, Orti y Lara, Sardá y Salvany i otros autores semejantes, su estilo claro i enérgico, i con frecuencia vehementísimo en las conversaciones i en la prensa, su valor i audacia, su firmeza i constancia en sostener los principios conservadores, cualidades todas de un corifeo, le conquistaron muchos correligionarios. Pero sus ideas conservadoras llevadas al extremo, su independencia completa en religion i en política, i pasiones mui fuertes, hacian que los conservadores moderados, sacerdotes i seglares, tuvieran con él acaloradas disputas i disgustos, i evitáran las estrechas relaciones en él mismo. Muchos conservadores mui ricos (Obispos, Canónigos, togados, agiotistas i los que Guillermo Prieto llama *próceres de abarrote*) hubieran proporcionado al General Tovar en sus oficinas eclesiásticas i tipográficas, bufetes i casas de comercio un destino independiente del Gobierno Civil, destino que le habria producido lo suficiente para una decente subsistencia, evitando que cayera en la pobreza i fuera a dar a un hospital; pero todo destino exige el trato social, i todo trato social exige la tolerancia de las ideas i sentimientos de los demas, siquiera sea por prudencia i urbanidad; mas a aquella alma basada en un duro temperamento orgánico, hecho mas rudo en los campos de batalla, le era antipática la tolerancia. En conclusión, el General Tovar tenia muchos *correligionarios*, pero no tenia *amigos,* por lo cual vivió muchos años en el aislamiento, *aun de su esposa i sus hijos,* i en la pobreza i murió en un hospital.

Tovar y yo fuimos en nuestra juventud concolegas en el Seminario de Guadalajara i amigos, i desde entonces nos tratábamos de tú; mas en nuestra edad madura, y en nuestra vejez tuvimos en política ideas mui diversas, i en algunos puntos contrarias. Por lo cual, aun que en su última época nos enviábamos por medio de algunos laguenses afectuosas memorias, no tuvimos amistad. Por esto temo no ser imparcial en este artículo biográfico. Aquellos de mis lectores que trataron al Lic. Tovar (i que no sean ultraconservadores como él), juzgarán si al referir las cualidades y características del mismo Sr., digo bien o mal.

4. La guerra civil

Duró diez años. Empezó en 1857 con la Guerra de Tres años, inmortalizada en Jalisco por Manuel Cambre, se prolongó como guerra de guerrillas entre 1860 y 1863 y se complicó con la Intervención francesa y el imperio de Maximiliano hasta 1867.

Testigo de los acontecimientos, el P. Agustín Rivera, autor de los *Anales de la Reforma y del Segundo Imperio,* ha resumido de manera nsuperable la naturaleza del enfrentamiento:

> En la Guerra de Tres Años, la Constitución de 1857, las Leyes llamadas de Reforma dadas por Juarez en Veracruz; los estudiantes de los Seminarios i de las Universidades, cambiando el libro por el fusil, i los labradores el arado por el gorro frigio; algunos ministros i curas, con las armas en la mano en defensa de "Religion y Fueros"; a la inversa, algunos ministros i Curas, como el Dr. D. José de Jesus Huerta, i hasta miembros del Cavildo Eclesiástico de la categoria de un Verdia y un Caserta, a la vanguardia del partido liberal *radical*; cambios tan notables como el del Cura del Sagrario D. Jesus Ortiz, que despues de ser muchos años uno de los jefes del partido liberal en Guadalajara, se convirtió en uno de los corifeos del partido conservador; los frailes i sus conventos, los Obispos perseguidos i fugitivos (i poco despues apedreados i expatriados), los robos generales en poblado i en despoblado, bandidos inauditos hasta entonces en la nacion mexicana, como un Antonio Rojas i un Manuel Lozada, peores que Martin Garatuza i Albino Garcia, i en fin, la novedad i gravedad de los acontecimientos i el choque de las opiniones políticas producian odios encarnizados, amargos recuerdos del pasado i ardientes protestas i juramentos para el porvenir, corrillos en calles i plazas, intrigas en casas i conventos, discursos cívicos que podian arder en un candil, sermones que no les iban en zaga, una lluvia de papeles públicos, enemistades entre las familias, desunion hasta entre hermanos i entre padres e hijos, la sangre derramada en abundancia en los campos de batalla, la horca, que no se habia visto desde el tiempo del gobierno español, i una conmocion general en la sociedad, hasta el grado de que algunas personas que habian presenciado la Revolucion de Independencia (como la Señora mi madre), juzgando bajo la impresion del espanto i de grandes trabajos, i no con fria razon, les parecia que la Revolucion presente era mas fuerte que la de la Independencia.

Al propio tiempo, papeluchos i excentricidades, como los del Dr. Lopez i Herrera, el "songolongo" que traian los dos con el bondadoso Sr. Obispo Espinosa, la coronacion de Leonardo Marquez en Guadalajara, la Misa por el "siervo de Dios Miguel" en la misma ciudad, peripecias ridículas de la vida privada i otras comedias daban lugar a murmuraciones, sátiras, i una hilaridad general. Guadalajara en 1859 (como tambien México, Zacatecas i otras muchas ciudades), era una cosa parecida a la Roma del tiempo de Tácito: *urbe sermonum avida, nihil relicente et fecunda gignendi inimicicias,* que D. Emilia Pardo Bazan traduce: "una ciudad incapaz de callarse la boca, amiga de murmuraciones, enredadora, lenguaraz y refitolera".

Y sigue más adelante:

¡Tiempos terribles aquellos que vieron mis ojos! i que como yo era jóven me parecian hermosos. Como lo muestran mis "Anales de la Reforma i del Segundo Imperio", para recordar tales tiempos tomo todavia la pluma con placer a los setenta i cuatro años, i quisiera poseer el lenguaje de Cervantes i Mariana, de Balmes i Ferrer del Rio para narrarlos.

¡Hondo resonó el grito de Ayutla allende el Mezcala hasta el Cabo Catoche, i aquende el Mezcala hasta el Bravo i el Cabo de Todos Santos, i parecieron brotar de la tierra inumerables combatientes! Hábito y casaca vestian los unos; blusa y sombrero de palma los otros. I unos i otros sustentaban a pié firme sus principios, sin ceder ni un palmo de terreno. Cayeron las hojas de la oliva, i ardia la zarza de Horeb i florecia la palma. Viéronse garridos estudiantes (como mi biografiado) dejando las aulas i llevando la mochila, artesanos i vaqueros portando charreteras que no desmerecian; e indios civilizados que tenian conciencia de sus derechos sociales i gran valor para sustentarlos con las armas, indios que no se habian visto mas de tres siglos, desde los tiempos de *Xicotencatl i Cuauhtemoctzin.* Corrian en el estadio Osollo i Zaragoza, Miramon i Porfirio Diaz, Mejia i Negrete, Castillo i Gonzalez Ortega, atletas enardecidos por bravos acicates. En el púlpito no se oian los murmullos del Líbano i del Cedron, ni en la tribuna los acentos del Abrazo de Vergara, sino en aquel los truenos del Sinai i en esta la palabra de Cayo Graco. La lira no despedia eróticos suspiros, sino el sonido de las trompetas, el relinchar de los corceles, el combate que purifica al fuerte, la agonia de Epaminondas i Leonidas, el aria de la muerte por la patria i el pregon victorioso de las dianas.

¡Qué horrible es la ignorancia i la barbarie!, sin embargo, que hermoso es ver al campesino pelear por el campanario de la aldea donde nació, i al comanche defender su aduar, i al ave defender a picotazos el caliente nido en que duermen sus hijos! Por que ese campanario, ese aduar, ese nido, son las imágenes de **la patria.** ¡Qué pequeño es Fernando VII!, i ¡qué grande es Pípila! Espantosa es la guerra i bella es esta sentencia de Ciceron, de quien la tomó San Agustin: "El fin de la guerra es la paz", i con la paz el progreso. Mui amarga es la paz colonial, hija de la enervacion i de la servidumbre, i mui amado es el progreso hijo de la guerra, hijo de la sangre de un pueblo.

La Guerra de Tres Años fue la crísis sociológica i trabajosa en la vida del pueblo mexicano. ¡Recia lucha de principios sociales!, en la que, como ha sucedido en todas las revoluciones, no ya civiles, sino sociales, se vieron juntos heroes i bandidos, hazañas gloriosas, grandes caracteres, hechos dignos de perpetua remembranza, i estrujados en uno i otro bando los derechos, las personas i las haciendas de todos por inumerables abusos i crímenes".

(*Los hijos de Jalisco,* pp. 109-110; 126 y 127).

5. MASCOTA Y SU REGIÓN: ENTRE LA SIERRA Y LA COSTA

Heriberto Moreno tiene la palabra:

De la Costa para arriba, la selva tropical de amates con raíces fantasmales, enlazados de lianas y tocados de musgos y orquídeas. Y más allá, las elegantes acacias y ceibas y las masas densas de los capomos. Mundo verde, oscuro y solemne del pecari, el tigrillo, la onza, el puma, el jaguar y el caimán. Nidal del amarillento cincuate, el coralillo de cinto negro, amarillo y rojo, la nauyaca barbiamarilla,el negro cantil punteado de blanco; mortíferos a cual más. En sitios secos y pedregosos, manchado de amarillo y negro y cargado de veneno, el horroroso escorpión, mal pariente de las verdes iguanas de ojos de sangre, que prefieren el boscaje.

En las tierras altas, furtivas comadrejas, zorras astutas, apestosos zorrillos, observadores tejones, coyotes ululantes, esquivos venados cola blanca, liebres y conejos vagabundos e inquietas ardillas. En el día cruzan los aires gavilanes, aguilillas, tordos, urracas, cuervos negros y azules, pájaros carpinteros, cenzontles, clarines, gorriones, calandrias, palomas

y güilotas. Durante la noche hacen su ronda el gran duque, el tecolote y la lechuza, y se encienden las luciérnagas.

Hombre y costa

En ese Jalisco con manto de tierra negra y gris, en los valles costeros, el hombre en lucha abierta contra el clima excesivamente cálido, húmedo, malsano y plagado de zancudos, jejenes, niguas, pinolillos, conchudos y alacranes, alterna con los bosques de caoba, rosamorada, granadillo, linaloe, tampecirán, ceiba y cedro, sus limoneros, palmeras, cocoteros, piñoneros, chicales, platanales, tabacales y maizales. En cambio, en los suelos rojos y cafés encarnados de las tierras elevadas, los pastos altos y nutrientes, junto con las gruesas y cerosas hojas del capomo, generan en el escaso ganado buenas carnes y pieles lustrosas. La ganadería era de ramoneo. Las reses creaban sus rutas hasta dar con su alimento. Los vampiros las atormentaban. Fueron las reses las primeras colonizadoras de la costa; pues, agostada por ellas una zona, podía después el hombre abrir los terrenos. Pocos eran los ganados estabulados, frente a los que dependían de las limitaciones de los aguaceros y los aguajes. Asimismo, agricultura y horticultura quedaban al amparo del temporal de lluvias. Plantas y arbustos crecían entre la maleza y los zacatonales. Las nubes y la exuberancia de la tierra suplían las fallas del cultivo.

Imposible soñar con un riego sistemático. El caudal de los ríos, cortos y broncos, como el Cuale, el Quiniste y el China, de Bahía de Banderas, y El Tuito, Tomatlán, San Nicolás, Purificación y Cihuatlán, entre Cabo Corrientes y Colima, salía al mar; menos el que iba a aumentar los pantanos. También al mar, en los fondeaderos de Tomatlán y Chamela, pero más en Puerto Vallarta y Barra de Navidad, salía con rumbo a otros puertos mexicanos o estadounidenses; aceite de coco, chicle, madera fina, plátano y algo de maíz, frijol, arroz, ajonjolí, tabaco, garbanzo y cacahuate. La pesca, primitiva y desarmada en la lucha contra las fuerzas desconocidas del mar y los vientos, daba para comer y ya.

La Costa más parecía una "isla" que, aunque pegada materialmente al suelo jalisciense, estaba separada de él por las sierras. Una brecha indomable hasta para las mulas, bajaba de Mascota a Vallarta. Otra curveaba de Barra de Navidad a Chamela. No pasaban entonces de pobres pueblos El Tuito, Tomatlán, Cihuatlán, La Huerta, La Resolana, Cuautitlán y Purificación. Se podía decir que aquel Jalisco, donde el ritmo de las estaciones sólo oscilaba entre "las aguas" y "las secas", no había mejorado ni empeorado en siglos. Tal vez si regresaran del seno del tiempo los expedicionarios que en 1564 zarparon de Navidad para conquistar las Filipinas; o si volvieran a anidar en Chamela y Teopa los corsarios y

piratas extranjeros, azote del galeón de Manila, la costa les parecería la misma.

El tiempo vacío de acontecimientos

Para la historia campanuda que se hincha con los chismes de las ciudades, con las cabriolas de los políticos, con las matanzas de los héroes de la guerra, con los números y nombres de la producción económica, cultural y artística, la costa jalisciense, hasta septiembre de 1953, no pasaría de ser más que una entidad geográfica con un tiempo vacío de acontecimientos conmemorativos. En efecto; se sabe que algún grupo prehistórico dejó en ella concheros, como señal de su paso y de su dieta marisquera. Los pocos españoles que por ella se aventuraron a vivir de los cacaotales, pronto desistieron. Los funcionarios coloniales no hacían más que guardar el campo, remitir algún informe, dar el grito de alerta contra los piratas o avisar del paso hacia Acapulco de la nao de China. Se independizó de España, sin saberlo ni buscarlo; fue cosa de toda la nación. Quedó incorporada al Estado Libre de Xalisco por la misma razón que antes fuera del Reino de Nueva Galicia.

(*Jalisco. Esta tierra.* Guadalajara, 1982, pp.16-18)

Mascota se encuentra enclavada en la Sierra Madre Occidental, en la sierra de Mascota, junto al río del mismo nombre. Cuando escribía Agustín Michel, las tierras del municipio llegaban hasta el Pacífico y toda la región seguía casi despoblada. Los únicos poblados algo importantes eran Mascota, con 5 ó 6 000 habitantes, San Sebastián, Guachinango, Talpa, con su famoso santuario, Tomatlán y Las Peñas (hoy Puerto Vallarta). En el campo, haciendas, ranchos y rancherías empezaban a extenderse en forma de frente pionero de colonización estimulada por la minería de los gambusinos. Las sierras han dado a la región, hasta 1950, y casi hasta la fecha, un aislamiento que le ha permitido conservar una personalidad muy marcada y muy reacia.

En los años 1857-1867, como en el Porfiriato, la influencia político-administrativa de Mascota abrazaba a los municipios y pueblos vecinos ya mencionados, de manera que cubría una zona de más o menos 13 000 kilómetros cuadrados, precisamente la zona que sirve de teatro a los acontecimientos reseñados por Agustín Michel.*

* Para los años posteriores ver Carlos B. Gil. *Mascota 1867-1972. Gobierno del estado de Jalisco:* UNED, 1988.

6. VIÑETAS MINIADAS

No está en el poder del compilador recrear un mundo. Le hubiera gustado pedir ese milagro a Agustín Yáñez, compañero de juventud de don José, pero como nos dejó don Agustín para alcanzar a su amigo, queda el recurso apenas tramposo de citar esas líneas suyas, escritas en 1921, y publicadas en 1931 por algunos amigos:

> Caminos. Aridos, jalosos, tostados de sol. Como viejos sin una ilusión. Bajan, suben, sin una perspectiva. A tardes se les acercan uno, dos, cinco árboles. A tardes llora un manantial. Vetas de jal en peregrinaciones, inmóviles porque Chimalhuacán ha caído en manos enemigas.
>
> Puertecitos. Al alcanzar una cumbre. Al salir del boscaje. Al llegar a un derramadero. Al terminar un camino en zanjón. Como si abriésemos de súbito los ojos. (Como se rompió la inocencia). Como si una hada nos tocase con varitas de virtud. Y luego los tapices de maravilla, los gobelinos de ensueño: las lejanías.
>
> Lejanías, las que tiemblan a la hora del calor. Las que se esfuman en azul. Ansias de lo que está al cabo de un camino. Lejanías que no sabemos si el camino acariciará: una arboleda, una barranquilla, una hondanada húmeda que en el paisaje ponen notas de gracia divina y en el cansancio y el calor confortan. Tejados lejanos escuetos o entre frondas. Sed peregrina. Samaritanas a la vuelta de un vial. Lo insospechado de una curva. Lo insospechado de las lejanías. Lejanías que se aúnan al encanto de lo ido y lo porvenir. Lejanías teñidas de azul.
>
> A la vera de los caminos, enterradas en montoncillos de piedras, cruces que recuerdan muertes. Cruces torcidas, de breñas y atadas con raíces; cruces garlopadas, teñidas de negro: sufragios piadosos de algún aldeano, quizá de alguna mujer que "supo el caso" y aún sobre la sangre caliente erigió larga súplica a los caminantes. Recodos de camino sembrados de cruces. Campos casi cementerios. La tragedia de esta tierra nuestra, inseparable amiga de la muerte, seminario de riñas y fusilamientos.
>
> Y ríe la tierra. Y el camino brinca. Y sobre la pompa de un árbol canta un jilguero.
>
> Jumentos aparejados, trotean si el chirrión del arriero restalla. Recuas de jumentos que van alzando polvo. Las señoras y las doncellas en camuca; los niños en sillitas con las patas al cielo y guardados del sol con toldos de sábanas sobre carrizos: diríanse sultanes; los hombres sobre el

aparejo, con las piernas abrazando el pescuezo del animal. Señoras, niños y señores, caminan diciendo que sí con evangélica mansedumbre.

Y el arriero socarrón silba que silba.

— Arriero, arriero, Canutita se cae.

— Arriero, arriero, ayuda a bajar a Canutita.

— Arriero, arriero, ayuda a subir a Canutita.

— Arriero, aprieta el aparejo a Canutita, compónle la camuca.

— Arriero, córtale a Canutita esa flor.

Y el arriero silba que silba, canta que canta, arrea que arrea. Socarrón.

Las recuas van por largos caminos de malas palabras. Y se apresuran.

Bajar las barrancas antes de amanecer y encontrar los locos atajos de carboneros o las conductas de ganados. —¡Corta, corta, burros!... Y las peñas que repiten hasta el abismo: corta, corta, corta.

Media noche barranqueña. Carboneros, violentitos, como fantasmas canta para ahuyentar fantasmas.

Recuas de mulas cargadas de tequila. La mula caponera sabia en vericuetos con alegre campana en el cuello. De tequila, de Arenal.

La guía es un diminuto barril con licor que traen los arrieros tequileros. ¡Qué gusto les da a los amigos encontrárselos en caminos o mesones!

Mulitas macizas para las barrancas, para las jornadas trabajosas.

Bríos del caballo: saltando, caracoleando. Mucha sangre, mucha plata. Orgullo soberbio. Fiestas de sol.

Caballejos de hidalgos pobres que no son hidalgos porque Nueva Galicia es Jalisco, estado libre y soberano de la democrática República de Méjico. Caballejos de las jornadas perezosas, a alquiler, en que piensa el estudiante bruja que ya sabe declinar *musa musae*.

Burros y bestias. Según la arriería los burros no son bestias. Bestias son las mulas, los machos, los caballos. (Ambiciones de los estudiantes por llegar al pueblo, cuando las vacaciones, en una bestia: desesperación de ir en burro, en aparejo.)

—Ya es hora de sestear, Güero.

—Pos nomás llegamos donde haiga sombrita. Ay delante hay un arroyo de agua buena, zarca.

.....

—Cuánto nos falta, Güero.

—Hay nomás, trastumbando esa loma, luego luego.

.....

Y es hora que no sesteamos.

Encendiendo boñiga seca para calentar los tacos, mientras Cosme baja al ojo de agua a llenar el bule, Sebastián cuenta a Camilo: —"El año

que me casé eché el primer viaje de familias. Se m'hicieron más trabajosas. Antes nomás carga. Truje una familia de muncho requilorio: nunca había salido de la ciudá. —¡Que me caigo, me caigo!— gritaban las mujeres —y aunque no s'iban a cair, de que se les ponía se cayían. Son re trabajosas las tapatías p'andar en el camino. La burla que les hacen en el pueblo por sus chiqueos.

Cosme, Camilo y Sebastián son arrieros que van por los caminos de Guadalajara a los pueblos. Para sestear desaparejaron (...)

ACUARELA VIEJA

Arriba, amplio cielo limpio; a los lados, frondosidad y frondosidad, caumiles cercados de peñas gigantes, chozas entre el follaje, hondanadas pequeñas, diminutos valles pintados de casas, de corrales, de ganados, de peones en manta ancha y con jorongo colorado; la serranía que se prolonga, forma un flanco, da vuelta y declina hasta hacer una meseta que muere por ampliar el valle, se prolonga a la derecha, majestuosa, soberbia, hasta juntarse con El Grullo, dividiéndola un momento la barranca hambrienta con sus peñas como colmillos de dragón; hambrienta, angosta, sombría; entre las peñas crecen los espinillos y los órganos, en las hendeduras de la roca asoman las yerbas de vestido tierno; de uno a otro lado revolotean los zanates, enderezan su vuelo hacia el río, se bañan, lanzan gritos agudos, y remontan el vuelo.

Como en potente biplano estamos viendo abajo el pueblo que parece un juguete de yeso y de cartón, un perfectísimo juguete cuya dueña adornó con la cinta del río manchada de pedregales en remanso; hay trepaderas en los balcones; puertas de dos recias residencias de señor: manchones verdinegros en la plaza; las almenas de la parroquia y la torre de yeso como templete infantil, o como ave maría ranchera aficionada al teatro del crepúsculo en que representa al polichinela sol y la luna empanizada.

Es tarde. Las más lejanas sierras se ponen foscas. Una sombra borrosa comienza a envolver los árboles, baja a la barranca, se extiende por el pueblo, y el valle, y los montes; sube luego hasta el cielo y prende de él un cortinaje más negro y más denso.

Bajemos por el sendero, —tepetate y arena—, luminoso en la semioscuridad del cerro. No hagáis caso de la muriente algarabía de los zenzontles que se acurrucan, ni os conmuevan fragancias vesperales: corred, ya en la cumbre del cerro está la noche. ¿Oís? Las ranas en el fondo de la barranca rezan contra los aparecidos y las ponzoñas, rezan a San Jorge; disminuyen los ruidos; mugen modorras las reses porque les hace

piruetas un tábano palúdico. Y como epílogo del día la campana de Torrecilla, recogiendo las buenas obras vecinales, condensa en el toque de avemarías siete padrenuestros que suben lentamente porque mucho pesan el sudor y la tristeza aldeanos.

La vanguardia del pueblo, como los mendigos que van siempre adelante de la procesión: jacales y tapias deslavadas; una calle larga, dada de cal, mojada en la confusa claridad; perfume de calor femenino en las macetas de las ventanas; en las puertas celebran consejo de alegría las muchachas; una bocacalle; en la esquina tres ciudadanos; otra cuadra de casas irregulares, de tiendas tristes; la casa de los Figueroa que están en la ciudad: nueva bocacalle; más casas y más tiendas con el dependiente mal parado, en camisa, atisbando; recorremos otra cuadra; en casa vive Amparo; otra y otra calle; la plaza y los mechones del frutahornero y el cacahuatero. La noche cerró su casa puerta adentro. En cada esquina se enciende un farol; los faroles simulan una peregrinación de luciérnagas que se quedaron tiesas sin siquiera alcanzar a apagarse. Aquí está la parroquia, viuda en tocas. Llaman al rosario, y obedeciendo vieja costumbre suben al atrio los vecinos, charlando, fumando: las mujeres entran de rondón, mientras que los hombres esperan la última y acaban la "viejita" en un último rechupete; tosen; guardan silencio devotamente; se pierden. Me he fijado que los vecinos andan encorvados; hasta los niños se ven jorobaditos. (Arriba un pedazo de cielo estrellado en el patio aplastante de las montañas).

(Agustín Yáñez. *Kodak emocional*, 1931).

7. CRONOLOGÍA

1855 La revolución de Ayutla triunfa.

1856 Ley de desamortización de los bienes de comunidades eclesiásticas y civiles.

1856-57 Levantamientos en la región de la laguna de Chapala y de la sierra de Mazamitla, ligados a la ley anterior. Aplastados en marzo de 1857 por el general J. N. Rocha.

1857 abril-Promulgación de la nueva constitución. Motines en Lagos, San Juan de los Lagos, Zapotiltic, Tonila, San Gabriel, Mascota, etcétera.

septiembre-Lozada levanta los cantones de Tepic, Colotlán y Mascota.

octubre-Campaña de J. N. Rocha contra Lozada. El Partido Liberal de Jalisco se divide en "puros y moderados".

diciembre-Golpe de Estado de Tacubaya (Félix Zuloaga, Ignacio Comonfort).

1858 Zuloaga, presidente conservador. Benito Juárez encabeza la continuidad constitucional. Llega a Guadalajara el 14 de febrero con Santos Degollado y Melchor Ocampo. El 13 de marzo el cuartelazo de Antonio Landa está a punto de provocar su muerte. Lo salva el canónigo Rafael Homóbono Tovar. Sale para Colima. El 23 de marzo los conservadores toman Guadalajara; su gobernador es el licenciado Urbano Tovar, hermano de Remigio y Francisco. Pedro Ogazón encabeza el gobierno liberal "puro" de Jalisco. Santos Degollado es el general en jefe del ejército federal.

junio-Primer sitio de Guadalajara por los liberales. Dura 17 días, hasta la llegada del conservador Miguel Miramón, quien derrota a Degollado.

25 de septiembre-27 de octubre, segundo sitio de Guadalajara. Degollado toma la ciudad pero es derrotado por Miramón cerca de Poncitlán, el 14 de diciembre, y de Colima, el 26 de diciembre, en San Joaquín.

1859 Miramón, presidente conservador, nombra como gobernador de Jalisco al general Leonardo Márquez, con el cual Remigio Tovar anda de secretario.
En abril los liberales toman Colima, pero Degollado sufre una terrible derrota el 11 de abril en Tacubaya. En junio Márquez toma Tepic.

julio-Leyes de Reforma.

noviembre-Lozada toma Tepic. Muerte del general liberal Esteban Coronado. Miramón, después de derrotar a Degollado cerca de Querétaro, en Estancia de Vacas, entra a Guadalajara. Nombra gobernador al general Adrián Woll.

diciembre-El día 14 Miramón derrota a los liberales en la Albarrada, cerca de Atenquique, y toma Colima. Muerte del general J. N. Rocha.

1860 El 27 de enero el guerrillero liberal Antonio Rojas fusila a 170 personas en San Juan Bautista del Teúl, Zacatecas. En febrero Rojas toma Zacatecas, en marzo y abril derrota a Lozada en Tepic. El 10 de mayo los liberales derrotan al general Calatayud en Lomas de Ixcuintla.

mayo-junio-Tercer sitio de Guadalajara. El general liberal Uraga ataca la ciudad pero cae preso. Miramón viene a Guadalajara.

agosto-Derrota de Miramón en Silao, Guanajuato.

septiembre-octubre-Cuarto sitio de Guadalajara. La ciudad cae el 3 de noviembre. Empieza la campaña liberal contra Lozada. El 22 de diciembre Miramón sufre la derrota final en Calpulalpan a manos del general Jesús González Ortega.

1861 El gobernador y general Pedro Ogazón encabeza la campaña contra Lozada hasta marzo; luego le toca a Antonio Rojas hasta agosto. Ogazón tiene que volver a Tepic en noviembre-diciembre pero Lozada sigue invencible. A fines del año la flota anglo-franco-española llega a Veracruz.

1862 Anarquía en Jalisco.

marzo: derrota completa de Remigio Tovar.

abril: los franceses violan los Tratados de Soledad.

5 de mayo.

junio: levantamiento de Lozada.

noviembre: Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, se encarga del gobierno de Jalisco por órdenes del presidente Juárez.

1863 Anarquía en Jalisco.

17 de mayo-Los franceses toman Puebla.

junio-José María Arteaga, gobernador y comandante militar de Jalisco.

noviembre-Los franceses salen de México hacia Morelia, Querétaro, Aguascalientes, San Luis Potosí.

1864

6 de enero. Entrada de los franceses a Guadalajara. Arteaga se retira.

Junio-Maximiliano en México.
Caos en las filas republicanas. Deserción de varios liberales de Jalisco. Guerrilla de Rojas, Simón Gutiérrez, el Chino. Ramón Corona en Sinaloa, Herrera y Cairo y Julio García en Colima y el sur de Jalisco.

5 de noviembre-El general Douay a Colima.

22 de noviembre-Clinchant derrota a Arteaga en Jiquilpan.

1865 Apogeo del imperio.
Política de terror del ejército francés. El general Neigre, jefe de las operaciones en Jalisco. Berthelin encabeza una contraguerrilla feroz en el sur de Jalisco. Corona, en campaña en Sinaloa.

1866 Crecimiento de la guerrilla liberal en Jalisco.

abril-París anuncia su retirada antes de que termine el año.

noviembre-Muerte del terrible Berthelin. El general Eulogio Parra pasa de Nayarit a Autlán y Tecolotlán.

diciembre-Neutralidad de Lozada.

18 de diciembre-Parra derrota a los franco-imperialistas en la Coronilla, cerca de Santa Ana Acatlán.

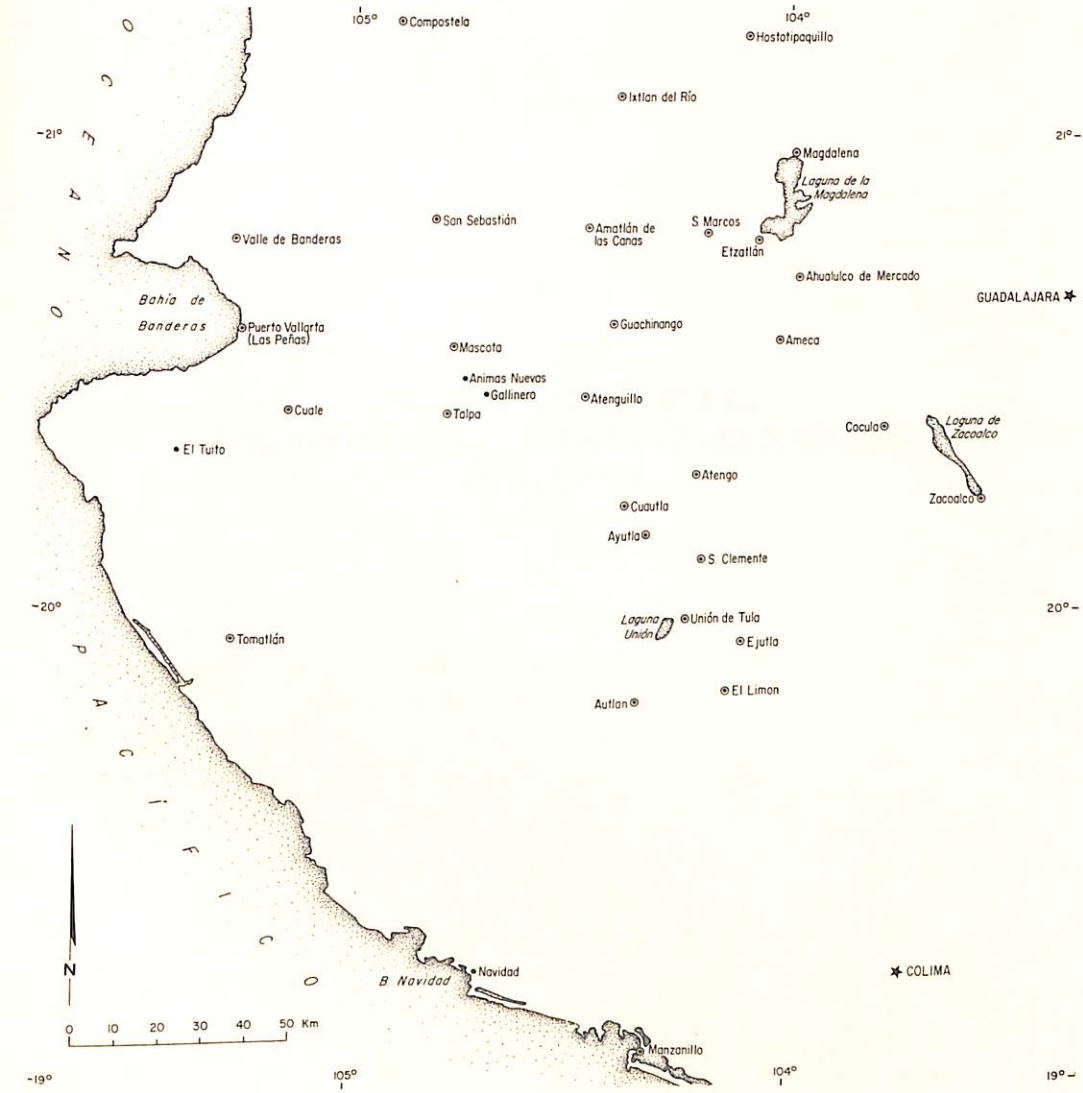
21 de diciembre-Los liberales entran a Guadalajara.

1967 marzo-mayo-Sitio de Querétaro.
Jalisco: gobierno provisional de Antonio Gómez Cuervo, quien resulta gobernador electo en noviembre.

1867-68 Desorden político-social en Jalisco. Como consecuencia de su pleito con Ignacio L. Vallarta, a Gómez Cuervo lo suspende, un tiempo, el Congreso de la Unión. Vallarta no dura mucho, Gómez Cuervo regresa el 15 de febrero de 1869 para afrontar más conflictos.

Antonio Rojas

Gral. Remigio Tovar


105°
Compostela
104°
Hostotipaquillo
Ixtlan del Río
21°
Magdalena
Laguna de la Magdalena
San Sebastián
Amatlán de las Canas
S. Marcos
Etzatlán
Valle de Banderas
Ahualulco de Mercado
GUADALAJARA
Bahía de Banderas
Puerto Vallarta (Las Peñas)
Guachinango
Ameca
Mascota
Animas Nuevas
Gallinero
Atenguillo
Cuale
Talpa
Cacula
Laguna de Zacoalco
El Tuito
Atengo
Zacoalco
Cuautla
Ayutla
S. Clemente
20°
Laguna Unión
Unión de Tula
Tomatlán
Ejutla
El Limon
Autlan
N
B. Navidad
Navidad
COLIMA
0 10 20 30 40 50 Km
Manzanillo
19°
105°
104°

II. RESEÑA HISTÓRICA DE LOS ACONTECIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE MASCOTA

I. RESEÑA HISTÓRICA DE LOS ACONTECIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE MASCOTA[1]

1.- La historia política de Mascota, tomada desde el año de 1857, puede decirse la historia de sus desgracias, que no reconoce otro origen que el capricho y la depravación de un solo hombre, sobre quien pesa una inmensa responsabilidad.

2.- Don Remigio Tovar,[2] nativo de aquí, que en su carrera de estudiante llegó á manifestar ideas liberales muy avanzadas, ya que se recibió de abogado, se casó y estableció en esta ciudad, engreído tal vez con su talento que le conocían amigos y enemigos, como también con su genealogía, en la que contaba con un tío canónigo y otro jurisconsulto de nombradía, propendió a adquirir en la población una preponderancia que cuadraba mal con las ideas liberales que profesaba en lo general el vecindario de entonces y con la unión y concordia que reinaba en él.

3.- Con motivo de ciertas rencillas de un pariente pobre de Tovar, este se puso en pugna abierta con la familia Michel, una de las principales, y por concomitancia con las demás personas que no secundaban sus miras díscolas y de oposición al partido liberal, que llevó á cabo hasta filiarse á cara descubierta en el conservador. Sus relaciones se redujeron entonces casi á las del cura párroco Don Manuel Echeverría, con quien hizo alianza para combatir alguna vez por medio de la prensa, el proyecto de la Constitución del citado año de 57, que se discutía en el Congreso constituyente.[3]

4.- Así preparados los acontecimientos, dos individuos de la clase media, que no teniendo ocupación ninguna lucrativa para atender al sostén de sus familias, se reunieron un día en la casa de uno de ellos a discutir la manera de salir de apuros, atinaron con la de pronunciarse y

detenidos luego en pensar sobre el pretexto y la persona que pudiera encabezar el movimiento, se acordaron para lo primero de la Constitución y para lo segundo de Tovar y de Don Francisco R. Guerrero, subteniente ó teniente retirado del ejército que había venido á esta población á desempeñar la Receptoría de Rentas, y habíase radicado ya, porque en virtud de sus ahorros casó bien, es decir, con muger no pobre.

5.- El plan de los ociosos surtió su efecto, pues que comunicado á los caudillos que eligieron, le dieron estos acogida y comenzaron por promover reuniones secretas en las orillas de la población, para hacer su propaganda fanático-religiosa, pintando al populacho como herética la constitución citada.

6.-Fué así que á mediados de Abril del año mencionado, al irse á publicar aquella ley fundamental en la plaza de armas, siendo Director político el licenciado Don Agustín Michel,[4] el populacho se amotinó sobre los agentes de la autoridad gritando ¡Mueras á la Constitución y vivas á la religión católica!

7.- Impedida así la publicación de aquella, se disolvio el motin por todo el día, pero a las diez de la noche acudierón los amotinados a tocar la campana mayor de la parroquia, para reunirse de nuevo en la plaza de armas y apoderarse de la casa municipal contigua a la carcel, donde se encuartelarón dirigiéndose luego de hacer la aprehensión del Director, que hubo de salvar saliendo a la carrera de su casa en un caballo de pelo, tomando rumbo a Guadalajara. Y iban y venian entonces por la plaza y calles adyacentes dandose mutuamente el "quién vive" para contestarse que la religión y que muriera la constitución, vitupereaban con dichos obscenos; y con piedras y puñales en la mano vociferaban bravatas y desafios al aire para quien la defendiera, cuando ningún rival tenian delante, razón porque presentaba aquella algarabia las apariencias de un sainete. No faltó sin embargo el caso aislado de que un constitucionalista pegase a un religionero un tiro de pistola en la nalga.

8.- Tovar y Guerrero siguierón enseñoreados de la plaza de armas haciendo a la vez que su propaganda sus aprestos bélicos para resistir la acometida que podia venirles del Gobierno, pues estuvierón encuartelados los individuos que pudierón, dandoles diariamente ejercicio militar, con armas de distintas clases, tamaños y calibres, asi como elaborando parque para las mismas, quedando muchos adictos comprometidos a

acudir a la hora del peligro, en lo que intervenia la influencia femenil, la de las novias con sus amantes, a quien ofrecián su mano en premio de servicio que prestarán a la religión, así como su desprecio para siempre, en el caso de faltar al juramento que le exigian. Hubo varón que esto prefiriera antes que entrar al gremio del fanatismo.[5]

[Falta la primera parte del párrafo 9. N. del C.] Para el ejercito militar le vino en ayuda otro oficial retirado del ejercito militar apellidado Longoria, que vivia en la Hacienda de San Clemente, perteneciente a la municipalidad de Unión de Tula, trayendo por objeto el cerciorarse de los elementos con que contaban los pronunciados, pues transcurridos algunos días desapareció.

10.- Michel, el Director político llegó felizmente a Guadalajara y obtuvo del Gobierno la venida de una fuerza federal de trescientos infantes, con dos obuses de montaña al mando del general Don Juan Nepomuceno Rocha, quien se movió a Mazamitla, donde acababa de reducir al orden a los indígenas allí sublevados, con la pretensión de adquirir terrenos.[6] Al pasar dicha fuerza por las inmediaciones de Mirandilla, de esta municipalidad, se le incorporaron unos rancheros mentados, siendo esta su única arma de caballería, vino a pernoctar en la hacienda Gallineros, el treinta de abril, y en su compañia el mismo Director Michel.

11.- En la mañana del día primero de Mayo salió de aqui para Talpa el joven Don Arnoldo Baeza, y desde la cima del cerro llamado de los Ocotes, que domina el plan del rancho Animas Nuevas divisó brillar en el las armas de la columna del 5. batallón, que venia a las ordenes del espresado General; los sediciosos nada sabian según manifestaron, pero Baeza aunque neutral, impulsado tal vez de la sorpresa de un sentimiento de humanidad retrocedió aceleradamente a darles aviso, y entraron luego en grande confusión y alarmas, teniendo que salir precipitadamente a encontrar al enemigo, en número de noventa ó cien hombres que eran los encuartelados, dejando en su cuartel amontonados los sombreros y las frazadas porque los jefes les inspirarón la creencia de que con el poder de la religión que defendián, su triunfo sería seguro, como en los tiempos de Josué, y volverian despues a recoger aquellas prendas que para las evoluciones del combate les estorbarian.

12.- Escogieron para este un punto contrario a las reglas del arte lo cual revelaba la impericia ó al aturdimiento del Jefe militar de los revoltosos, que por lo que respecta al profano en la materia no era de extrañarse. Dicho punto fué el pié del cerro mismo de los Ocotes al otro lado del rio de la población y dentro de un protero a la derecha de aqui para alla en cuya cerca de piedra se parapetaron.

13.- Muchos de los comprometidos para la hora del peligro acudieron también, entre ellos Don Gerónimo Tovar, padre del Lic. Don Remigio y hasta una señora viuda, quienes montados en su cabalgadura y con pistola en mano arengaban a los incautos con el tema de que iban a morir por Dios y por su santa religión.

14.- Avistada la fuerza del General Rocha, en el primer descanso de la cuesta, dispuso aquel colocar convenientemente los dos obuces que traía y acercandose con uno ó dos ayudantes hasta ponerse; a tiro de fusil, llamaba con el sombrero a Tovar, para que conferenciaran. Este palideció y preguntaba a Guerrero, que hacia, quien no atinaba tampoco a contestarle, tiempo en que sea por órden de ellos ó sea por efecto de un movimiento maquinal, los sediciosos hicierón una descarga sobre la avanzada del enemigo, a la cual no causarón daño alguno, de lo que se infiere que no dirigierón la puntería; echaron luego a correr despavoridos, al parque, sus jefes, sobre los cuales corrió Rocha, segundo de los quince rancheros de a caballo, que traia sin que se hiciera por su parte una formal descarga de fusileria y sí tiros aislados, con más uno ú dos de los obuces; iba Rocha alcanzando a Tovar, cuando se le cayó el caballo pudiendo asi el segundo adelantarse y escapar a costa del suyo que se le inutilizó, tomando con la parte no desbandada de sus soldados la falda del cerro inmediato, que a la linea sur corta nuestro horizonte, y a cuyo pie lleva su sinuoso curso el rio de la población.

15.- En el alcance, debido a la falta de caballería, perecieron, solo el zapatero Pablo Barajas, un criminal que habia sido sacado de la cárcel, y los jovenes Lucio Hávalos, Florencio Munguia, José Maria Primitivo y Germán González, siete por total y casados el primero y el último que dejarón familia en la orfandad y en la miseria; el primero estaba ebrio y se metió en una choza que había dentro del potrero, donde guardando silencio habria tal vez salvado, pero lejos de eso siguió haciendo fuego

con su arma y echando verbas a sus contrarios quienes con este aviso ocurrieron a sacarlo y fusilarlo.

16.- Recogidos del campo los siete cadaveres fuerón conducidos en dos carretones a la casa del Presbitero Don Manuel Ulloa, llegando aqui despues del pronunciamiento, y encargado del curato porque el cura, **[faltan unas líneas. N. del C.]** con razón decía no haber tomado ningún participio en la asonada, y pasado este diálogo, fueron conducidos los cadáveres al campo santo, para darles sepultura, esto cuando la tropa del Gobierno había penetrado en la plaza y encuarteládose á continuación, alojándose después el General en casa del Director Michel.

17.- El domingo inmediato se publicó la constitución por bando, marchando la tropa de riguroso uniforme, con los dos obuces, y recorriendo una grande área del centro de la población, á la que en tiempo de las procesiones se llamaba estación mayor. Salió á dar lectura á la Constitución por los cuatro ángulos del área dicha, el Licenciado D. Juan Nepomuceno Guzmán, contemporáneo y amigo de Tovar, de quien con este rasgo de patriotismo y de valor civil concitase el ódio á muerte, así como de todos los fanatizados por aquél en grado superlativo; y no se limitó tan solo á dar lectura á la Constitución, si no arengó también al pueblo haciendo á ella encomios y reprobando la conducta de Tovar, como culpable de las desgracias ocurridas, diciendo desconocerlo desde aquel momento como amigo.

18.- El General Rocha, usando de la facultad con que lo investió el Gobierno, brindó con la gracia del indulto á los rebeldes, designándoles un término, para que se presentaran á recibirla; se presentaron muchos, pero otros se quedaron al amparo de sus jefes, escondidos en un punto de la costa de Peñitas, llamado el Bosque, sin que por entonces insistieran en una nueva tentativa; debiendo advertir que en la que hicieron con fortuna adversa no impusieron exacciones á este vecindario, de lo que se infiere que Tovar gastó sus recursos propios y los de sus adictos, contando entre ellos al Cura Guerrero, quien después platicó que aquél le había sacado un préstamo de ciento cincuenta pesos. Sin duda que no fué forzoso, supuesto que de esta clase, mejor que a sus amigos los hubiera impuesto á sus enemigos; lo cual hizo puntos de honor no verificar, ó por que aún pisaba en terreno falso, ó por que aún no se pervertía como sucedió después.

19.- Allá en su escondite estuvieron él, su compañero y prosélitos, sujeto á privaciones de todo género, por algunos días, viniéndose después para pasarse clandestinamente, rumbo á Guadalajara, por permanecer aquí una parte de la fuerza que los atacó, en número de ochenta infantes al mando del Mayor Don Luis Cázares; pero al poco tiempo las atenciones de la campaña de Tepic contra Manuel Lozada, que comenzaba sus fechorías, motivaron que aquella guarnición marchase para la ciudad citada.[7]

20.- Quedó Mascota en un estado de anarquía, porque las autoridades liberales encargadas de la Administración pública, sin el apoyo de la fuerza para hacerse respetar eran el ludibrio de los fanáticos como lo eran igualmente los particulares que no pensaban como ellas. Un excelente vecino por su opinión política y sus sentimientos filantrópicos, fungía de primera autoridad, cuando quiso un plebeyo mofarlo y aquél apeó á este del caballo que montaba, lo puso en el suelo y le dió dos patadas, conduciéndolo á la cárcel por final. Fué ese vecino el Señor Don Ascencio de Robles, de regulares posibles, quien tuvo un fin trágico. Según después veremos, sin ser otro su delito que estar afiliado en el partido de los libres.

21.- La situación anómala indicada, hizo necesaria la venida del coronel Don Anastacio Gutiérrez, jefe político de Autlán, nuestra cabecera entonces, y vino efectivamente en las aguas del mismo año de 57, con treinta soldados de guardia nacional, que portaban chacots colorados, forrados de lienzo de lacre, á quienes por esta circunstancia bautizó el partido opuesto con el apodo de fósforos.

22.- A poco tiempo dieron un asalto á su cuartel los de aquí, á deshora de la noche, matando un soldado, pero fueron rechazados vigorosamente, sin otra pérdida que la indicada. Con tal motivo Gutiérrez que había adoptado una política conciliadora, empezó a perseguir á los declarados enemigos del Gobierno, de quienes sospechó fundadamente que habían tomado participio en el asalto referido.

23.- A fines de dicho año ó principios del entrante, vino una gavilla de conservadores que reconocían como jefe principal á un padre Zamudio, aunque como sus segundos á un tal Tagle y á Hermenegildo Rochín, por apodo, cuyo apellido cierto no recuerdo. Situados en la hacienda Gallineros, acompañados de algunos de los sediciosos de esta población,

en la que simpatizaban, Gutiérrez que era tenido por cobarde, pero inteligente militar, temió con fundamento un golpe de mano; para evitarlo mandó afortinar la plaza con vigas y poner parapetos de adobe en las alturas del templo y tapias de la cárcel; sin resolver á salir con la poca fuerza que trajo y algunos veinte nacionales de la población que inspiraban confianza, por que el dividirla se exponían á perder sus maniobras, aprovechándolas el enemigo.

24.- Estando unos cuatro ó cinco días en esta fluctuación, supo que la gavilla de Gallineros, cuyo jefe principal había retrocedido, se movió rumbo á Talpa, con el fin tal vez de arrancarlo de aquí, como sucedió: se fué para aquel pueblo, con un refuerzo de veinte hombres á caballo, que de allá se habían venido, montando así su fuerza á setenta soldados. Para salir dejó un retén de paisanos en la torre al mando del Licenciado Don Juan Nepomuceno Guzmán y otro en la cárcel, con orden de que si el enemigo se apoderaba de la plaza se sostuvieran en su punto, seguros de que él vendría en su persecución. Como á las nueve de la noche del día que salió, los sublevados entraron por el rumbo opuesto, pues sabedores de que Gutiérrez dirigíase á Talpa, de allí se vinieron por el rancho llamado Potrero del Mosco y ahora San José del Mosco; al llegar aquí su primera diligencia fué desalojar los retenes de la cárcel y la torre, en donde el Licenciado Guzmán que había dado pruebas de valor civil, sin ninguno militar, capituló inmediatamente sin hacer un tiro, siendo conducido preso á la casa consistorial, que formaba un todo con el edificio de la cárcel, como atrás queda indicado. Se dirigieron de allí á la casa de Don Leonardo Michel (comerciante ausente y hermano del Licenciado Don Agustín) que había dejado sus intereses bajo la inmediata guarda de Don Rodrigo Pérez, quien hizo subir á la azotea algunas pacas de lana para atrincherarse y así esperar el golpe, auxiliado de seis ó siete mozos con carabinas de varios calibres; habiendo en el vulgo circulado la falsa especie de que tenía granadas de mano. Se le intimó rendición, amenazándole de atacarlo si se negaba á ella, y él contestó con energía tener encargada la defensa de los intereses de aquella casa, la cual haría á toda costa, pero que si se le garantizaba que aquellos serían respetados, así como su vida, no resistiría: se le ofrecieron tales garantías y entregó las armas, llevándosele preso á servir de compañero al Licenciado Guzmán, quien recibió este consuelo. Toda la noche tuvieron los asaltantes para

preparar su defensa, validos de los parapetos de Gutiérrez, y acompañados del populacho.

25.- Creyendo aquél jefe llegar de noche, pensó atacarlos en sus parapetos, mas habiendo llegado el amanecer hora en que entraba por el mismo rumbo que lo hicieron los contrarios, no se resolvió á atacarlos por que con la luz del día era el éxito más aventurado, pues aquellos podían cerciorarse de la poca fuerza de Gutiérrez y dirigir mejor sus punterías desde las alturas que habían tomado; así es que fué á posesionarse de la casa de los altos inconclusa de Don Francisco R. Guerrero, el correligionario de Tovar, la cual estaba dominada por las tapias de la cárcel, de donde se le hicieron muchos tiros á la tropa, que daban en la portada del zaguán, sin que ocurriera desgracia alguna.

26.- Continuando el tiroteo y acosados por el hambre los de Gutiérrez, se proveyeron de carne matando una vaca de ordeña que pasaba por la calle, frente á la casa en que se defendían y salieron á meterla arrastrando entre la lluvia de balas que les venía del enemigo, sin que tampoco hubiera ninguna desgracia. Con esta provisión se levantó notablemente la moral en los Gutiérrez, y así sucedió que atacados en su cuartel por los fanáticos más atrevidos, pagaron caro su arrojo; quedaron muertos dos y heridos otros, uno de los primeros hijo del lugar, contándose entre los segundos, á un tal Leiva que hacía de sargento y a quien fué preciso amputarle una pierna. Este miserable se presentó después en Ameca al General Don Santos Degollado,[8] á pedirle un socorro, alegando por mérito haber perdido una pierna combatiendo por la causa de la libertad: aquel General le dió cinco pesos.

27.- Como á las once ó doce del día, los sublevados mandaron de parlamentario con Gutiérrez, á Don Rodrigo Pérez, uno de los prisioneros que hicieron al llegar, quien se dirigió al cuartel de aquel jefe con bandera blanca en mano. Gutiérrez contestó que les daba de término la tarde de ese día para que evacuaran la plaza, á condición de que dejaran libres a los prisioneros y no pidieran un solo peso al vecindario ni se estacionaran dentro de un radio de ocho leguas distante de la población; en el concepto de que al no aceptar, los atacaría en sus posiciones. Aceptaron sin vacilación y se ocuparon luego de disponer su marcha, con rumbo á la Hacienda del Atajo, que es al noroeste de la población, no sin llevarse con algo de numerario á la casa que cuidaba don Rodrigo Pérez, quien

lo dió por bien hecho, con tal de que se fueran. Salieron como á las cinco de la tarde y Gutiérrez ocupó la plaza inmediatamente.

28.- Rochín se cambio después á las filas liberales y se ocupó como auxiliar en el camino de Guadalajara á Zapotlán.

29.- A consecuencia del acometimiento dé esta plaza por Rochín y Comparza, Gutiérrez que había comunicado al Gobierno oportunamente, recibió después de haber triunfado el refuerzo de setenta hombres que le trajo el jefe político de Ahualulco. Don Tomás Ramírez Lazo y de aquí salieron juntos con un efectivo de cien hombres, rumbo a Atemajac de las Tablas, en persecución de un tal Garavito, que andaba pronunciado por el partido conservador: en combinación con Gutiérrez y Ramírez Lazo, salió de Guadalajara un jefe apellidado Machaen, con fin de perseguir á Garavito á quien derrotaron.

30.- Caído á poco el Gobierno Constitucional en Guadalajara[9] y sustituído por el conservador, vino aquí pronunciado por el primero Don José Villaseñor, de Autlán, trayendo entre sus fuerzas algunos de los soldados de Gutiérrez; sacó los pocos recursos pecuniarios que le fué posible y se retiró.

31.- Una vez entronizado el Gobierno conservador, saltaron á la arena los héroes de aquí que se pronunciaron contra la Constitución, ocupando Tovar el puesto de Secretario del Gobierno del Estado, á cargo primero de su tío el Licenciado Don Urbano de su mismo Apellido y después al de algunos otros militares incluso el General Don Leonardo Marquez y Guerrero, viniendo á Tequila de Receptor de Rentas, donde bien pronto espió su culpa con una fuerza liberal que entró y tomó la plaza casi de sorpresa. Guerrero, montado á caballo disponíase á huír con unos cuantos soldados que guarnecían la plaza, cuando algunos vecinos humanitarios ofrecieronle su casa para que se ocultara y hacer gestiones á su favor, asegurándole la garantía de la vida. Desechó el ofrecimiento y se entregó á su suerte, que fué la de recibir un tiro de rifle que lo puso en tierra, muriendo á poco.

32.- Con la desaparición del Gobierno liberal en Guadalajara, cesaron en los pueblos las autoridades que de él dependían entre ellas en este Cantón, departamento del de Autlán entonces, el alcalde de San Sebastián Don Martín Quintero, sustituyéndolo Don Feliciano Encarna-

ción, adicto al nuevo sistema. Subprefecto aquí lo fué Don Ignacio San Juan, quien tuvo conocimiento de ese cambio.

33.- Al venir Don Santos Degollado en Octubre de 58 á atacar la plaza de Guadalajara, que defendía Blancarte,[10] se declaró Militar Don Remigio Tovar, queriendo hacer alarde de personal valor que no ha tenido nunca; habiéndole sus partidarios regalado el título de coronel, que mal pudo haber ganado en el estudio de sus leyes. Fué con ese carácter uno de los defensores de la plaza dicha, dentro de cuya fortificación estaba su cuñada Dña. Refugio San Juan, esposa de Don Leonardo Michel, á quien veía Tovar como enemigo, personal y de partido.

34.- El, por descansar del populacho fanático de aquí, que hostilizaba su casa, había trasportado su familia y sus hermanas á la Capital del Estado y había vuelto solo á ver sus intereses de comercio encomendados á Don Rodrigo Pérez, cuando Degollado puso el sitio de la plaza referida; sabido lo cual, Michel se volvió con el fin de ver si se ponía en comunicación con su familia, ya que no le fuera posible penetrar en el recinto fortificado.

35.- Viviendo aquella en la contraesquina de la Sacristía de Jesús María, el fortín de este Convento lo defendían Casanova y Tovar y un día salió Michel con su mozo Estéban González, de la casa de Don Joaquín Rosas, dirigiéndose hacia el fortín, cuando los de la altura del templo empezaron á hacerles fuego: el mozo le dijo al amo: "Señor nos tiran" pero este molestado por creer infundada la advertencia, continuó andando hasta que se vió más de cerca acometido por las balas y retrocedió; entonces salió una escolta y los metió en compañía del mozo, pusieron á este á trabajar en el fortín y á aquel se le amenazó con ponerlo de blanco en el mismo, si no exhibía la moderada suma de ¡diez mil pesos! sin más delito que pensar del mismo modo que los sitiadores y pretender ponerse en comunicación con su familia, como antes se dijo: pero esa pena que le imponía Blancarte, á cuya presencia fué llevado, fué por inducciones de Tovar, á quien Michel y su esposa se humillaron inútilmente. A fuerza de empeños de conservadores amigos del preso, la pena de éste se redujo á cinco mil pesos que exhibió, yendo preso á la casa de Don Antonio González Guerra.

36.- Tomada la plaza por Degollado,[11] se cambiaron los papeles: entonces González Guerra propuso á Michel, que se fuese á su casa y

viera lo que hacía por él en caso necesario: dirigíase á ella una mañana, cuando encontró en la calle, detrás de un padre, á Tovar, en traje de carbonero: éste entonces le hizo una seña suplicante de que se callara, pues que á la menor insinuación de quien era habría sido hecho pedazos por los soldados vencedores que inundaban aquella misma calle. Michel hizo la acción magnánima de ofrecer luego á Tovar su casa, diciéndole con disimulo que retrocediera y fuera á meterse á ella, abriendo la puerta sin llamar: en su seguimiento se fué el mismo Michel y entraron sucesivamente aquel y éste, que fué perfectamente recibido por su cuñada y por las hermanas del mismo Michel, quienes personalmente le sirvieron desayuno, comida y merienda. Tovar se manifestó abrumado de tanta generosidad, en cambio de haber sido el instrumento para que se le arrebataran á Michel ¡los cinco mil pesos! así es que suplicaba que los criados fueran los destinados á servirle la mesa, en la pieza donde por precaución estaba aislado. Durante la comida platicó que se decía venían Marquez y Miramón á quitarle la plaza á Degollado; pero que vinieran ellos ó viniera el diablo el protestaba no meterse en nada para lo sucesivo. Preparó su salida de la casa por la noche, cargado de equipales, temeroso siempre de ser descubierto, porque era imposible que se sintiera tranquilo ni que fueran sinceras sus palabras; Michel á poco se trajo para Mascota su familia, por no esperar el ataque de Miramón y Márquez.

[De aquí en adelante, el autor dejó de numerar los párrafos] Restituído en el Centro del Estado el Gobierno Constitucional, sucedió que en el mineral de San Sebastián, entusiasmado el pueblo y los vecinos, se levantó un acta de reconocimiento á aquel, se le remitió y publicó en el "Periódico Oficial" y se le depuso del puesto al Alcalde Don Feliciano Encarnación, sustituyéndolo el que cesó con la caída de dicho Gobierno, como se ha dicho, que lo era Don Martín Quintero.

Verificado el ataque de Márquez y Miramón,[12] quienes resistidos en el puente de Tololotlán triunfaron, tuvo Degollado que evacuar la plaza de Guadalajara; sabido lo cual, Quintero llamó á su puesto á Encarnación, diciéndole que habiendo desaparecido el centro de que él dependía, lo llamaba á funcionar. Encarnación se rehusó á recibir, porque había dado cuenta de lo ocurrido al Subprefecto San Juan, á quien Quintero se dirigio por medio de una carta diciéndole lo mismo que queda referido y agregando que si el aceptó volver al puesto de Alcalde, fué por

el acaloramiento con que el populacho trato de deponer a Encarnación y con la mira de evitar desgracias. San Juan á su vez había dado parte á Marquéz y contestó á Encarnación y Quintero que nada podía resolver hasta que de arriba se le dijera lo que había de hacerse. Insistió Quintero en su pretensión de entregar el Juzgado y obtuvo la misma respuesta de Encarnación y de San Juan.

En tal estado de cosas, Tovar, Secretario de Márquez, comunica á San Juan, su suegro, oficialmente, la resolución de aquel, cual era que este juntara aquí la fuerza que pudiera y si nó la consideraba suficiente pidiera auxilio de los pueblos á él subordinados, para ir á escarmentar al Alcalde Quintero y vecinos de San Sebastián ¡fusilándolos y colgándolos, en cápite á aquel! San Juan entonces, hombre septuagenario y de muy buen fondo de sentimientos, aunque conservador de convicción, guardó silencio respecto de aquella orden bárbara y se limitó á decir á Encarnación, recibiera de Quintero el cargo que éste no quería, bajo el imperio de Gobierno expurio.

Vino á esta cabecera el presbítero Don Gabino Gutiérrez en esos días, buscando un asilo á sus delitos políticos, por estos puntos, donde tenía extensas relaciones, porque había sido cura de la parroquia; y llegada que fué otra noticia plausible para su partido se festejó con grande holgorio, en medio del cual, hizo á San Juan la interpelación de que ¿por qué no había ido á San Sebastián á ejecutar la orden que le había venido? San Juan le contestó: "Señor, estos sentimientos humanitarios que yo abrigo no son míos, me vienen de lo alto que es la fuente de toda bondad: yo contesté al Gobierno, que no estaba por manchar mis manos con la sangre de mis semejantes y que si por esto la pena se revocaba en mí, que yo ya estaba viejo y había dado á la Nación cuanto podía darlo: esto mismo digo á Ud.". ¡Quedó estupefacto el Cura, con semejante respuesta, y no atinó á replicar una palabra!

Hay que advertir entre paréntesis que ese señor Gutiérrez, fué algún tiempo después aprehendido en la Congregación de Navidad de este municipio por Don Juan N. Mariscal, que mandaba la acordada de Atenguillo, y remitido á Guadalajara, cuando esta había vuelto á poder del Gobierno lejítimo; se le estaba procesando, y sabido que fué el asesinato de Don Melchor Ocampo por Márquez, se le fusiló á Gutiérrez. ¡Entonces no ha de haber querido que se ejecutara en él una orden

semejante á la que quería se ejecutara en el Alcalde y vecinos de San Sebastián!

Después de San Juan, fungió aquí de autoridad política por el Gobierno conservador Don Francisco Tovar, hermano de Don Remigio, cuando en aquel no se desarrollaba todavía los instintos sanguinarios que reveló con posterioridad. Entonces vino de Ahualulco, pronunciado, el Coronel Don José María González, á quien Tovar Don Francisco no esperó, y aquel introdujo el desórden del incendio, aunque en determinadas casas de los contrarios. Se fué, y temeroso el Señor Don Leonardo Michel, de una injusta represalia por parte de Don Francisco Tovar, levantó sus principales intereses de comercio y su familia, yendo á refugiarse á Cuale, por quitarse de la vista de su adversario: estaba en aquel mineral cuando acometió á esta población el Coronel Toro Manuel, con ciento ochenta hombres de fuerza en línea, entre la que traía prisioneros algunos legos del Convento de Santa Anita, trayendo de mayor del cuerpo á un Señor Jiménez, hombre de un valor digno de mejor suerte que la que le cupo aquí. Don Francisco Tovar, con una fuerza de cincuenta á sesenta soldados, tenía de Subteniente á Antonio González, alias el Socopí, hijo de Mascota, pero que había misionado largo tiempo fuera de su país nativo y ejercido la milicia, según él decía, con un digno maestro ¡Don Pepe López de Santa Anna, hijo del General del propio apellido! ¡ya se concebirá en qué instintos él pudo inspirar al tal Socopí! Este, pues, animó á Don Francisco á que salieran á resistir á Toro, á legua y media de la población, en un alto paredón ó ceja en que es muy pendiente el camino para bajar á un arroyo que se seca en la temporada que no llueve, llamado á Tocuile, de que se sigue el paso del río de Animas Nuevas, yendo de aquí para allá. Toro tal vez por falta de pericia militar ó desconocimiento del terreno dió una carga precipitada, queriendo trepar por la pendiente indicada, habiendo flancos por ambos lados, que le hubieran dado la victoria más completa; pero lejos de eso, habiendo recibido una herida de bala en una pierna, la tropa se desorganizó, no pudo hacerla volver á la carga ni á fuerza de rigor y tuvo que ser completamente derrotado, debido a la intrepidez del Socopí, á cuya fuerza ayudaron muchos paisanos acomedidos.

En el alcance cayó prisionero el Mayor Jiménez, que iba montado en una mula, y ya entregado a discreción, con la serenidad de los

valientes, fué matado no a balazos sino ¡pasado cruelmente con un sable! Varios de los legos fueron hechos también prisioneros, contándose entre ellos Don Antonio Mercado, que después fué cura del mineral de San Sebastián, en nuestro Cantón, y posteriormente pasó a serlo en Tepic.

Don Francisco Tovar que era jefe de la fuerza triunfante, antes de ver el completo desenlace la acción, corrió á dar el parte de su triunfo inesperado a la población entera, y ebrio de gusto entró como loco gritando: "Hemos ganado, perdieron los hacheros",[13] y los cohetes y los repiques a vuelo atrajeron a la plaza un concurso considerable de gente.

Al parte desatentado de Tovar, se siguió la entrada de su fuerza con los trofeos de las armas recogidas al enemigo, los prisioneros hechos, inclusos algunos de la banda, entre los que venían dos muchachos y tres o cuatro cadáveres desnudos, que de espalda sobre una mula aparejadas, fueron paseados alrededor de la plaza, sin respeto a sexos, edades ni condiciones. ¡Espectáculo fué este que de inmoral rayó en salvaje!

Siguió a la venida de Toro la del General D. Miguel Contreras Medellín,[14] con fuerza más respetable: entonces sucedió que un vecino liberal de Ameca, hijo de Mascota, que había recomendado a dicho jefe considerara las personas é intereses de los habitantes de esta población, adelantó un propio con cartas para Don Ascencio de Robles, enterándolo de lo hecho, á fin de que pudiera presentarse con Medellín y ver todo lo que hacía en favor de la población, que quedó enteramente sola, por el temor de funestas consecuencias. El se había salido de ella para un rancho llamado Calderón, al rumbo oriente y al pie de un elevado cerro llamado Tonacatlán: allí puso una especie de tienda de campaña surtida de los comestibles que tenía en su casa de comercio, como azúcar, panocha, arroz, maíz, frijol, y aún jabón etc. para vender a las gentes que tenían posibilidades de comprarles y para dar a las menesterosas. Llegó a comprarle lo que necesitaba un maestro zapatero, llamado Pablo Mora Vargas, por apodo el Taztuán, que tenía por seña particular una larga y honda cicatríz que le atravezaba un cachete; y a pesar de no estar en circunstancias de que le hiciera caridad, no quiso tomarle la paga; le dijo que lo dejara para lo más que se le pudiera ofrecer, porque quien sabe los días que duraría la huyenda, y como se les llamaba a las emigraciones que hacían los habitantes de la población a cada acometida de fuerzas liberales. El zapatero aceptó, afectando quedarle agradecido; pero como

al retirarse vió llegar con Robles el propio que le venía, el loable fin que queda dicho aquel conjeturó cosa contraria, como si el hombre que voluntariamente estaba impartiendo el bien á sus paisanos, pudiera cambiarse de improviso en su verdugo.

El zapatero se despidió y tomó el rumbo del cerro de Tonacatlán, en cuya cima se encontró al Socopí, con una parte de la fuerza de Don Francisco Tovar, que se había dividido en tres secciones, una de las cuales traía en calidad de preso al Licenciado Don Agustín Michel, el Director que funcionaba en este lugar cuando sucedió el pronunciamiento contra la Constitución, sin embargo de lo cual fue tratado bien. Divisado el Socopí por el zapatero referido, este fue ansioso a darle la noticia de que acababa de llegarle a Don Ascencio de Robles un correo de los "hacheros" que importaba a segurar a aquel, por que quien sabe que males haría con el apoyo de la fuerza contraria que se aproximaba.

Alarmado el Socopí con aquel fatal aviso, se dirigió en pos de la víctima y la encontró en la misma ocupación que lo habia dejado el ingrato y descorazonado zapatero, dando lo mismo que a éste, lo suyo a los necesitados que huían por los cerros. Les intimó luego con su escolta que lo acompañara, lo verificó montado en su caballo y fué conducido a un arroyo boscoso, donde empezó por reconvenirlo por las inteligencias maliciosas en que se le suponía con el enemigo. El lo enteró de la realidad del hecho y le manifestó no tener culpa alguna por qué temer, pues que sus intenciones no eran otros que hacer todo el bien posible a su pueblo; así es que mejor era lo remitiese a disposición de su jefe para que este lo juzgara; y si tal hubiera sucedido habría vuelto ileso, tanto por su falta de delito como por las antiguas relaciones de amistad que llevaba con los dos hermanos Tovar, y aún exponsales con la hermana de ellos, sin ser motivo este de quebrantar la firmeza de sus ideas liberales. El Socopí que además de no ser competente autoridad, decíase ahijado de Robles, se negó no obstante a las indicaciones de su víctima, amenazándolo con el fusilamiento; y rodeados de ella los corífeos de aquel, le tendieron a quemarropa los fusiles por delante, que con ambas manos las desvió, diciéndoles que nada había de suceder ni había por qué; pero sea por alguna señal que el Socopí les hiciera, o sea porque todos suspiraban a cual más la ferocidad del fanatismo, otros le dispararon por detrás los primeros tiros con que cayó en tierra, boca abajo, en cuya actitud le

descargaron los demás que les plació ¡dejándolo así muerto! A tan excelente hombre lo sintieron como a su padre los pobres bien intencionados a quienes favorecía, lo lloraron sus amigos y correligionarios.

Contreras Medellín llegó ese día ó al siguiente, en Enero de 1860 incendió ranchos y parte de la población, en mayor escala que González, y dirigido al rancho de Camalson en busca del enemigo, este lo resistió reunido ya, en la cuesta que hay para llegar a dicho rancho y que se conoce con el mismo nombre, haciéndolo retroceder. De vuelta hizo presos y se trajo de San José del Mosco a tres jóvenes Peña, condueños del rancho, y los hizo tumbar en toda una noche, a fuerza de hacha unos frondosos fresnos antiguos que había en la plaza de armas, sustituídos hoy por vistosos naranjos: estendió su represalia a llevarse del templo parroquial las imágenes de Jesús y de Dolores, de tamaño natural y de mucho mérito artístico, que hizo conducir con veneración hasta Ameca; en cuya parroquia las dejó cangeadas por ciento cincuenta pesos. A principios del año 65, el vecindario de aquí mandó la expresada cantidad en rescate de las imágenes, que se trajeron y fueron recibidas con solemnidad, permaneciendo hasta hoy en su templo.

Retirado Medellín y vueltas aquí las cosas a su estado que tenían bajo los auspicios del Gobierno conservador, se mandaron levantar los restos del finado Robles, para darles sepultura; se le hicieron sus exequias en la iglesia parroquial y el cura de entonces, Don Encarnación Guerrero, cobró una subida cuenta por ellas, incluyendo hasta cargos de insignias que debió haber habido, así los expresaba, y que de hecho no las hubo por estar traspuestas, a consecuencia de las excursiones contínuas de fuerzas liberales. Los dolientes tuvieron el desprendimiento de pagar aquella cuenta sin objetarle nada.

Si bien Don Francisco Tovar no tuvo conocimiento previo de la captura y muerte de Robles, sino hasta después de sucedida, también es cierto que la aprobó, pues lejos de castigar al asesino, siguió utilizando sus servicios, sin desdeñarse de traerlo a su lado públicamente.

Había por estos contornos un músico y poeta de regulares dotes, llamado Gabriel Rodríguez, hijo de Cocula, que cuando las circunstancias lo permitieron, compuso a la memoria de Robles, en tono menor, una canción sentimental, de cuyos versos recuerdo la siguiente estrofa:

Libertad sublime
Labró su ataúd,
Escucha cual gime
Por tí mi laúd.

VIENE ROJAS (N. del C.)

Tomada la plaza de Guadalajara el mismo año de 60, en virtud del largo sitio que le puso con su respetable ejército del Coronel González Ortega,[15] se dirigió a Tepic una parte de los sitiados, al mando del General Guadarrama, acompañado de Don Remigio Tovar, y este le indujo la idea de venirse para esta ciudad a continuar su resistencia al partido liberal. Habíase ido a su encuentro Don Francisco, con su fuerza de aquí, e hicieron su entrada todos en la población a fines de Diciembre del año citado, con una fuerza que se decía ser de mil infantes, 250 caballos y 6 piezas de artillería; pero que en realidad serían 700 los primeros como resto de los batallones de León y de Blancarte: las piezas, que eran de montaña, traían su respectiva dotación de parque. A pocos días les llegó la noticia de que Rojas venía de Guadalajara, con una columna respetable de las tres armas a batirlos y por orden de Gudarrama se recogieron de todos los barrios las hachas, machetes y barras que se pudo para preparar el campamento en la cuesta de los Ocotes, que el propio Gudarrama y demás jefes salieron a reconocer. A su vuelta guardaron silencio sobre la resolución tomada y de hecho ningunos trabajos se emprendieron con los instrumentos recogidos.

A la madrugada del día siguiente salió a la fuerza de la población por el rumbo opuesto al que traía Rojas y muchos intereses quedaron a perecer porque nadie que tenía mulas quería levantarlos, sino que las ocultaban temiendo les fueran embargadas por la misma fuerza conservadora. A ejemplo de ésta, la mayor parte de la población se salió quedando tan solo contadas familias en el centro, alojadas en casas de liberales, que no temían por sí mismos. Entre estos se contaba Don Refugio Bermúdez, que ejerciendo el giro de panadería se quedó a disponer sus amasijos, y Don Cosme Uribe dueño de un rancho inmediato

a donde él se fué, dejando en su casa su familia y compartiendo entre ella y él papeles de garantía que le dejaban otros jefes liberales que habían venido, en los cuales fiaba para creer sería respetada su casa, su familia y sus cortos intereses.

Pasando sin novedad el día que salió Guadarrama, por la tarde aparecieron dos exploradores de Rojas que con mucha habilidad desempeñaron su misión, pues no se cayó en la cuenta de ella sino después de retirados: exparcieron el rumor de que Rojas dilataría en llegar, porque según se decía, el venía con una parte de tropa por rumbo de Cocula y otra vendría por Ameca a reunirse en Atenguillo o en la hacienda de Ahuacatepec; esto cuando Rojas llegaba a pernoctar al rancho del Jacal a 7 ú 8 leguas de distancia de aquí, donde lo alcanzó un propio del vecino liberal de Ameca, que siempre imploraba por los suyos de estos rumbos: luego que le leyeron su carta a Rojas, mandó hacerla pedazos, y ya se vió lo que podía esperarse de la recomendación que le venía; ella pugnaba con la orden general que dió al llegar a dicho rancho, cual fué que desde allí, se robaba, se mataba, se incendiaba y se hacía lo que se quisiera. Se dijo que tal orden al menos la del incendio, se la dió el Licenciado Vallarta, que fungía de Gobernador interino: de lo que provenía la aversión que se le tomó en este lugar, donde al ser electo después constitucionalmente para Gobernador no pudieron conseguirse para su candidatura mas que 8 votos.(o)

Al día siguiente por la mañana se divisó elevarse detrás del cerro, por el rumbo de la Animas, una espesa columna de humo, que se empezó a sospechar la produjera el incendio que venía poniendo Rojas a los ranchos de su tránsito, pero que se dudaba aún en vista de la falsa noticia exparcida el día anterior, por los exploradores, y así es que un cargamento de efecto de ropa que se cambiaba de la casa de Bermúdez a la casa de Don Cosme Uribe, donde se juzgaba más seguro y cuyo cambio hacían en las espaldas dos mozos que igual proporcionó, no acabó de cambiarse cuando empezaron a brotar por diferentes calles los galeanos de Rojas, queriendo tumbar las puertas que no se les abrían y matar a las personas que se asomaban. Una de esas escenas pasó con el que traza estas líneas

(o) Lo cierto es que cuando Rojas vino, el Gobernador era Ogazón y Vallarta el Secretario.

pudiendo salvarse alegándoles que precisamente por sus ideas liberales se había quedado a esperarlos, pues que los de opinión contraria habían escapado el bulto; amenazándome con los mosquetes me contestaron, que si era de ellos, saliera a verlos entrar, por supuesto echándome verbos nada propios de estampar en el papel: salí en efecto y al frente me encontré con un primo que venía revuelto en la fuerza, con el solo fin de ver lo que hacía en favor de su familia, cuya casa estaba cerca de donde hablábamos y a la cual me dijo me cambiara.

Ya que entró toda la fuerza, como a las once del día, Rojas llegó con su estado mayor a alojarse a la sombra de un corredor cercano a la casa del pariente, a donde a la vez que yo se cambió el Licenciado Mariano Gil, que había venido de Guadalajara, a hacer los inventarios de la casa de Robles, el asesinado por el Socopí, y ambos nos dirigiamos a presentarnos a Rojas, quien nos recibió bien en cuanto cabía, según su mala prevención. Le manifestamos quienes eramos, diciéndole nuestros nombres, y le preguntamos si nos podíamos salir con su autorización o si podríamos contar con las necesarias garantías a lo que secamente nos contestó, que nos quedáramos, que ¿adónde debíamos ir? siguió luego preguntándonos acerca del número del enemigo, su equipo, rumbo que habían tomado, y ¿desde cuando? a lo que le informamos lo que sabíamos. Nos preguntó además sobre las noticias que circulaban entre los Mochos y le dijimos que aquellas eran que Miramón había derrotado a González Ortega, cerca de Méjico, con cuyo motivo habían hecho un baile: entonces nos dijo que era al contrario, que González Ortega había derrotado completamente a Miramón, en San Miguel Calpulalpan, como constaba en los partes que venían en un grande impreso que de la bolsa sacó y que ya por eso veríamos las esperanzas que a los Mochos podían alimentar. Nosotros recibimos la noticia con agradable sorpresa y nos congratulamos de un triunfo tan importante y trascendental para las instituciones democráticas, que formaban nuestro credo. Luego Rojas se despidió, diciendo iba en busca del enemigo y Gil y yo nos tranquilizamos un tanto, aunque había yo preferido el salirme desde luego de la población, si hubiera quedado con esa libertad, pero no pude, porque en ella se habían diseminado los galeanos, robando lo que podían y aún haciendo algunas muertes, sin haber salido a la campaña.

Serían las cuatro de la tarde cuando empezaron a llegar de vuelta las fuerzas, diciendo no haber encontrado al enemigo: éste, según después se dijo, tenía puesta una emboscada desde el rancho de las Higueras hasta el Atajo, que es el pie de la sierra que conduce al mineral de San Sebastián, distante de aquí el primer punto unas cuatro leguas de camino plano, al cual no llegó Rojas.

A su vuelta se alojó en la casa de Refugio J. Bermúdez, el panadero que se quedó a especular con sus amasijos, creyéndose garantizado, y en el acto se le sirvió de comer: allí ocurrimos el Licenciado Gil y yo y en la conversación hizo reminiscencia este de que era abogado, que estaba recién venido de Guadalajara, con fin de hacer los inventarios de la casa del vecino asesinado por los Mochos. Entonces Rojas le dijo que seguramente era de ellos y había estado dentro del sitio sostenido por el General Castillo, así es que le pondría el chacot y le daría un fusil para que marchara para allá. Gil se esforzó en persuadirlo de que era liberal y apeló al testimonio de un oficial conocido suyo que venía a las ordenes de Rojas, apellidado Flores, quien ratificó lo afirmado por aquel: Rojas entonces le dijo que le valiera eso.

No fué tanto de extrañarse la ligereza de este jefe en suponer mocho a quien no conocía; sí que ni la circunstancia de estar alojado y perfectamente atendido en aquella casa, impidió que se le empezara a poner fuego, como se había hecho ya en la generalidad de las que estaban solas o con gente inofensiva de la población. Bermúdez y las más gentes a él arrimadas, suplicaron a Rojas mandara suspender el fuego mientras él estuviera en ella, y entonces con una marcada frialdad, como si se tratara de cosa bien sencilla, dijo se les dijera a "los muchachos" que no quemaran allí. Después se metieron a la tienda donde se hacía el expendio de pan cuyo surtido era de este artículo, de harina, azúcar y panocha, sobre que se arrojaron con la avidéz que los cerdos al maíz, y vuelta la queja al Coronel Rojas, éste fué a echarlos fuera como animales dañinos, tomando un paraguas viejo que se encontró a las manos, con que les daba fajos a diestra y siniestra, hasta que se salieran todos, dejando casi limpia la tienda.

Regresado a su aposento Rojas, ví un bonito zarape mío, imitación de los de Saltillo, en poder de un soldado a quien se lo reclamé y no quiso devolvérmelo, entonces llevé mi queja al oficial Flores, quien lo recon-

vino por la entrega; la resistía el soldado, y puso aquel su diestra en la pistola que portaba al cinto, en actitud amenazante si no obedecía, pero de este modo obedeció aunque de mal talante, yo recuperé así en suerte esa sola prenda de todo lo perdido y que mucho iba a servirme para acobijarme en el rigor del invierno. ¡Recuerdo a Flores desde entonces como a una noble figura!

Convertida en hogueras la población desde esa noche (la del día que llegó Rojas) y ejercido un saqueo general, nos pusimos de acuerdo el pariente y yo, en cuya casa me hallaba, para salirnos en la mañana del día siguiente con nuestras familias; pero llegada la hora cambio de parecer, dejándome solo, tomar el partido que me pareciera: como por inspiración me decidí a salir y supliqué a dos oficiales conocidos, aunque sin relaciones conmigo, que me acompañaran hasta la orilla del río, para tomar el cerro del sur de la población, acompañado de mi esposa en cinta y otra turba de mujeres, viejas todas é inválidas algunas: llevaba yo en brazos una hija de dos años, y antes de llegar al río me encontré en la calle con otro oficial, de baja estatura buen traje y mejor trato, que me aconsejaba me volviera al lado del Coronel Rojas, apercibiéndome del peligro a que me exponía de que los galeanos me asesinaran a extramuros despiadadamente; pero le manifesté mi resolución decidida de salirme a correr la suerte que la providencia me deparase. Entonces me dijo que sentiría una desgracia en mi persona y familia, y que se ponía a mis órdenes aquí y donde quiera que se encontrara, dándome su nombre, que era el de Martín Narvaez; yo le dí el mío, correspondiendo su cortesía y me retiré.

Hice a duras penas la travesía del cerro desde cuya altura, mientras resollaba, me detenía por momentos a contemplar las hogueras en que estaba convertido mi país natal, llorándo lo perdido, como Boabdil lloró a Granada desde el monte Padul.

El corte se llevó parejo, sin distinguir las casas de los liberales, pues respecto de ellos se decía que era para obligarlos a cambiar de domicilio y así evitar vivieran entre los "Mochos", sin consideración a que no lo hacíamos muchos por la falta de recursos para subsistir en lugares extraños. Ese día fuí a descender a un profundo arroyo montuoso, sin agua, que desemboca en el valle de Talpa, guiado por unos indígenas que me encontré en la cima del cerro, divisando también las hogueras de su

pueblo, de que sobresalían las del templo por su mayor elevación y por cuyas puertas y ventanas asomaban serpenteando rojizas lenguas de fuego que, trepando hasta la torre, fundieron el reloj público que nos marcaba las horas.

Rojas ese mismo día se fué de la población para Talpa, donde permaneció una semana, al cabo de la cual, salió rumbo a la hacienda de Cabos y de allí a la extremidad poniente del valle de Mascota, de donde arreó cuanto ganado pudo y se lo llevó, dejando aquí ¡sembrado el espanto y la desolación!

Guadarrama y Tovar regresaron a Tepic, en donde hicieron diligencias por internarse en la sierra de Alica, bajo los auspicios de Lozada; más solo el segundo logró su objeto, acompañado del hermano Don Francisco, y el primero, obligado de las circunstancias, transigió con las fuerzas liberales que lo perseguían, desde cuyo tiempo se constituyó amigo y compañero de Rojas, en sus expediciones militares.

EL REGRESO DE TOVAR

Restableció aquí el orden constitucional, estuvo funcionando de Juez de primera Instancia el Licenciado Don Agustín Michel, y de autoridad política con el mando de unos 30 ó 40 soldados, el Teniente Coronel Don Antonio Hinojosa, originario de Ciudad Guzmán, hombre de buena intención, pero de escasos conocimientos en la milicia. De todo el vecindario principal que había emigrado, muy pocas personas habían vuelto a sus hogares a comenzar a hacerles la reparación posible, vacilantes aún sobre que la paz se hubiese consolidado.

En efecto: Tovar no satisfecho con los males que había causado al suelo en que meció su cuna, al cabo de siete meses de estar en la sierra de Alica, subyugado al Tigre de ella, logró, según afirman sus adictos, que aquel lo condecorara con el título de general y que le diera unos 150 a 200 bandidos que lo condujeran a su pueblo, para seguir labrando su ruina comenzada, tarea en que duró más tiempo del que él mismo pudo imaginarse, por la buena suerte que estuvo acudiéndole.

Comenzaron aquí los rumores de que venía de la sierra, con aquel auxilio, dizque a pulverizar a las autoridades Constitucionales, que nos regían. Tuvo Hinojosa oportuno aviso y tomó toda clase de precauciones; pero habiéndose suspendido un poco los rumores hizo un viaje breve a Autlán, con objeto de traer más fuerza, dejando aquí al frente de la que existía, compuesta de 34 hombres, al Capitán Zenón Cruz, con orden de obrar de acuerdo en todo con Don Martín Quintero, que habiendo ya dejado el mineral de San Sebastián, estaba sirviendo al Gobierno. Apenas pasaron tres días de que Hinojosa había salido, cuando volvió el rumor de que Tovar venía a ocupar con fuerza esta población próximamente. Quintero dictó sus disposiciones para evitar una sorpresa y se retiró de aquella, cuando se le dió noticia cierta, con un día de anticipación, por un explorador venido de San Felipe de Híjar, así como por varias personas de San Sebastián, de que Tovar venía ya en camino, al frente de una fuerza de doscientos hombres poco más o menos, y considerando impotente la que aquí estaba para resistir el ataque de la adversaria, advirtió de esto al Capitán Cruz, recomendándole que en la noche del 25 de julio (de 1861) evacuara la plaza, retirándose para las Animas Nuevas, en donde Quintero lo esperaría, para que se retiraran hasta Autlán. Estuvo Cruz de acuerdo y en esa inteligencia aquel se retiró sin más demora; pero este no lo efectuó.

Al día siguiente lo mandó reconvenir por su falta, insistiendo en que se retirara en el acto; pero contestó no haber motivo para ello, pues que en la noche anterior había hablado con personas venidas de Tepic, quienes le aseguraban que nada se movía por aquel rumbo que justificase la alarma que aquí reinaba; así es que las precauciones que se habían tomado no obstaron para una sorpresa la tarde el 26 de dicho mes, en que se efectuaba un paseo acostumbrado de tiempo inmemorial ese día y el anterior, el de Santiago. Había un retén en la torre para vigilar por donde viniera el enemigo, y en la tarde dicha se le divisó por el rumbo norte al pie de un pequeño cerro llamado del Molcagete, distante de la población algunos tres cuarto de legua; dió el centinela la voz de alarma y por más prevenida que la fuerza estaba para moverse violentamente, lo hizo en medio del desórden y la confusión, vista la superioridad numérica del enemigo. Los últimos soldados nuestros habían apenas pasado el río, cuando aquel los tiroteaba ya por su retaguardia y los persiguió hasta

media altura del cerro, no obstante lo cansado que venían los indios de su camino andado. No ocurrió más desgracia que la muerte de la muger de un Sargento, quedada atrás, y que les pedía por Dios le perdonaran la vida: su cadáver fué violado sobre caliente por su matador, en prueba de su instintos salvajes.

Tuvo lugar esa noche un saqueo por los Lozadeños en las casas de comercio de algunos liberales, a quienes se les llamaba "Hacheros".

Desde esa misma noche y al siguiente día, estuvo Tovar agasajado por el populacho y demás fanáticos, inclusa parte del bello sexo, y él abrazándolos y halagándolos también, en los momentos en que tanto los necesitaba, pero ¡cosa singular! estando aquí su suegro el que avergonzó con sus nobles sentimientos al Presbítero Gutiérrez, no quiso esperar al yerno, sino que se retiró a un escondite de su hacienda Gallineros, de donde regresó a Guadalajara con su familia que allá tenía, estando a ella incorporada la de Tovar, a expensas del mismo suegro.

VICTORIA LIBERAL

A los pocos días, Tovar salió con su chusma en busca del enemigo, dirigiéndose a la hacienda de Mirandilla, donde el Teniente Coronel Hinojosa se encontraba con un refuerzo de guardia nacional de algunos pueblos, principalmente de Tecolotlán, que se había distinguido siempre por su patriotismo y amor a la causa de la libertad, y recibió aviso de que venía por Ameca a incorporársele el Coronel Florentino Cuervo, con 200 hombres, y con el mando en jefe para la campaña.

En el camino se encontró Tovar un cargamento de asogue de la Compañía Minera "Unión en Cuale" de que era socio y administrador el Señor Licenciado Don Jesús Camarena, vecino de Guadalajara. Tovar dispuso que el cargamento dicho se trasladase a Mascota, por solo hacer el daño a sus dueños, pues no trató de aprovecharlo para su empresa revolucionaria, sino que se tiró en la calle frente a una casa en que tuvo después su cuartel, de donde paulatinamente empezaron los botes a desaparecer hasta concluír, estando sola la población, pues sus habitantes se habían salido a ocultar en los cerros circunvecinos.

Aproximado Tovar a Mirandilla, dividió su fuerza, haciendo que una parte volteara un cerro de poca elevación que está a la izquierda del camino, para sorprender por ese flanco al enemigo, llegando él de frente con la otra parte. Sea que Hinojosa hubiese estado desprevenido y por necesidad peleara o sea que considerase su fuerza suficiente para triunfar, el hecho fué que hubo un combate que se decidió en su contra desastrozamente, lo cual lamentamos los liberales como una gran desgracia: perecieron ochenta de sus infantes a machete, en manos de los indios a caballo, y pereció en las manos del mismo Tovar el militar Longoria, que vino capciosamente a servirle de jefe de instrucción cuando se pronunció. De los infantes muertos fueron más de veinte de solo Tecolotlán.

Recién pasado esto, vino en auxilio de los liberales Don Trinidad Ramírez[18] de Ixtlán, con una fuerza de cerca de 600 hombres muy competente para haber arrollado a Tovar con todas sus chusmas en donde quiera que hubiera encontrándolo; pero hallándose sola la población se pasó para el Gallinero, a donde llegó a la vez que Cuervo a Mirandilla. En la tarde de ese mismo día se comenzaron a ver a lo lejos las avanzadas de ambos campamentos, juzgando cada cual que tenía el enemigo al frente. En la mañana del siguiente día, el Coronel Cuervo se movió contra la fuerza que consideraba enemiga muy pronto las guerrillas de ambas comenzaron a tirotearse. Hubo una coincidencia que dió más márgen al equívoco: con Tovar andaba el lozadeño Julio García, mandando una caballería, y con Cuervo venía el liberal Teniente Coronel del mismo nombre, haciendo veces de mayor de órdenes: cuando las guerrillas se tiroteaban venía dicho mayor de órdenes á la cabeza de la sección de Cuervo y no faltó soldado que gritara: "Viva mi Coronel Don Julio García": como el lozadeño, pues, tenía la misma graduación, la guerrilla de Ramírez continuó en la creencia de tener al frente al enemigo.

El tiroteo y la grita se empeñaban más, cuando el jefe de la guerrilla de Ramírez, comenzó a descubrir la infantería de Cuervo,[19] y a observar que vestía uniforme, tiempo en que reflexionó sobre el equívoco que se padecía y lo mandó participar así a Ramírez; este no se hizo esperar, sino que fué a cerciorarse de aquello, mandó suspender el fuego y tocar parlamento, que se le correspondió por Cuervo, se reconocieron ambas fuerzas y se unieron, marchando así para esta ciudad. Aquí permanecieron solo un día y al tercero marcharon para Talpa, rodeando por el potrero

del Mosco, con objeto de ver si se encontraba el enemigo a dos leguas distante de aquí, en el rancho llamado "Las Agritas" encontraron las fuerzas unidas, al entonces Coronel Don Ramón Corona,[20] que mandaba 200 infantes y que venía también a cooperar a la persecución de Tovar, habiendo ya estado en su busca en el Mosco y no habiéndolo encontrado, ni quien le diera razón alguna, se dirigía para esta población a ver si aquí la adquiría; estando Tovar en la Cieneguilla, punto sito en la sierra del Bosque.

El Coronel Corona contramarchó para Talpa, en unión de Cuervo y Ramírez, y allí estuvieron las fuerzas más de ocho días en número de mil hombres, mandados siempre en jefe por Cuervo; sin que se emprendiera ninguna operación sobre el enemigo, a pesar de que los indios fueron a provocar un encuentro, montados hasta en machos, pues solo hubo un tiroteo de poca importancia entre aquellos y parte de la fuerza liberal que salió a las orillas de la población, movida toda se hubiera compensado el desastre de Mirandilla.

De Talpa perdida esa oportunidad inesperada volvieron las fuerzas del Gobierno a esta ciudad, pasando nuevamente por el Mosco, cuando ya los lozadeños se habían retirado para sus madrigueras, y quedando Tovar remontado en la sierra con algo más de sesenta hombres. De aquí los Señores Corona y Ramírez regresaron a sus puntos y el Coronel Cuervo a Guadalajara, quedando esto sin más fuerza que diez y ocho hombres de guardia nacional al mando del Capitán Ortíz, en Talpa.

Es de advertirse que una noche antes de que Hinojosa sufriera su derrota en el Rincón de Mirandilla fué cuando recibió aviso por extraordinario de la Comandancia militar del Estado, sobre que el Coronel Don Florentino Cuervo, á la cabeza de una fuerza competente venía a efectuar en Mascota la campaña contra Tovar: concluía dicha orden previniendo a Hinojosa que con la fuerza de que pudiera disponer se pusiera a las órdenes del expresado Cuervo, para solo el efecto de la campaña, y este llegó al pueblo de Atenquillo al día siguiente de la derrota, en donde supo perfectamente lo que había pasado; sin embargo puso un extraordinario en busca de Hinojosa, previniendole que con la fuerza que hubiérale quedado fuera a incorporársele sin pérdida de tiempo. Hinojosa se hallaba en Cuautla, en absoluta impotencia, sin embargo de lo cual ocurrió al llamado de Cuervo, acompañado de Don Martín Quintero, a

manifestar a aquel su estado; a pesar de esto aquel jefe insistía en que lo acompañara, dándole por razón que necesitaba del jefe político del Cantón para que concluída la campaña organizara la administración de este Departamento. Hinojosa contestó que esto se allanaba nombrando a Quintero de Director, para lo cual tenía facultades especiales, que manifestó; alabó los principios políticos de aquel y su patriotismo, añadiendo que por sus relaciones y conocimiento de estos pueblos estaba en más aptitud que él para prestar toda ayuda y organizar la administración; alegando además Hinojosa que le era indispensable volver a Autlán a reorganizar su fuerza para poder atender a las emergencias de la situación; con todo lo cual hubo Cuervo de convenir.

Quintero se resistió a aceptar, pero ambos jefes le instaron y concluyó por serles consecuente, viniéndose con el mismo Cuervo hasta quedarse en Talpa, después de estar aquí, de donde se fué con los diez y ocho hombres de guardia nacional que mandaba el Capitán Ortíz, y algunos paisanos.

Cuando averiguó que el enemigo estaba ya seguro de su situación y se persuadió de que no se podría sostener, se retiro para Atenguillo; de allí informó al Gobierno de como se encontraba esto, entonces dispuso que volviera Don Julio García con cien hombres del batallón Matamoros y veinticinco caballos, a situarse en mismo Talpa, a donde Quintero regresó.

TOVAR SE VUELVE BRAVO

Tovar, abandonado por los indios, se quedó remontado con la fuerza de paisanos arriba indicada, propuesto a permanecer en nuestros alrededores, para dar vuelo a sus paisanos de todo género, a expensas de los pacíficos habitantes, y a pretexto de su política profano-religiosa; haciendo creer a los ilusos que era necesaria aquí su permanencia para proteger los intereses de la generalidad, siendo el primero en perjudicarlos ostensiblemente, ya con sus propias exacciones, ya con la guerra misma que provocaba, cuya inmediata consecuencia era la paralización de todos los giros, máxime el comercial y agrícola, para lo cual no había brazos

suficientes, porque Tovar los empleaba de grado o por fuerza en levantar las armas; dejando así arraigado el hábito de la holgazanería como otro perjuicio trascendental.

Rojas y Simón Gutiérrez, en todas sus correrías, tal vez el lugar de su nacimiento fué el que menos frecuentaron y perjudicaron por lo mismo; pero Tovar acaso calculaba que llevando su bandera como aquellos, por todos los ámbitos de la República peligraba su persona, y se limitó por tanto a permanecer seguro aquí esperando lo viniesen a atacar, para prevenir el mejor cerro donde defenderse; abandonando la población y sus interés como lo menos de su cuidado, sin siquiera permitir que transigieran con el enemigo los pacíficos, bajo pena de la vida, desde antes de presentarse en la población y dar a conocer programa escrito alguno, queriendo así que cada cual de suyo interpretar fielmente su capricho. De aquí data, pues, la historia sangrienta de Tovar, que lo pinta como un monstruo, en que se le aventajaba ¡su hermano Don Francisco! quien en uno de sus arranques coléricos no tuvo empacho en decir, parándose de puntillas, "tengo sed de sangre", a semejanza de Calleja que cuando combatía con encarnizamiento el noble impulso de nuestra emancipación política y nuestra libertad, escribió al virrey Venegas que "no economizaría sangre".

Uno de los primeros episodios de nuestro protagonista, dignos de mencionarse, fué la captura del joven Angel Llamas, en unión de Abundio Salcedo, el primero dependiente de comercio de Don Leonardo Michel, antagonista de Tovar, y el segundo purero, personas ambas del todo pacíficas é inofensivas, ocupadas en su oficio cada cual. Se proponía Tovar sacar con el primero, en cange, cuatrocientos pesos, y con el segundo hacerlo soldado, porque nada absolutamente tenía que dar, lo mismo que el primero; pero respecto de este se conjeturaba que el patrón lo salvaría.

Mantenidos presos en el cerro por algunos días, lograron fugarse una noche, y habiendo andado el resto de ella, obligados del hambre y el cansancio, llegaron a pedir alojamiento en un rancho aislado que habitaba Tiburcio Vargas, un fanático voz de tiple, muy repugnante por cierto: se lo dió con fingida benevolencia y les proporcionó que comer, diciéndoles se acostaran a dormir para que descansaran, y cuando vió que lo hicieron, partió a denunciarlos a Tovar, quien inmediatamente mandó una escolta

que se los llevara: una vez a su presencia, los condenó a muerte y para aplicárselas los hizo que cavaran previamente su sepulcro.

Fué aprehendido enseguida Bernardo Peña, administrador de la hacienda de Cabos, jurisdicción de Talpa, quien por orden del jefe de la fuerza liberal que ocupaba ese pueblo, tenía que dar aviso al mismo de los sospechosos que pasaran por la hacienda dicha, y habiéndolo dado de un sacristán de la parroquia de Tomatlán, Purificación por eso Peña fué aprehendido y traido a fusilar inmediatamente a la plaza de esta población, donde se le dejo tirado como a perro, hasta que sus deudos mandaron levantarlo para darle sepultura.

Fué aprehendido después por otra escolta que entró en la población el joven Jesús Rodríguez Regla, vecino de Ameca, que tiempo hacía comerciaba con vino en Talpa y últimamente con maíz que escaseaba allí: antes de ser aprehendido, no faltó amigo que le ofreciera su casa para que se ocultara, pero sintiéndose sin delito deshechó el ofrecimiento y se entregó a su suerte: llevado a la presencia de Tovar, lo condenó al suplicio, porque comerciaba con la población enemiga, y sin remedio se le aplicó esta pena.

Creada por aquel, como hemos visto, la necesidad de proporcionarse recursos pecuniarios, de improviso en una madrugada del mes de Octubre de 1861, cayó a la Unión de Cuale con fin de hacerle una exacción de seis mil pesos, que a duras penas se le ajustaron en plata pasta y dinero, por el encargado de la negociación, que lo era Don José Barraza, llevándose además los rifles que encontró. Pidió también dos mil pesos a los vecinos de Cuale.

Avisado de esto Don Julio García, se movió a Talpa violentamente sobre Tovar, quien lo esperó en un punto dominante, llamado "La Cruz de Ignacio", donde aquel lo atacó sin esperar que llegara su caballería por la ansiedad, según se dijo, de quitar el botín al enemigo. La precipitación dió por resultado la derrota de García, sin que en ella hubiese influído el valor ni la pericia de Tovar, sino de los oficiales que traia, entre ellos uno retirado del ejército, que lo era Luciano Hurtado. A la derrota contribuyó también una herida que recibió García en una pierna; siendo el resultado que este y Tovar se volvieran a sus puntos, estableciendo el último su campamento a orillas de Mascota, en la hacienda San Nicolás, propiedad de sus enemigos los Michel. Le sonreían ya dos

triunfos con que él estaba envalentonado, siendo el segundo, según algunos el que le valió el título de general, dado por Márquez; disculpando con lo que aseguran sus adictos, sobre que Lozada se lo dió.

MUERTE DEL PADRE ÁVALOS

Pasado ese segundo triunfo, se pronunciaron en Cuale Don Severino Bernal y otros, de acuerdo con Tovar, cuando ya Don José Barraza se había retirado a refugiarse en el Tuito con Don Pablo Ríos, a precaución de otro buicicazo que dieran a la Unión de nuevos héroes.

El Señor Ríos, hombre de poco cultivo, pero liberal inquebrantable y bastante prestigiado en la costa de su domicilio, donde contaba como Alvarez en el Sur, con gente armada a la hora que quería; se movió sobre Cuale a correr a los pronunciados y a llevarse por orden de sus dueños, la más plata beneficiada en la Unión, como lo verificó sin que se le opusiera ninguna resistencia; pues tan luego como se avistó a Bernal y lo suyos, estos pusieron pies en polvorosa, viniendose a incorporar al amo, quien destituyó al cabecilla.

Tovar recibió a muy grande ofensa el que se hubiese ocurrido a Don Pablo Ríos, en pos de garantías, diciendo que él estaba para darlas a quien se las pidiera, pues que no era pícaro. La prueba de su dicho estaba anticipada con lo del cargamento del azogue, los seis mil pesos y los rifles con que se resguardaban los cuantiosos intereses de la Unión.

El 18 de Enero de 1862, habiendo sido reforzado en Talpa Don Julio García por Don Ignacio Guerrero, jefe político de Autlán, los dos vinieron de nuevo a atacar a Tovar en sus posiciones de San Nicolás, cuyo casco este abandonó, poniéndosele fuego con una gran existencia de maíz, para treparse al cerro inmediato de que descienden algunas lomas, más o menos graduales. García y Guerrero, después de matar tres o cuatro paisanos inofensivos que agarraron al llegar, se posesionaron de una semi-quinta frente al campamento de Tovar, callejón y potreros de por medio, y adyacente aquella al río de la población, que corre al pie de otro cerro como al principio se ha dicho.

Avistadas, pues, ambas fuerzas, no se había emprendido ataque alguno por ninguna de ellas, hasta el día que permanecía preso en el campamento de los liberales el padre Don Juan Nepomuceno Avalos, mandado traer con una escolta hasta Atenguillo, cuya ampolleta administraba, procediendo así, dizque en virtud de haberle interceptado un propio que envió a Tovar con una cantidad de cápsules de guerra. Este desprendió su gente del cerro sobre el enemigo, quien luego salió a resistirlo, trabándose en combate de algunas horas con suerte varia, del que resultó que Guerrero mandase fusilar al padre Avalos y al individuo que se decía su enviado. Por la tarde de ese día, replegados García y Guerrero al recinto de la finca que ocupaban, rompieron una tapia para hacer su retirada, que verificaron ordenadamente, sin que Tovar se atreviera a seguirlos; pero mandó levantar el campo, de donde se recogieron algunas armas.

Vulgarmente se creyó que Tovar emprendió el ataque referido por salvar al padre Avalos, suponiendo que supo lo que tenían preso; pero se opina como más probable que no lo supo y por eso atacó, pues este medio de salvarlo había sido contraproducente en todo caso.

FUSILAMIENTOS

En Febrero del mismo año de 62 vino el entonces Coronel sinaloense Don Manuel Márquez de León, a la cabeza de 500 infantes, a perseguir a Tovar hasta exterminarlo. Este entonces se hallaba en el cerro del Cabro y de allí se retiró a la sierra del Bosque, con más de 500 hombres, posesionándose del punto llamado Remuda, como a dos días de camino de esta localidad. Márquez que había recibido el resto de fuerza de Don Julio García, con esta no completaba 700 hombres y habiendo en el Cabro reconocida la potencia del enemigo, juzgó infrutuoso un ataque formal; pidió refuerzo al Gobierno, en virtud de lo cual vino por segunda vez el Coronel Corona, con la fuerza de su mando (doscientos hombres poco más o menos) y entonces Márquez, que mandaba en jefe, no perdió tiempo, dando la carga a Tovar, quien pronto abandonó su posición, huyendo desbandado. A esta derrota cooperó muy eficazmente el Señor

Corona, pues con su fuerza trepó en una noche un arroyo bastante empinado para tomar la cima de una cuchilla que dominaba el campamento enemigo: al día siguiente se emprendió el ataque, que produjó el resultado dicho.

En el alcance fué hecho prisionero Nicolás Avalos Ramos, gemelo, de oficio sastre, quien fué el último en abandonar su punto, porque no recibió aviso de Tovar de la retirada que se efectuó: cuando hubo de correr, se enredó en un otatal y cayó, produciéndole la caída una herida en el cuello, con cuya contingencia no pudo correr más y cayó en las manos del enemigo. Llevado a la presencia del Señor Corona lo interpeló sobre la plaza que desempeñaba, a lo que dijo ser capitán pagador: aquel le propuso sería dado libre si le protestaba no volver a tomar las armas contra el Gobierno Constitucional, pero que de no ser así lo fusilaría: el prisionero, de no escaza inteligencia ni despreciable figura, pero fanático intransigible, negóse a la proposición, resignándose a morir, pidiendo solo por gracia que se le permitiera escribir a su familia: se le permitió y escribió una carta a la madre, con lápiz, enviándole una onza de oro y un dedal de plata guarnecido también de oro, haciéndole una reseña breve de lo que pasaba y concluyendo con su eterna despedida, no sin hacer reminiscencia de los objetos que le mandaba en memoria. El Señor Corona, de nobles sentimientos pero severo en la disciplina militar, no pudo retroceder en su palabra, conforme a la ordenanza, así es que mandó ejecutar al prisionero; y honrado y pundoroso como el que más, mandó también a su destino la carta y objetos referidos. Al leerse aquella no se advertía que el pulso de su autor no estuviese alterado en manera alguna, de lo que se infiere fué escrita con serenidad descomunal.

Derrotado Tovar, se retiraron los Señores Márquez y Corona, quedando aquí un destacamento de cosa de doscientos hombres al mando del Teniente Coronel Don Jesús Mendoza, que permaneció cosa de un mes en esta población y luego cambióse a Talpa.

Seguido Tovar por algunos de sus más adictos, anduvo por los cerros que circundan a Mascota, de donde se le desertó un individuo de los forzados que se llamaba Tomás Escobar, sastre también, y por apodo el Cantero: del paradero de aquel se guardó silencio y se propalaron especies falsas de que se había retirado lejos: de reserva se supo estar escondido en la cima de un cerro llamado San Miguel, a cuyo pie hay un

rancho del mismo nombre, que perteneció a la hacienda Gallineros, de que hoy está segregado: movido pues de Atenguillo en persecución de Tovar, con unos cincuenta hombres, Don Nicolás Peña, avecindado allí y procedente de Guadalajara logró sorprenderlo en su escondite, haciendo algunos tiros mutuamente; pero corriendo Tovar y los suyos en número de cosa de ocho, estos daban voces llamando en su auxilio fuerza que supusieron tener a corta distancia, para infundir miedo a los asaltantes: lograron su objeto por que estos retrocedieron, pero ello después que Tovar se había despeñado en un barranco inmediato en donde habría perecido, a no ser por la fatal casualidad de quedar horquetado en un copal de que se abrazó y de cuyo precipicio salió después con dificultad, bastante estropeado: si hubiera finalizado allí aquel hombre funesto, se habrían ahorrado todavía un sin número de males.

No tarde sus secuaces tomaron la revancha: apareció de repente en Atenguillo una partida suelta de ellos, encabezada por el capitán Luciano Hurtado, que sorprendió a Peña sin soldados, y aunque este corrió a meterse en el corral de una casa, donde se subió a ocultar entre las ramas de un árbol, ya al anochecer, uno de sus perseguidores, llegó casualmente al pie de dicho árbol, llamado aquel Paulino González, alias Puerca Flaca; Peña lo cazó con su révolver desde arriba y logró herirlo pero no matarlo, llamando con el tiro la atención de los demás que lo buscaban en otras distintas casas, así es que ocurrieron a la en que la escena sucedía, donde a su vez el herido daba voces llamándolos; hicieron a Peña bajar del árbol y se lo llevaron a asesinar a la orilla noroeste de la población, desechando el ofrecimiento de 400 pesos que les hacía en rescate de su vida: acribillado que fué a balazos, lo colgaron luego de otro árbol y se retiraron, dando a conocer que no había sido otra más que esa la mira que los guiaba.

Hacía de jefe secundario de tal partida, Trinidad Guerra, quien pagó con la misma moneda, después de la dispersión del Cabro y derrota de la Tijera. Acompañado de otro de los suyos, Nicolás García, fué sorprendido por una fuerza liberal en un rancho de la jurisdicción de Guachinango, y resistiendo los dos la descubierta temerariamente, obtuvieron la muerte por preciso resultado.

Estando solo de fuerzas de Mascota cuando fué Peña asesinado, Tovar cuando ya se rehizo, volvió a ocupar la población aunque con las

precauciones necesarias para no ser sorprendido. De aquí dió otro albazo a San Sebastián, de donde sacó mucha plata y algo de dinero, trayéndose preso a Don Ignacio Aguirre, uno de los vecinos principales, a quien estuvo amenazando algunos días de fusilarlo, hasta que fuertes valimentos lo salvaron, no sin un desembolso considerable para sus circunstancias.(o)

La chusma de Tovar se aumentaba gradualmente, y mientras en Talpa la fuerza de Mendoza él hizo expedición para Atenguillo y Guachinango, en busca de maíz que aquí se agotaba, resistiéndose la falta del que había quemado al principio del año en la hacienda de San Nicolás: se llevó consigo a Filomeno Peña, a su yerno Ramón Solano, hijo de Mascota pero avecindados en Atenguillo, y a otros dos o tres, que habiendo sido apresados por que vinieron, aquí, sin que supiese con qué objeto, se les supuso fuera malo: por allá en un punto cercano a la hacienda de Cuyutlán, a cuyo dueño se le tenía por enemigo en razón de que se fué para Guadalajara ¡se les fusiló y se les colgó!

Fusiló también a Procopio Miranda en las inmediaciones de Guachinango de que era vecino y donde fué aprehendido por que hacía poco se le había llevado de dicha hacienda Cuyutlán, una partida de ganado en nombre de Tovar, la cual realizó, sin que hubiera parado algún simulacro de fuerza a la orden de aquel, para aparentar que en ella invertía el producto; pues que si tal hubiera verificado, sin duda que habría salido avante.

En esa vez pasó en Atenguillo otra cosa singular: fungiendo allí de Autoridad política Don Secundino Peña, ranchero acomodado y de carácter franco, se le presentó a Tovar diciéndole que el jefe militar de Talpa le había prevenido bajo severas penas, le diese aviso oportuno de cuantas fuerzas tocasen a Atenguillo y de su número; que se sirviera indicarle, por tanto, ¿qué hacía respecto del mismo? Este le dijo que para cubrirse, cuando él se retirara el aviso anunciado y contando con esta autorización puso un expreso a Talpa, dando aquel: el enviado temía

(o) Después de escrita esta reseña uno de los soldados de Tovar me ha referido que este reunió su oficialidad para deliberar sobre el fusilamiento de Aguirre y estando la mayoría por que se hiciera, él propuso que por conveniencia se le sacaran de pronto recursos, ordenando así la chichihua, aunque después se le quitara el cuero.

venir y Peña le disipó su temor diciéndole como y por qué lo enviaba, para hacerle ver el ningún peligro que corría, pero que en caso ofrecido dijera que él lo enviaba: animado así se vino, fué aprehendido en efecto por una avanzada de Tovar en el camino y traído a su presencia; quien, no obstante darle aquel todas sus excusas ¡mando fusilarlo!

A renglón seguido mandó traer preso a Peña, cuya entrevista esquivaba aquí, dejando que lo juzgara el hermano Don Francisco (el retrato en miniatura del general Calleja), que hacía de mayor del Cuerpo; pero el preso pidió con instancia se le permitiese hablar con el jefe principal, hasta que se le concedió, y le hizo reminiscencia de todos los antecedentes del negocio, de que fingió no tener acuerdo, pero en prueba de tenerlo, ya no empleó con dicho Peña su rigidéz acostumbrada, sino que le dió la población por cárcel y concluyó por decirle, después de algún tiempo, que no lo tenía preso, sino que solamente había querido quitarlo de la ocasión de que "los hachas" lo comprometieran ¿y el desgraciado que vino de propio por qué lo envió a la muerte?

No omitiré apuntar de paso que si Tovar tuvo con Peña la condecendencia de que diera el parte de que se ha hecho mérito, fué debido a que este era la autoridad establecida desde que regía el orden constitucional por estos puntos, antes de la invasión de Tovar, y antes también de que este pudiera extender su dominio hasta Atenguillo, lo cual le impedía la fuerza contraria que guarnecía la Plaza de Talpa.

En ese lugar se hallaba de pacífico un anciano carpintero, de quien había quedado aquí un hijo llamado Miguel Curiel, a la sombra de su cuñado, y habiendo circulado la especiota de que venía una fuerza numerosa de indios lozadeños en auxilio de Tovar, para ir a hacer pedazos a la población de Talpa, temiendo Curiel por su padre, le mandó un propio que de palabra le diera aquel fatídico aviso. Tomado el propio en el camino por otra avanzada de Tovar, fué traido preso y tratado con crueldad, aprehendiéndose en seguida al joven Curiel que inmediatamente fué puesto en capilla y se le mandó labrar su caja mortuoria: la víspera de ser ejecutado vino su padrino el Cura Don Ignacio Ramos, tío carnal de Tovar, y le habló muy enérgicamente en favor del ahijado diciéndole: que harta sangre había derramado ya, tal vez inocente, y que él no podía permitir derramara la de aquel muchacho, por haber obedecido a sus

sentimientos naturales de hijo, lo cual no era un delito y sí un deber legítimo. Así logró salvarlo.

TOVAR EXTIENDE SU DOMINIO

Talpa quedó al fin abandonado al enemigo. Los pocos vecinos que quedaron, por necesidad tuvieron que acogerse a la bandera de Tovar, quien pudo decir con esto que contaba con un nuevo triunfo aunque pacífico.

Así pudo mandar una o dos expediciones a la hacienda "San Clemente", donde se le resistía con fuerzas auxiliares, de que triunfaba la suya fácilmente; habiendo avanzado la segunda vez hasta Ayutla, para donde se movieron caballerías liberales que había en Tenamaxtlán, con cuya noticia los tovaristas retrocedieron más que de prisa. Sea con motivo de esa fuerza que estaba en Tenamaxtlán ó con el de ver que partido sacaba de esta población, Tovar destacó sobre ella después de retirado el enemigo, una horda de bandidos que vino a ponerse a sus órdenes trayendo de jefe a un tal Balcázar. Éste hizo allá de las suyas, robando y estrupando; cuando volvió fué hecho preso y separados veintidós de su pandilla, incluso él, los cuales en unión de otros dos desgraciados de Mirandilla, de que no se supo el delito, fueron ejecutados una tarde, en el llano de la Tejería, situado a orilla oriente-norte de la población; quedaron allí detenidos los veinticuatro cadáveres en hilera, para acarrearlos al campo-santo, donde fueron sepultados, para lo que previamente se abrió un tajo.

El jefecillo Balcázar arengó al público, cuando estaba al frente del cuadro que debía ejecutarlo, y como era hombre inculto, mal pudo expresar las ideas que en su postrer instante le preocupaban; pero se le comprendieron sin embargo y consistían en que él solo era culpable y ninguno de sus soldados, siéndole poderoso por lo mismo que sin culpa fueran a morir con él.

Si se atiende a que el soldado debe a sus jefes toda sumisión y que por lo mismo estos son responsables de la conducta de aquel, muy natural parecía que Balcázar fuera el solo castigado y no tantos de sus subordi-

nados; pero Tovar haciendo ostentación de su severidad militar y de su celo por la hombría de bien ¡hizo aquella carnicería!

Cuando Talpa quedó abandonada a merced de Tovar, quedaba el Tuito a las órdenes de Don Pablo Ríos, a quien hostilizaba de acuerdo con Tovar, un joven intrépido llamado Juan Mariscal y conocido por el apodo de Blancarte.

Tal vez en auxilio de Ríos vino el jefe político de Autlán Don Juan Maldonado, con alguna fuerza, a recuperar a Tomatlán, donde lo atacó dicho Mariscal y una sección de Tovar, al mando de Don Prudencio Contreras, hijo de Talpa: resistió valientemente Maldonado, y yendo en su auxilio Ríos, al pasar el río de Tomatlán le llegó la noticia falsa de que aquel estaba ya rendido y que sobre esta cargarían las fuerzas triunfantes, lo cual le obligó a retroceder.

Después de retirado Ríos, Maldonado se rindió, fué hecho prisionero y fusilado por algunos de sus oficiales, trayéndose dos hasta la presencia de Tovar, que lo fueron Estanislao Ramírez y un tal Vargas; éste de Guadalajara y aquel de Mascota, de los ilusos que ayudaron a Tovar en su pronunciamiento contra la Constitución y que después volvió sobre sus pasos, cambiándose contra el partido conservador, como sucedió con muchos otros, entre ellos Nicolás Bracamontes, que pereció de sargento en las filas del general Uraga, cuando atacó la plaza de Guadalajara y fué detenido por Wool.[21]

Llegados Ramírez y su compañero, sin permitirles ningún respiro, se formó en la plaza de armas el cuadro destinado a ejecutarlos en presencia del cual y del público que atrajo la curiosidad, Don Francisco Tovar a grito abierto y ahogándolo la furia, empezó a reconvenir con dichos soeces al primero, tachándole de traidor que había venido contra su pueblo, y que habiendo sido primero defensor de la religión, se había después volteado contra ella; pero iba ya a recibir su merecido en compañía de aquel otro car..... Ramírez, en tan supremo instante, dijo a su verdugo: "Señor una vez vine por desgracia, no en contra de mi pueblo ni de la religión, sino por causa distinta". Vargas dijo una cosa semejante, añadiendo que él era también católico, pero bajo otro aspecto, en prueba de lo cual pedía un sacerdote que lo auxiliara para disponerse a morir: se les llevó en efecto y se confesaron allí dentro del cuadro; oyéndose en

seguida la descarga con que cayeron en tierra, Ramírez dijo que aún estaba vivo y acabaron de matarlo.(o)

Tomando Tomatlán, Ríos que había entregado su armamento a su compadre el Señor general Corona, se fué en su seguimiento para Colima, por el mar pacífico; recomendando el buen tratamiento de su pueblo a las personas adictas a Tovar, apercibidas de que al volver les tomaría rigurosa cuenta de su conducta.

Extendido el domino de Tovar a todo el distrito de Mascota, entonces departamento de Autlán, y ahora 10o. Cantón, las exacciones particulares y generales de dinero continuaron, como también los fusilamientos a sangre fría. Para las exacciones particulares se fraguaba algún pretexto con qué aprehender a los que tenían posibilidad de soltar recursos amenazándolos de muerte si no daban lo que por castigo a su supuesto delito se les exigía por gravoso que fuera: habiendo habido casos de matar efectivamente a quien nada daba. Para las acriminaciones que se ponían en juego, bastaba el dicho de los esbirros de Tovar, que por que éste no investigaba la verdad, así es de que quien de ellos quería deshacerse de un enemigo personal o del que servía de estorbo a sus miras particulares, ya sabía que el medio era bien fácil: inventar una impostura.

Una de esas víctimas fué José de Robles, hombre pacífico y laborioso, apegado a su familia, a quien por estar sirviendo a la casa de los Señores Michel, se le supuso en inteligencias con las fuerzas liberales, se le aprehendió y exigió en cange la suma de ciento cincuenta pesos, que de sus recursos propios no podía pagar: se le condenó a muerte y cuando toda la pobre parentela logró reunir dicha suma para rescatarlo, ya no fué admitida.

En Tomatlán, un viejo ranchero llamado Hilario Ortega, se pusó a las órdenes de Tovar con una pequeña fuerza que levantó: éste le encomendó por principio la aprehensión de Don Guadalupe Michel, hombre octogenario, incapaz de hacer daño a nadie, pero rico y padre de los primeros enemigos que aquí granjeose Tovar. Hizo aquella con la mayor facilidad; más por empeños en favor del preso lo soltó después,

(o) Sus cadáveres fueron colgados en dos fresnos de la plaza, con unos rótulos en el pecho que decían: "Por Constitucionalistas".

aconsejándole se retirara de aquellos contornos para que estuviera a cubierto de la reaprehensión. Michel que en Tomatlán había visto deslizarse no la mayor parte de su vida sino toda, le profesaba un cariño acendrado; así es que no accedió a la indicación de Ortega, ni al consejo en el mismo sentido de algunas otras personas, poniendo por obstáculo los bienes raíces de consideración que allí tenía que cuidar, aunque en tiempos normales su familia aquí vivía y él estaba temporadas a su lado y temporadas en mismo Tomatlán. No tardó en suceder lo que se le anunciaba, que se le aprehendiese de nuevo y por concomitancia a su aprehensor Ortega, quien por la lenidad de que usó al soltarlo, se hizo reo de muerte para con Tovar.

A la vez que a Michel se le aprehendió a Don Liberato Romero, vecino también de la costa de Tomatlán y propietario de hacienda Gargantillo; aprehendiéndose igualmente en Cuale a Don Francisco Solís, minero de algunos posibles, siendo este su delito, como lo era el de los otros.

Al primero, es decir a Michel, se le recetaron diez mil pesos en dinero y otros agregados de imposible verificativo, como era que Don Pablo Ríos, con todos sus elementos de guerra, inclusas algunas piece-citas que mandó fundir en la ferrería de Tula, se pusiese a las órdenes de Tovar; que diera mismo Michel cierta cantidad de mulas aparejadas etc... Al segundo se le recetaron simplemente cinco mil pesos y al tercero la misma cantidad, que paulatinamente tuvieron que exhibir con grande sacrificio, ya quebrantando de precio lo que tenían, ya pagando fuertes premios.

No hizo lo mismo Michel, que echando empeños por que se le rebajara la asignación pecuniaria y se le eximiera de los sobornales nada consiguió; obteniendo el ultimatum de que si no largaba el dinero no se le perdonaría la vida .

En cuanto a las exacciones generales, la primera se impuso a la municipalidad, fué de $7,000, y hecho que fué el derrame se repartieron las órdenes de exhibición, en este hipócrita, a la vez despótico lenguaje:

"Prefectura y Comandancia militar del Distrito de Mascota.- Teniendo absoluta necesidad de contar con los fondos para el sostén de la Brigada en este Distrito, a fin de atender a la conservación y defensa de las garantías sociales é individuales en él; el Señor general en jefe de ella

ha tenido a bien acordar un préstamo forzoso en cuyo derrame ha correspondido a Ud. la suma de (tantos pesos) que sin excusa ni pretexto alguno mandara Ud. entregar en esta Comandancia, al terminar de seis días, contados desde el que se fecha la presente; bajo la pena de que en caso de negativa, resistencia o evasión en el cumplimiento, será Ud. considerado como incurso en el artículo 2 de Decreto de 20 de Mayo del corriente año, a cuya ejecución se procederá militarmente, sin excusa ni consideración alguna.-Dios y orden. Hacienda San Nicolás, Septiembre 21 de 1862.- Francisco Tovar."

NEGOCIOS Y CRÍMENES

Ya que Don Remigio tuvo franco a Cuale, emprendió beneficiar un considerable acopio de metales de la mina llamada Lumbrera, perteneciente a la "Unión", que Don María Célis estuvo sacando por especulación y en virtud de participio que adquirió de Doña Jerónima Contreras y Don Victoriano Estrada, en un compromiso tomado por contrato de estos con el Administrador y socio de la empresa, Licenciado Don Jesús Camarena, pero cuyo trabajo debía estar paralizado con motivo de la situación, en virtud de una protesta que aquel Señor publicó por medio del "Periódico Oficial": el previó que Tovar se echaría sobre los metales, aprovechándose de la plata que produjeran y así sucedió. Esto dió origen al ruidoso y largo pleito que en contra de Célis emprendió la "Unión de Cuale" y que hace poco tiempo vino a decidirse contra aquel, aunque condenándosele al pago de una cantidad que no equivalió a las costas erogadas por su contraparte.

Para el beneficio de los metales, Tovar se valió de un par de pillos, Diego Parra y Máximo Castillo, que quedándose con buena parte, le hacían remesas cuantiosas, mientras tuvieron tiempo; y cuando restablecida la paz y el orden, Camarena volvió a Cuale, anduvo Castillo procurando reconciliarse con él, y sincerarse, no desmintiendo a lo cínico de su carácter; y tanta fué su insistencia en ello, que logró al fin su objeto: Camarena por un acto de generosidad lo admitió en sus relaciones, pero mirándolo con la reserva y el desprecio que se merecía.

El comercio de víveres de Talpa, Cuale y San Sebastián, estaba sujeto al capricho de Tovar, sin cuyo permiso no se hacía ninguna introducción, su pena de duro castigo, de lo que resultó que Don Marcelo Briseño, administrador de la hacienda San Nicolás, dejado por los Michel, entrara en consorcio con Tovar, dándole buenos recursos pecuniarios (que dizque guardaba de los amos) en cambio de los cuales, obtuvo monopolio de los víveres en el comercio de San Sebastián, como maíz, frijol, harina, ganado vacuno y cerdo, que le produjo buen lucro.

Y así como en las poblaciones referidas no había de introducirse nada de lo dicho sin el permiso de Tovar, nada tampoco había de extraerse de esta municipalidad. Sucedio, pues, que un ranchero de Mirandilla, llamado Benigno Valdéz, con conocimiento o no de la prohibición, sacó de la hacienda su ganado y lo conducía con rumbo a Cuautla, cuando sabido esto por Tovar mandó alcanzarlo y devolverlo con el ganado, de que lo despojó, poniéndolo preso, y exigiéndole a más una multa pecuniaria de doscientos pesos, en rescate de la vida; cuya multa dió a costa del trabajo suyo y de su hijos que empeñó, para quedar en la completa ruina; muriendo después de pocos años, con la tristeza pintada en el semblante.

Del mineral de San Sebastián se estuvo trayendo y realizando vasta cantidad de bueyes pertenecientes a la casa de Don Antonio Landeros y hermanos, que se trasladaron a Guadalajara, huyendo al enemigo de su prosperidad y, gracias que contaban con buen capital, pudieron resistir el golpe. Éste era el modo de atender a la conservación y defensa de las garantías sociales e individuales en el Distrito, por el Señor General en jefe de la Brigada.

Otra prueba semejante la dió con otra expedición que ordenó se hiciera al Tuito, al mando de su hermano Don Francisco, el mayor de la Brigada: cayendo como siempre a la madrugada, escaparon como pudieron Don Ricardo Michel y algunos otros; pero no escapó Don Francisco Castillón (a) el Cuaco, Don Luis Rivera y otro llamado Juan, a quienes se trajo presos. A falta de Michel se capturó a su Señora Doña Sebastiana Ríos, se le exigió por su libertad una suma de dinero y se le saqueó su casa, extrayendo de ella alhajas de valor considerable. Al regreso de la fuerza, el General en jefe de la Brigada, trató de enmendar el yerro, que a su tiempo el hermano debió haber evitado, quitando a sus soldados el

resto existente de las alhajas y mandando ponerlas en depósito; hasta que traído preso Don Francisco Michel, hermano de Don Ricardo, y restituído a su libertad mediante el contingente respectivo, a él dispuso que se le entregaran las alhajas.

A fines del año 62 o principios del 63, que vino el General Doblado a Guadalajara y quiso por medio de una política conciliadora reducir al orden a los sublevados contra la Constitución o sea su Gobierno; con tal objeto mandó de emisario cerca de Tovar a Don Marcelo González, su amigo y partidario, (o) escogido por lo mismo para el desempeño de la comisión, que aceptó sin temor ninguno. De pronto fué bien recibido por su correligionario y aún alojado en su casa, con cuyo motivo empezó a tratar con él su negocio y Tovar a darle entretenida para contestar su comunicación al General Doblado. A los tres o cuatro días se le ocurrió interrogar a González sobre si traía consigo credencial, que para el efecto de desempeñar su cometido le hubiese expedido Doblado; y como no la trajera, ya por que no se hubiese estimado necesaria, ya por una inadvertencia, cambió del momento el amigo y correligionario de González, en su implacable verdugo, mandando ponerlo en la cárcel inmediatamente y doblarle una barra en los pies como al mayor criminal.

Agotados en la cárcel los recursos que traía, empezó a vender las prendas de su uso hasta quedarse con lo puro que cubría su cuerpo, después de lo cual siguió viviendo de la caridad de otros presos que tenían deudos que les ministraban alimentos y estos los compartían con él. Una tarde al anochecer, quien sabe como había combinado su fuga por medio de una soga que se le arrojó sobre las tapias de la cárcel, que miden una altura de cosa de doce varas, a cuya mitad lo soltaron porque la fuga había sido descubierta, yendo con tal motivo a cerciorarse de ella uno de los oficiales más consentidos de Tovar y de los más tirantes por supuesto, llamado Refugio Becerra. Con la caída y el golpe de la barra se le fracturó a González una pierna, quedando desmayado, en cuya actitud lo encontró el oficial, no siendo eso suficiente a contener su furia, pues que pateó y fajó a cintarazos al desgraciado González, a riesgo de acabarlo de matar: ¡su fuga frustrada reagravó su situación!

(o) Dizque era Capitán retirado del Ejército Conservador.

Después de días, se lo llevó Tovar en una correría, o paseo militar que se le ocurrió hacer de aquí a Talpa, describiendo un círculo, pues salió por el rumbo poniente a volver por el oriente; llevándose además a José de Robles y a otro preso de aquel pueblo, que le decían La Blanca, cuyo delito era la murmuración que hacía de Tovar. Se le vino en antojo fusilar a Robles en el portezuelo del Capulín, que es en la cima de la Cuesta que desciende para la hacienda de Cabos, situado en el valle de Talpa, colgándolo allí: siguiendo el camino para dicho pueblo, en una de las puertas que se pasan en el plan, se le ocurrió fusilar y colgar al Blanca; y al llegar a mismo Talpa recibió los tres presos del Tuito, Castillón, Rivera y el otro llamado Juan, que en su salida para acá fusiló igualmente y colgó, en unión del desdichado González, ¡por final de su martirio! Remarcar, pues, con sangre, el círculo que describiera en su paseo Tovar, fué el placer que saboreó.

No parecía sino ser esa una necesidad que tanto él como su hermano tenían que satisfacer de periodo en periodo, pues que fusilamientos aislados hacían continuamente aquí, sin saberse a veces en quien ni por qué motivo y cuando este se sabía no era bastante a merecer tal pena; (o) pero una vez que la víctima era llevada a su presencia y ellos le decían "te mueres" o "te vas a morir", no había revocación, y los empeños que en contrario se ponían en juego eran inútiles, así como los ruegos y las lágrimas de las mismas víctimas y de sus dolientes. El caso se vió de que encontrado en el cerro a lindes de la hacienda Cuyutlán, un joven impuber todavía; por el solo hecho de ser hermano de unos Jiménez de dicha hacienda, que militaban en las filas liberales, fué traído y fusilado, llorando.

No sucedió lo mismo con un viejecillo, que habiendo venido de Talpa a ofrecer sus servicios a Tovar, se le denunció por alguien de que traía la misión de matarlo: llevado a su presencia lo interpeló sobre el particular y lo intimó desde luego con el fusilamiento, y el viejecillo casi le declaró que esta era la consigna que traía, resignándose a recibir la muerte con un valor extraordinario, como en efecto la recibió.

(o) Cayó en sus manos el Cantero, que en su dispersión se le desertó, y lo fusiló porque lo vino a denunciar según se le informó, siendo que aquel no supo a donde fué a parar.

Habiendo Tovar dispuesto en los últimos días de su dominación que se situaran en Atenguillo la mayor parte de sus fuerzas, cuando estas ascendían a cerca de ochocientos hombres, allí por cuestiones del juego de cartas, los dos muchachos de la banda, prisioneros en la acción de Toro, pelearon con otro de los soldados de Tovar, habiendo herido a uno, y aquel mandó fusilarlos, privándose del servicio que le daban, movido de la mala prevención hacia el partido contrario, de cuyas filas habían venido a su poder los desgraciados muchachos: si el pleito hubiera pasado entre los 2 de los suyos, seguro está que al heridor o heridores los hubiera castigado con pena de muerte: el caso dió de que le llevaran la queja de un estupro contra uno de sus oficiales y lo castigó con ocho días de arresto.

ATAQUES DE ROJAS

En mismo Atenguillo recibió noticia su segundo, de que venía contra ellos una fuerza respetable, por Tecolotlán, al mando del Coronel Don José Washington, como en Abril de 1862, con cuyo motivo desocupó a dicho pueblo violentamente y se marchó para esta ciudad, donde estaba ya el General, a esperar el ataque. Este fué frustado con motivo de que en Cuautla se le sublevó a Washington un parte de su fuerza, por lo cual retrocedió, viniendo algunos de los sublevados a presentarse a Tovar, quien les gratificó con cinco pesos a cada uno.

A poco tiempo, el Coronel Lino Zuro sustituyó a Washington en el mando de la fuerza referida; pero aquel jefe no emprendió ninguna clase de operaciones, permaneciendo cuatro meses en Tenamaxtlán y Ayutla. A Zuro lo sustituyó en el mando el Coronel Don Ignacio Zepeda, quien con cosa de setecientos hombres se incorporó al Coronel Don Antonio Rojas, que traía quinientos, para venir a atacar a Tovar, como sucedio, acompañado aquel del General Guadarrama; haciéndose aquí subir el efectivo de dicha fuerza a mil seiscientos hombres, de las tres armas, no siendo mas que mil doscientos.

Tovar escogió para su defensa el mismo punto donde había esperado a Don Julio García y Don Ignacio Guerrero, llamado Los Escalones.

Rojas, que mandaba en jefe, tocó primero Talpa y de allí rodeó por San José del Mosco, camino más cómodo para conducir su artillería; habiéndose avistado al campamento de Tovar por el rumbo poniente. Todo fué que esto sucediera, para que Tovar mandara fusilar a Don Guadalupe Michel, el aprehensor compasivo de éste Don Hilario Ortega y a otros, a fin de desembarazarse de ellos: el primero murió con entereza de ánimo, pues se quitó expeditivamente el sombrero, la frazada y la camisa que portaba, dándolos a los soldados que iban a ejecutarlo. Así correspondió Tovar a Don Leonardo Michel, hijo de la víctima ¡la noble acción de haberle salvado la vida en Guadalajara, alojándolo en su casa! ¡Así la generosidad de toda la familia en servir la mesa personalmente a aquel que acababa de influir en que se le despojase de cinco mil pesos al mismo Don Leonardo! ¡Así en fin se portan los que se dicen defensores de la religión cristiana!

En esa ejecución pasó un episodio raro: al ir a hacer su primer descarga los soldados, se levantó de súbito una de las víctimas y se arrojó a un barranco inmediato, salvando así, aunque seguramente estropeado del despeño. Este fué un individuo oscuro cuyo nombre quedó ignorado por lo mismo para la posteridad: de fijo que de aquí se fué a colgar su milagro a la virgen más cercana.

Es relación de Valente Romero, uno de los adictos primitivos de Tovar, que diametralmente cambiaron de opinión y que venía en la guerrilla montada de Rojas, la siguiente:

"Llegados éste y Guadarrama al rancho del Mirador, al frente de dicha guerrilla, dijo el primero al segundo que observara al enemigo; metió el anteojo y le dijo: "parece que cubre su derecha y que no se nos avista todo", pues adelante dijo Rojas, y continuaron andando hasta llegar a la hacienda San Ignacio, en donde descubrieron la caballería enemiga en número de más de doscientos hombres, tendidos tras de la cerca del potrero llamado "Los Chiqueros", al pie de las lomas del campamento: luego Rojas dijo: "sobre ellos", a lo que Guadarrama le contestó: no, Coronel, deje Ud. que llegue toda la fuerza, me pongo yo a la cabeza de la caballería y no le dejo uno de esos; pudiendo Ud. obrar con la infantería y la artillería de la manera que le paresca. Rojas insistió en lo que había dicho y se arrojó con su sola guerrilla sobre la caballería enemiga, por la que pronto fué envuelta, cuando llegando en desórden el grueso de la

fuerza, se emprendió una carga brusca, que en breve tiempo produjo la derrota, con pérdida de cosa de cincuenta muertos, muchos más heridos y dispersos".(o)

Hizo su retirada Rojas para esta población, que se hallaba desierta y cuyas orillas distan media legua del sitio donde la acción se verificó; pasó esa noche y el día siguiente aquí sin que Tovar se arrancara de sus posiciones y al tercero día, Rojas contramarchó para Guadalajara. Sensible fué que su truhandad motivara una derrota en lugar del importante triunfo que se había obtenido con la indicación de Guadarrama, cuya arma principal sabíase que era la caballería ¿Cuántos jefes atrabancados de su clase (la de Rojas) no harían lo mismo, sacrificando gente, armas y dinero infructuosamente? Bueno es consignar este rasgo en la historia como lección para el porvenir.

En el ataque de Rojas, referido, Tovar resistió con cerca de ochocientos hombres, como queda dicho y en buenas posiciones. Siendo cobarde como también se dijo en el principio, no se arrojaron nunca al peligro intencionalmente y antes a precaución de no ser conocido al caer en las manos de sus enemigos, portaba sombrero ancho, chaqueta y calzonera abierta, traje que nunca en su vida había usado y que aquí ostentaba como por popularidad; siendo raras las veces que se presentaba entre los suyos de riguroso uniforme, como por humorada. Tampoco a sus soldados los tenía uniformados.

En el ataque de los Escalones, olvidado tal vez de que podía alcanzarle alguna bala fría, andaba arengado a su tropa, cuando fué herido en la pierna izquierda, abajo de la rodilla, fracturándole la bala el hueso y dejándolo inhábil para continuar entre los suyos. Fue conducido al punto más seguro, cuando se le formó su tienda de campaña y se le estuvo curando por Don Gil Avalos, hermano del padre del mismo apellido que pereció en la Quinta, y practicó en medicina y cirugía, que hacía de médico en la tropa de Tovar, como también de jefe subalterno.

Previendo el mismo Tovar que el Gobierno seguiría atacándolo con la actividad y energía que eran del caso; para prevenirse de recursos

(o) En esta acción, o la anterior se dice que 3 prisioneros que fueron tomados por los liberales los castró un esbirro de Tovar, llamado Dolores Pérez (a) el Asustado de muy mal corazón, que con sus maldades se granjeaba la benevolencia del amo.

recetó al Distrito otro préstamo forzoso de veinte mil pesos que con toda prontitud hizo efectivo, no obstante la mucha plata que se le enviaba de Cuale y sus demás extorsiones particulares. Es de advertir que en ambos préstamos no eximió la hacienda de su suegro ni por estarle manteniendo su familia en Guadalajara.

Sea por llamamiento suyo o por que expontáneamente vinieran a presentársele, el hecho fué que lo estuvieron reforzando algunas gavillas de poca importancia con lo que su efectivo llegó a mil hombres, con que se previno a resistir de nuevo en el áspero cerro de Cabro, el mismo en que presentó su actitud defensiva a Don Manuel Márquez: allá levantó parapetos, construyó estanques de agua en un escaso arroyo y dispuso tiendas de campaña, la suya en el punto más inaccesible, para una eventualidad; mandando igualmente acopiar cuantos víveres pudo y llevar dos medianas piezas de artillería que aquí mandó fundir.

En los primeros días de Octubre del mismo año fué anunciada la vuelta de Rojas, acompañado otra vez de Guadarrama, con fuerzas superiores a las que trajo en Agosto y que se calcularon por los tovaristas en cinco mil hombres de las tres armas, sin mas que la mitad según testigos oculares del partido liberal: llegaron aquí en busca de Tovar, cuando se había remontado a su campamento y la población se encontraba abandonada por sus habitantes, como siempre que venía enemigo armado; pues como se ha dicho, nadie podía quedarse a transigir con él ni tener roce alguno, porque se hacía reo de muerte para el déspota dueño de la situación.

Para la defensa del Cabro contaba con muchos oficiales del ejército conservador que habían venido a presentársele, y tuvo también a su lado al General Don Prudencio Romero, alias "Que chuchede", hijo de Mascota, que entregado a la carrera militar desde sus primeros años, no había regresado a su tierra. Se fué antes de la acción de los Escalones porque chocó con Tovar y se desafiaron, citándose para un puente de dos que hay en las orillas norte y poniente de la población, el primero de madera y el segundo de piedra y mezcla: habiéndose determinado con toda claridad a cual de los dos saldría a las tres de la tarde, Tovar se dirigió al otro, donde en vano esperó a su contrincante. Este triunfo, pues, sin susto y se retiró, sin haber vuelto más. Raro fué que aquel, en desahogo

de su amor propio ofendido, no mandara fusilar a éste, aunque sin delito, sin respeto a fueros de ninguna especie.

En su tribunal no se respetaban ni los que decía defender, en tratándose de otra persona que no fuera la suya propia y la de su hermano. A más del ejemplo que de ello dió con Don Marcelo González, dió otro con el decrepito Presbítero Don Juan N. Ibarra, Capellán del Santuario de Talpa entonces, correspondiendo a éste en el derrame de los veinte mil pesos, la cantidad de ciento cincuenta no quiso darla y se le trajo y tuvo preso aqui hasta cuando se anunció la llegada de Rojas, con cuyo motivo se le dejó en libertad, aplazando para después el asunto del préstamo.

Aquel llegó por fin con la fuerza que se ha dicho y para emprender su ataque al Cabro, primero recorrió la circunferencia del cerro, en busca del punto que se prestara mejor á una formal acometida, y después de empezar a sufrir bastante deserción en esa vuelta, se vino a convencer de lo inexpugnable de la posición, lo mismo que Guadarrama; pues a lo empinado y áspero del cerro se agregaba que gruesos fortines de piedra cubrían los pechos de los tovaristas, quienes además tenían prevenidos peñascos para rodar sobre los contrarios, capaces de arrollar un batallón entero.

Se hicieron tentativas por el frente y por ambos costados en varios días, haciendo uso de piezas de batir con mucha dificultad se transportaron, por no ser para ello a propósito nuestros caminos, pero todo sin ningún éxito: una o dos de dichas piezas se fundieron de tantas descargas que se hicieron sobre el enemigo.

Guadarrama propuso al principio a Rojas un ataque a columna cerrada, en que podían sacrificarse cuatrocientos hombres para lograr un asalto; pero aquel no siguió esta indicación y estuvo dando ataques parciales, como queda dicho, en que murió más gente y hubo más dispersión que la calculada por Guadarrama en el asalto que proponía: de no haberse puesto en ejecución más valía haberse limitado a poner un sitio, para que agotadas que fuesen las provisiones del enemigo, por necesidad tuviera que rendirse a dispersarse, como vino a suceder antes de dos meses, pues llegaron las fuerzas sitiadoras el 8 de Octubre y Tovar huyó el tres de Diciembre, dejando su artillería. Comenzó a moverse desde las altas horas de la noche, y hasta el amanecer que se apercibió

su salida se emprendió la persecución; yendo los dos hermanos en camilla porque también Don Francisco se descuidó en recibir una herida en un muslo, aunque superficial: esto hacía más embarazosa la marcha de la fuerza de ellos, principalmente por la maleza del camino que llevaban; y habiendo llegado salvos a las cercanías del mar, hasta donde se hizo sentir la persecución; por allá quedó oculto el mismo Don Francisco, acompañado de su familia, de su padre Don Gerónimo y algo de fuerza que lo cuidara; yéndose con la demás que les quedó reunida, bien poca por cierto, el Licenciado Don Remigio, con dirección a Compostela ya montado.

Se dice que un mozo de los que cuidaban a Don Francisco, fastidiado ya de su servidumbre en el desierto, soltó la falsa especie de que iban los de Rojas, dirigidos a aquel sitio. Corrieron despavoridos Don Francisco y demás compañeros a ocultarse diseminados en lo más espeso del monte, y cuando pasado el tiempo necesario para desengañarse de que nada había, volvió aquel al punto de su partida: la dolencia de la herida con la agitación, el estropeo del monte, y sobre todo la cólera en que se montó, lo pusieron trémulo y le encendió una fiebre fulminante de que murió en breve, renegado como un energúmeno.

Otros dicen que no se murió de su real ni renegó sino que simplemente desvarió; lo fuera de duda es que dejó de existir. Se le sepultó en un baúl de su equipaje en que cupo encogido, porque su estatura era pigmea.

Derrota de Tovar (1863). Desmanes de Rojas

Con el desenlace dicho, que se estimó providencial, quedaron libres las familias para respirar y venir a dar calor a sus hogares queridos, involuntariamente abandonados para ir a sufrir por los cerros, a toda intemperie, las consecuencias del hambre, la desnudez, las enfermedades y la muerte, con la que muchos de los pacíficos emigrados se quedaron a dormir el sueño eterno entre los dominios de las fieras.

A mayor abundamiento, de vez en cuando eran sorprendidas, robadas y vejadas de peor suerte las familias, por los soldados enemigos

que se diseminaban por los cerros en pos de aventuras. ¡Esta era otra prueba palmaria de las garantías y defensa para que necesitaba fondos el General en jefe de la Brigada en el Distrito!.....¿Y habría todo esto sucedido al mantenerse pacífica y neutral la población? ¿Los préstamos pecuniarios que de vez en cuando le hubieran exigido las fuerzas expedicionarias, habrían abordado a la mitad siquiera de lo que Tovar sacara? Evidentemente no.

Llegando éste a Compostela y estando allí tranquilo por algunos días, reuniendo de sus dispersos los que pudo, bajo los auspicios de su amo Lozada, el que según sus adictos lo hizo General, pidió al mismo unos ciento cincuenta a doscientos de sus bandidos que lo acompañaran para pasarse a Guadalajara a presentarse a los franceses, cuya invasión decía que reprobaba, fuera cual fuese el motivo de ella.

Un día al amanecer, más allá de la hacienda "La Estanzuela", en el punto llamado la Tijera, le brotó Don Simón Gutiérrez a batirlo con intrepidéz: por principio lo abandonaron los lozadeños, que no quisieron aventurar su suerte y los suyos fueron impotentes a contener el empuje de los contrarios, sucumbiendo en manos de éstos buena parte y los demás huyendo para sus casas del todo escarmentados. El caudillo, atravesando un cerro, fué a parar al pueblo de Amatitán, por la noche, de donde pudo llegar casi solo a su destino. Así concluyó para Mascota la situación anómada de que se le culpaba en general sin las debidas exepciones y que principiando el 26 de Julio de 1861, tuvo su término el 3 de Diciembre de 1863, fecha en que Tovar dejó su campamento del Cabro como se ha dicho. Más los sufrimientos consiguientes a esa situación no concluyeron, como adelante veremos.

Dejando Rojas una guarnición de 100 infantes y dos escuadrones de caballería, sin recursos suficientes, al mando del Coronel Issac Arreola, cometieron atentados inauditos. Quedó fungiendo de autoridad política el Teniente Coronel sinaloense Don José María Gutiérrez, hombre de orden y de probidad, algo instruído y de buen criterio, que por lo mismo fué víctima del desórden que quiso contener fundado en que Rojas, desde que halló Tovar, hizo que circulara en los cerros una especie de decreto de proclama en que ofrecía indulto a todos los soldados que lo solicitaran, así como toda clase de garantías para las familias, a quienes

llamaba a regresar a sus hogares, para que se dedicaran a sus labores ordinarias.

Con todo y recelo empezaron a presentarse algunos de los que andaban con las armas en la mano, con ellas y sin ellas, a la vez que algunos padres o jefes de familia, a quienes Rojas recomendaba animaran a los demás en creer en su palabra, diciéndoles que no era el león como lo pintaban, y que tenía facultades del Gobierno para indultar a todo el mundo excepto Tovar, quien tampoco había de querer acogerse a tal gracia; pero que en caso de que quisiera él pediría facultades para concedérsela. Al Padre Ibarra lo hizo su amigo y le tuvo aprecio por el solo hecho de saber que no le soltó el dinero a Tovar.

Quedaban contentos los presentados y cumplían de buena fé con la recomendación de Rojas, cuando una tarde, en los momentos que éste se retiraba ya, se presentaron al indulto Pablo Zepeda y Guadalupe Moreno, conocido éste por el Vale, con una seña muy particular, cual era estar mellizo del labio superior: habiendo motivos de agravio personal contra el primero y de rencor político contra el segundo de parte de los liberales, la insinuación de malos terceros motivó que aquellos desgraciados fueran de la mesa del indulto conducidos a la cárcel y de allí al día siguiente al matadero, pues se les fusiló y se les colgó entre las dos Animas, viejas y nuevas, a distancia de una y media leguas de la población; teniendo sus deudos que solicitar por gracia mandar recoger los cadáveres y darles sepultura. Gutiérrez accedió de buena voluntad, diciendo no hacerlo por gracia sino por justicia y lamentando aquel borrón que a su palabra empeñada Rojas había echado; viendo como inmediato resultado que alarmadas de nuevo las familias se contuvieran de bajar las que faltaban y otras de las que lo habían verificado volvieran a salirse. Gutiérrez se esforzó en rehabilitar la moral pública y lo consiguió de pronto de mucha parte, pero después continuaron los abusos que ya no pudo evitar.

Se imponían por el jefe militar las exacciones de maíz y de frijol para racionar su tropa, se cogían y mataban para la misma las vacas de ordeña con que los pobres se ayudaban para alimentar a sus familias; y por final de cuentas estando el Coronel Arreola en Talpa con la infantería, el 7 batallón, por iniciativa de Don Marcelino González, Mayor de dicho cuerpo, una tarde el Escuadrón de colorados que mandaba Don Angel

Martínez, hoy General ameritado por su cambio de conducta, echó leva de improviso con todos los hombres que pudieron ser habidos no solo en la calle, sino hasta dentro de sus casas, que se allanaban sin respeto alguno y sin consideración a edades ni estado de enfermedad de los varones: a uno que corrió cuando divisó un grupo de soldados a su dirección, le dispararon el mosquete y le acertaron el tiro, dejándolo muerto. A los que agarraban los subían a la altura del templo, cuya azotea se encontraba llena; y habiendo salido Gutiérrez personalmente a reprimir tamaño desórden, iban a dispararle los mosquetes dos soldados, cuando un sargento de ellos los hubo de contener por adhección personal a aquel, quien tomó el partido de encerrarse dentro de su casa hasta en la noche que cesó el desórden, tiempo en que se le agolparon las madres, las esposas, hijas o hermanas de los reclutados, pidiendole su libertad.

No hallando como salir del paso y disculpándose les prometió que otro día se los entregaba.

Por la noche fué lo peor: las casas donde habían metídose en la tarde y en que encontraron muchachas y algo que rapiñar, fueron asaltadas, forcejeando puertas o salvando tapias y estrupando niñas y no niñas, así como robando cuanto hubieron a las manos. Al amanecer que tuvo Gutiérrez noticia de todo, puso un parte a Talpa al Coronel Arreola, quien se vino luego, haciendo aquí su entrada como a las cuatro de la tarde, con la infantería. Mandó enseguida aprehender con una o dos compañías al Escuadrón Martínez, como también al Comandante, quien escapó en un caballo en pelo; huyendo al mismo tiempo, según se dijo los más culpables de los soldados: a dos sin embargo se les hizo presos y se les procesó militarmente, sentenciándoseles a muerte; pero ya formado el cuadro en la plaza de armas para proceder a la ejecución, se reunió el poco vecindario principal que había y en masa pasó al alojamiento de Arreola a suplicarle suspendiese aquella, manifestándole el natural temor de que cuando él se retirara volviera Martínez a ejercer injustas represalias con los indefensos, como también que los ofendidos perdonaran a sus ofensores; pero que si él de suyo quería escarmentarlos, esto lo verificara fuera de la población. Insistió en que quería dar pruebas de que los atentados cometidos no habían sido con su anuncia, y el vecindario insistió también en su petición, dándose por satisfecho de la excusa.

Aparentó por fin que enviaba un ayudante, con quien habló a solas, a suspender la ejecución y el vecindario agrupado quedó en espera de ver el cumplimiento; pero en su lugar se oyó la descarga que puso fin a la existencia de aquel par de miserables: venía el ayudante de vuelta y llegó diciendole que ciertamente había sido una mala inteligencia del jefe que mandaba el cuadro: así la reunión fué disuelta con el desconsuelo de ver frustrado su propósito; pero Martínez jamás volvió.

De los reclutados solo fueron restituídos a su libertad los enfermos y los ancianos, remitiéndose en cuerda los demás para engrosar las filas, de que al cabo del tiempo se vino la mayor parte.

MÁS DESGRACIAS - ASESINATO DEL CORONEL ARREOLA

Por fin desocupó esta plaza el Coronel Arreola, después de lo cual siguieron nuevos episodios de que creo conveniente hacer reminiscencia por el interés que ofrecen.

Retirado dicho Coronel apareció aquí otro de los jefes subalternos de Tovar, que lo fué Don José Antonio Barba, de instintos rapaces, y que seguido de unos cuantos holgazanes, habíase apropiado y venido un atajo de diez y ocho mulas aparejadas, de Don Teodoro Belloso, que procedentes de Talpa, llegaron a la hacienda de Santa Rosa, en esta municipalidad a cargar paja.

Situado en la Congregación de Yerba Buena, a una legua de distancia de esta cabecera, le dió allí un albazo Don Martín Parra, venido de Talpa con unos sesenta ú ochenta hombres, habiendo escapado a la casualidad en unión de su hermano Ascencio.

Vuelto Parra para Talpa, se retiró Barba al rancho del Atajo, en donde estuvo reuniendo más gente hasta ajustar unos noventa hombres de a pie y de a caballo, cuando de improvisó amaneció aquí el Coronel Arreola con ciento y tantos infantes. Sabiendolo Barba se vino a batirlo, logrando echarlo fuera porque aquel se figuró que lo atacaban muchos más de los que eran y que a más la gente curiosa o tímida que se salió al pie del cerro que es al viento sur, era tropa también. Estaba el río crecido porque era en las aguas y así lo pasó.

Barba avanzó su fuerza hasta el rincón de San Miguel en la hacienda Gallineros, a la espectativa del más enemigo que en su busca podría venir. A pocos días vinieron efectivamente unidos Arreola, Don Ramón Zuro, Don Simón Gutiérrez y Arcadio Vidrio, con una fuerza de 400 a 500 hombres por total: una avanzada de Barba los tiroteó en el rancho del Jacal, retrocediendo para Mascota por caminos excusados, y de aquí a San Sebastián, para donde se llevó preso a un pobre viejo tío de Belloso, el dueño de las mulas, por haber dicho que se las había robado; y para darlo libre lo multó en doscientos treinta pesos, valor de una cuenta que el preso cobró en San Sebastián, perteneciente al sobrino, así es que este fué el multado, a más del robo de sus mulas que se le había hecho.

Hallándose aquí los jefes liberales referidos sin el enemigo que buscaban y sin modo de sacar los recursos pecuniarios que desearan, por no haber de quien, se llevaron preso para Talpa al alemán Don Juan Ammann, que enarboló en su casa su bandera nacional creyendo sería respetada, llevándose con él a un paisano de poca significación. En dicho pueblo los dieron libres por una suma moderada de dinero, proporcionada a su circunstancias.

Allí sin razón ostensible fué asesinado Arreola por Zuro y compañeros, sacándole del poblado a pretexto de paseo, cuando habían apostado algunos de los suyos a la distancia convenida, bien advertidos de lo que deberían hacer: al pasar por donde estos se hallaban se le echaron encima al Coronel a machetazos, sin darle tiempo a que hiciera uso de su cilindro que intentó sacar: los acompañantes retrocedieron luego, dejando solo al agredido, a quienes los agresores destrozaron para que su cadáver no fuera conocido, sin emplear armas de fuego para que no se oyeran los tiros; pero el hecho fué tan a las claras, que no era posible pasara desapercibido; al contrario se hizo público causando horripilante sensación.

La especie que circuló queriéndose tal vez paliar el asesinato, fué que Zuro, Gutiérrez y Vidrio intentaban echarse sobre los pingües fondos de la Virgen, Patrona del lugar, que le produce la romería del 2 de Febrero y 19 de Marzo de cada año, desde tiempo inmorial, y que Arreola se hizo al partido de los talpenses, prometiéndoles que con su fuerza se opondría decididamente a aquella intentona; pero su prueba de lo infundado de

esta especie, nada absolutamente hicieron Zuro y compañeros que la confirmara. Los antecedentes verdaderos son los que siguen:

El 7o. batallón que, como se ha dicho, mandaba el Coronel Arreola, se habia sublebado hacía un mes en Autlán e intentó matar a Rojas, quien debido a la varonil protección que le prestó la querida que tenía pudo salvar ya herido de una pierna, rotando el techo de su casa. Arreola no tuvo ninguna culpa en la sublevación, en cuya virtud y con su carácter de segundo en jefe de la Brigada que mandaba Rojas, ya que este fué postrado en cama por la herida, nombró fiscal a Don Martín Quintero, en razón de su empleo de Comandante de Batallón, comunicándoselo para que practicara una averiguación escrupulosa sobre los motivos de la sublevación y procediera contra los culpables. Le dió al efecto como secretario a un sargento del mismo cuerpo, que no se había complicado en el movimiento, y consignaron preso a su disposición al Mayor del expresado cuerpo de Don Marcelino González, al Capitán Brigido Rosales, que mandaba un piquete de caballería y a otros dos oficiales.

Quintero estaba entonces enfermo, bastante débil en virtud de la dieta a que lo tenía sujeto el médico y así se dedicó absolutamente a desempeñar su comisión; pero había tanto que investigar, tanto que hacer para esclarecer del todo los hechos, a fin de que la averiguación fuera escrupulosa como se le había ordenado, que no le fué posible concluir el proceso en tres días. Rojas quedó receloso aún del resto de la fuerza que permaneció fiel y por lo mismo mandó llamar violentamente a Simón Gutiérrez que estaba con la suya en Colotitlán; este no se hizo esperar, pues en la mañana del tercero día del acontecimiento ya estaba en Autlán.

Apenas llegó Gutiérrez y Rojas, que había estado humilde y jovial, se transportó en un Nerón. Ya antes había mandado preguntar a Quintero por el estado del proceso y cuando terminaría; aquel le dió un informe detallado, sin poder asegurar el día que concluiría, por no saber que más diligencias podrían surgir de lo que aún tenía que hacer. Cuando llegó Gutiérrez, Rojas manifestó sospechas de que Quintero estuviera complicado en la sublevación, ya que por esto "estaba enredando las cosas". No faltó amigo suyo que con moderación pretendiera desvanecer tal sospecha, diciendo que Quintero era incapaz de semejante conducta y además había estado enfermo en aquellos días y aún lo estaba todavía. Sin embargo, Rojas comisionó a su Secretario Don Gregorio Betancourt y al

Coronel Don Ramón Zuro, que era díscolo é intransigente por carácter, para que fuera a imponerse de lo hecho. Ocurrieron en efecto, y como ya Quintero había sabido que se sospechaba de su buena fé, no tuvo inconveniente de mostrarles sus trabajos: Zuro además era necio e ignorante y por lo mismo no tuvo empacho en censurar algunas diligencias, estimándolas como ociosas, lo cual valió mucho a Quintero, pues con ello tuvo oportunidad de explicar su conducta: pudo combatir victoriosamente la censura de Zuro, dando la razón de aquellas diligencias y además llamó a los comisionados la atención sobre lo que se le ordenaba en el oficio en que se le dió el nombramiento de fiscal, y Betancourt, que era hombre instruído y de buen juicio, le concedió justicia.

Se retiraron y los acompañó Quintero para defenderse en caso de que Zuro, a pesar del juicio de Betancourt fuera a decir algo desfavorable; no por fortuna; el expresado Señor Betancourt informó detalladamente todo lo que había visto y concluyó diciendo: "Don Martín tiene razón y ha trabajado bien, cumpliendo con la orden que se le dió" Rojas aceptó sin objeción aquel informe y no vaciló en decir: "Yo bien pensaba en que aquí el único culpable es Issac" (el Coronel Arreola) y desde aquel momento no pensó en otra cosa que deshacerse de dicho jefe que en verdad era inocente del delito que se le imputaba. Muy en seguida dispuso Rojas que el desdichado Coronel viniera a estos pueblos con poca fuerza para ver si sufría algún descalabro que diera márgen a proceder en su contra: entonces fué cuando vino con los pocos infantes atrás referidos y sucedió que lo rechazara Barba.

Después, pensando otra cosa Rojas, dispuso que se vinieran también con más fuerza Zuro y Simón Gutiérrez, mandando en jefe el primero y entonces varias personas pudieron traslucir que Arreola iba a ser víctima de una celada, cuya sospecha no tardó en ser una triste realidad. Y de afirmarse es que tal consigna trajeron Zuro y Gutiérrez, porque después del asesinato de Arreola, pudo alguien observar una conversación entre Rojas y un soldado del segundo de aquellos, en que le detallaba los pormenores del hecho y Rojas manifestaba complacencia.

De la averiguación practicada sobre la sublevación del 7o. batallón, muy pronto se hizo evidente la culpabilidad del Mayor Don Marcelino González, sin que se descubriera nada contra los demás presos. Esta circunstancia la participó Betancourt a Rojas cuando le informó del

proceso, razón por la que mismo Rojas dispuso desde luego que aquel desgraciado jefe fuera fusilado. A las tres de la tarde de ese mismo día se presentó Zuro a Quintero, comunicándole la orden del General en jefe para que pusiera a su disposición al Mayor González, a fin de pasarlo por las armas, cuya orden aquel obedeció, y a la hora siguiente tuvo lugar la ejecución, sin haberse oído en defensa al ejecutado y sin que se le sentenciara en forma.

EL IMPERIO

Concluída la narración de los antecedentes que produjeron el asesinato del Coronel Arreola, réstanos decir que después de consumado, sus autores se volvieron por el camino que habían traído, a consecuencia de que ya el Imperio, enseñoreado de Guadalajara, los perseguía rudamente, como que en efecto en sus manos concluyeron Rojas, Vidrio y otros muchos.

Al servicio del Imperio continuó en este Distrito Don José Antonio Barba como Sub-prefecto.

A mediado Diciembre del mismo año de 1864, le pidieron de Atenguillo un destacamento de cosa de cincuenta hombres, con que creyeron los vecinos ponerse a cubierto de gavillas de poca importancia que, tomando como pretexto la política y sin saberse ni de donde procedían, entraban y salían frecuentemente exigiendo recursos. Hasta hoy no se sabe de qué manera Don Simón Gutiérrez, que se hallaba en la Bareja o Jayamitla, fincas de campo en jurisdicción de Ameca, supo el día que la fuerza de Mascota llegó de Atenguillo, sobre lo cual se movió caminando toda la noche, hasta sorprenderla en la madrugada, en que se anunció por tiros que se cambiaron ambas avanzadas; retrocediendo la de Atenguillo a incorporarse con la demás fuerza para resistir a los asaltantes. Trabóse luego el combate reñido, tan desigual como queda indicado, y el jefe principal de aquella, que lo fué Don Prudencio Contreras, de Talpa, se retiró con su sección, por un flanco que había dejado libre el enemigo, rumbo al rancho de Espíritu Santo, abandonando el resto de sus compañeros a quienes mandaba Cesario Sandoval de aquí

y quien luchó hasta sucumbir con cosa de veinte de sus subordinados, incluso dos o tres paisanos inofensivos; en que se contaba un niño que hacía de angel en una pastorela que se había ensayado hasta las doce de la noche; así es que la población dormía profundamente ¡cuando el asalto se verificó!

Triunfante Gutiérrez, mandó incendiar aquella y robar cuanto pudieran, llevándose por remate bastantes niñas honradas, que a su satisfacción escogieron. De entonces data la destrucción de la Iglesia de Atenguillo, cuya reconstrucción se emprendió a poco tiempo, en grandes proporciones, y a la fecha en que contamos veintitres años, está casi concluída y se anuncia próxima colocación.

Los vecinos de Talpa habían por necesidad venido a llevar de aquí, cuando la población se encontraba sola, una cantidad de maíz de que se tomó exacta nota para pagar después a sus dueños lo que les correspondiera. Este pago lo percibió Barba como autoridad para hacer la debida distribución, y haciendo siempre de las suyas a nadie dió lo que era suyo: lejos de esto fué y echó realada de cuanto ganado encontró desde el rancho de los Ocotes hasta la población de Talpa, así como de Mirandilla y otros puntos, despojó a Don Bibiano de Robles, vecino del Bramador, de otra partida de mulas aviadas de aparejo, lazo y reata, que supuso le había dejado Rojas en guarda y se apechugó además cuantas suscriciones se abrían en la oficina de su cargo, para algún objeto de beneficiencia pública; pudiéndose citar el caso de la inundación que hubo aquí el día 29 de Septiembre de 1865 en que el río se llevó varias casitas de las próximas a su márgen y pereció una mujer con una criatura en la lactancia: se trató entonces de socorrer a ésta familia y las demás que perdieron sus chozas, por medio de la autoridad política, ante la cual se abrió la suscrición correspondiente y se cubrió la cantidad de ciento cincuenta pesos sobre poco más o menos, de la cual no repartió ni un solo peso. Hacía lo mismo con las multas que aplicaba, no solo sin causa justificada, sino también sin consideración a la posibilidad de las personas.

Como a fines del citado año de 65, se hallaba Gutiérrez inmediato al pueblo de Santa Rosalía, en comprensión de Autlán, y Barba armó aquí cuanta fuerza de paisanos pudo para ir a perseguirlo: llegó a dicho pueblo y se informó de que el enemigo se encontraba cerca, emboscado en un

arroyo, para donde lo siguió y batió, habiendose Gutiérrez retirado a marchas dobles y pasado la noche de ese mismo día por cerca de Atenguillo, su víctima del anterior año. Le siguió los pasos Barba hasta mismo Atenguillo, de donde contramarchó para este lugar.

Al año siguiente, el 18 de Diciembre de 1866,[22] obtuvieron las armas nacionales el triunfo de la Coronilla, con que se recuperó la plaza de Guadalajara y se inició la restauración del Gobierno Constitucional en el Estado, que no volvió a interrumpirse. A consecuencia de esto y por orden superior, se movió del Tuito Don Pablo Ríos con 150 a 200 soldados de los suyos, dirigido a ocupar esta población. Llegado a Talpa donde contaba con apoyo, en particular contra Barba, este sintió falsear el terreno que pisaba y calculó que un sometimiento espontáneo le daría mejores resultados, como era natural. Se puso, pues, a las órdenes del Gobierno, por conducto de Ríos, quien luego se vino a ocupar esta plaza pacíficamente.

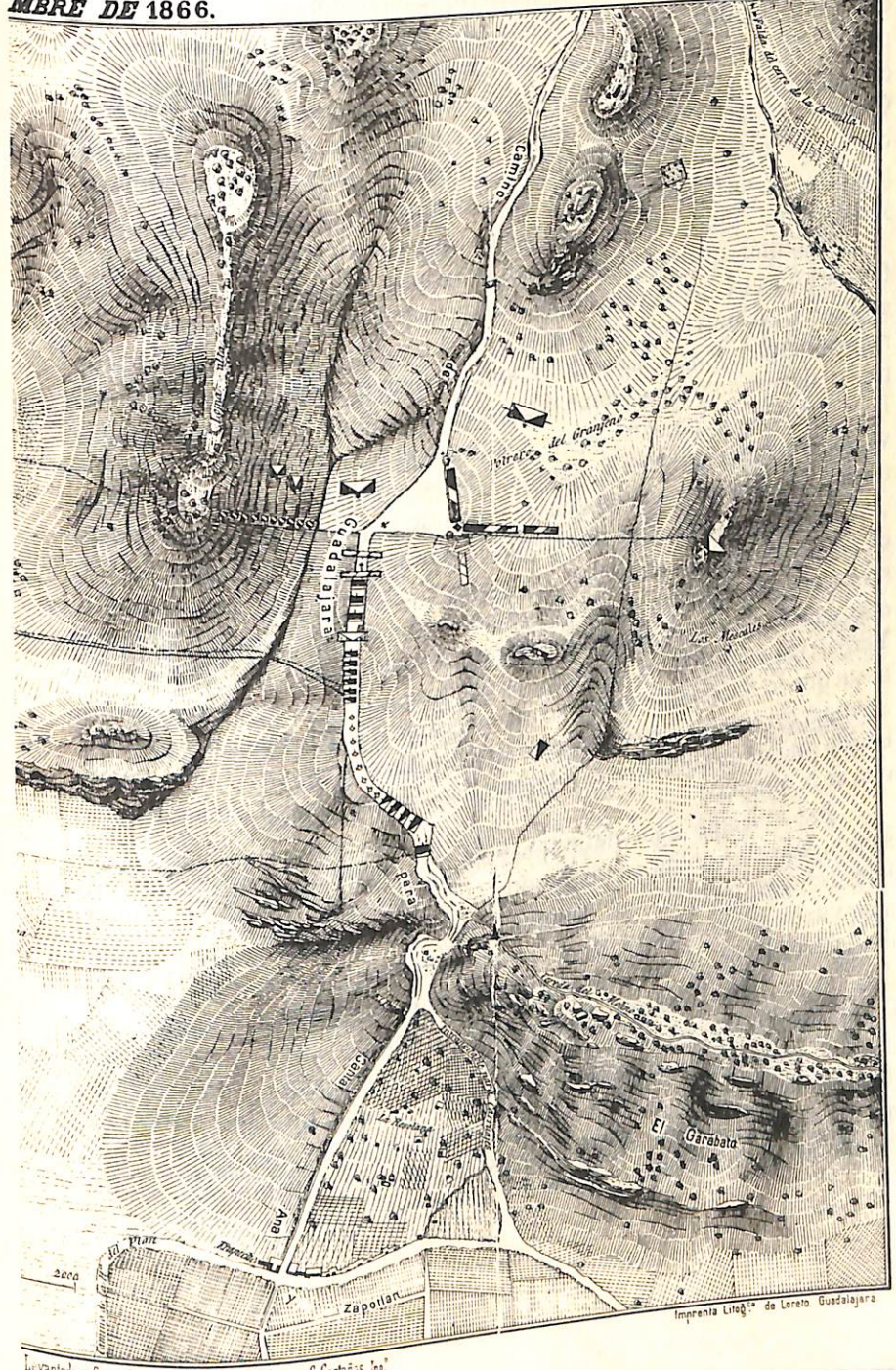
La República Restaurada

El Licenciado Camarena, se hallaba entonces en Cuale, al frente de la negociación que estaba a su cargo, y dando al sometimiento de Barba mayor importancia de la que tenía, le dirigió por medio de una bien puesta carta un voto de gracias, suscrita por él en cápite y en seguida por todos los dependientes de "La Unión": después se relacionaron personalmente, así como todos los demás vecinos de aquí, adictos y no adictos a Tovar, a quienes prestó Camarena en Guadalajara importantes servicios pecuniarios.

Uno de los que los recibieron fué Pantaleón Santillán, un pícaro solapado, que se dice hermano clandestino de Tovar, y que asociado del asesino Antonio Ortíz, se dió por amigo de Don Pablo Ríos, quien los convidaba a veces a su mesa y les franqueaba el paso a su cuartel, creyéndolos sinceros; pero lejos de esto se aprovecharon de esa circunstancia para, con armas que tenían ocultas, tramar una sublevación que de repente pusieron en práctica, a deshora de la noche, asaltando el cuartel, para lo cual usaron al centinela, y mandando aprehender a Ríos en su

PLANO TOP
DE LA ACCION DE
GANADA POR LAS ARMAS REPUBLICANAS A
18. DE DICIE

OGRAFICO
LA CORONILLA
LAS ORDENES DEL C. CORONEL E. PARRA EL
***MBRE DE* 1866.**



Imprenta Litog.ca de Loreto Guadalajara

Levantado y formado segun los datos oficiales por G. Castaños Ing.

habitación, este pudo ponerse a salvo brincando tapias y ocultándose en casa de un verdadero amigo, donde pasó todo el día siguiente; y por la noche, acompañado del mismo salió de la población, rumbo a Talpa, en cuyo camino se le facilitó bestia en que se fuera. Era Don Rosalío Guerrero el Director político de aquí, sobre quien dieron también, habiendo escapado a carrera abierta en un caballo que lo tiró a la vuelta de una esquina, de donde golpeado, fué a meterse a casa de una señora viuda y allí estuvo oculto los días que fué necesario para poder salir a luz.

Santillán que no tenía ningún programa político, ni era capaz de formarlo, estuvo aquí dos o tres días pensando qué hacer y queriendo atribuir a su movimiento el apoyo de Lozada, como para darle más respetabilidad; fraguó sacar de la población un empréstito de quinientos pesos, de que solo sacó cien a dos personas, con cuyo recurso se fué en la noche para Talpa, con ciento y tantos hombres, pensando sacar a su vecindario cinco mil pesos; mas como Ríos ya había reunido allí algunos de sus dispersos y contaba con la ayuda de la población, en particular con el arrojo y patriotismo de algunos jóvenes, estaba preparado a resistir el golpe. Antes de amanecer acometió Santillán y fue bizarramente rechazado, resultando herido de un hombro, con cuyo motivo tuvieron que sacarlo en peso, viniendo a parar derrotado a la Congregación de Yerba Buena, donde se confesó, creyéndose grave, y estuvo curándose hasta que le fue preciso retirarse, porque supo que Ríos volvía de nuevo a ocupar esta plaza, como en efecto sucedió. En el ataque de Talpa, quedó herido uno de sus defensores, el joven Guadalupe Amaral, de una pierna que se le amputó.

Restablecido aquí definitivamente el régimen Constitucional y siendo Director político el honrado patrióta Aurelio Bermúdez, primer jefe después, ante él Don Antonio Barba, no obstante su religiosidad aparentada como adicto a Tovar, presentó denuncio conforme a la ley de desamortización, de un terreno de propiedad eclesiástica, sito en jurisdicción de Guachinango, denominado Animas y cuyo casco es hoy Guachinanguillo, en camino de aquí para Guadalajara: pendiente de darse al denuncio el trámite correspondiente, atacó un dolor a Barba a deshora de la noche, se confesó y retractó de aquel, mandando a esa misma hora suplicar al Director que le mandara devolver su escrito: Bermúdez tuvo tal condecendencia, y quedando Barba a luchar con su

ambición y su escrúpulo, triunfó la primera, y a los quince días metió de nuevo su escrito a la Directoria ¡cuando ya Don Gregorio Fernández del Toreo, español, había denunciado el terreno!

De las expoliaciones que Barba cometió de Autoridad, le resultaron después reclamos, de que tuvo la fortuna de salir garante, entorpeciendo con las mañas que le sugería su astucia, una resolución definitiva que nunca recayó en los Tribunales; sin que su buen capital de comerciante y labrador, que no le codician personas honradas, haya sufrido más menoscabo que los honorarios de los abogados que lo han patrocinado.

Cuando tuvieron lugar los disturbios del Ciudadano Gobernador Gómez Cuervo y el Congreso del Estado,[23] era jefe político de aquí Don Alfonso Azco, contra quien le sublevó Domingo Fernández, adhiriéndose a una de las entidades federativas que estaban discordes. Antes de terminados los disturbios, Barba fué a Guadalajara y logró que Gómez Cuervo le diera el nombramiento de jefe político de este Cantón, trayéndose la orden para que Fernández le entregara la Jefatura. Este, sabiendo los antecedentes de Barba, reunió al vecindario y le hizo presente la orden recibida, a fin de saber lo que se resolvía; obteniendo por respuesta la desaprobación unánime del propio vecindario, delante del mismo Barba. Este no se alteró lo más leve con semejante desaire, pero ni se ocupó de preguntar la causa que lo motivara. Fernandez dió cuenta al Gobierno, quien dejó las cosas en tal estado.

En esa vez dió el vecindario de Mascota una prueba palmaria de dignidad, rechazando del primer puesto público al hombre que de todos debía estar eliminado para siempre, por no tener más religión, más patriotismo y sensibilidad que su sórdido interés; pero debido a su misma fortuna aunque mal adquirida ya que el tiempo borra todo, ese hombre ha sido después, muchas veces, presidente del Ayuntamiento, de ese cuerpo moral a que también ha hecho expoliaciones y con quien ha especulado siempre que se le llama al puesto que no merece. Muchos lamentos de su rapacidad se oyen entre particulares que con él han tenido tratos y de cuya buena fe se sirve para asestarles golpes seguros; así es que en vano claman por que los Tribunales de la tierra les hagan justicia, pues estos no encuentran bases fijas para dar sus fallos. ¡Que al menos la historia de el suyo contra ese hombre tan funesto, tal como lo han dado contra Nuño de Guzmán...

TOVAR

... Pero volvamos a Tovar, siguiendo sus pasos hasta su completa nulificación, en la cual permanece hasta el presente.

Así como durante su denominación en esta localidad llegó a decir que reprobaba la invasión francesa, fuera cual fuere, el motivo de ella, dijo también que cuando triunfara el Gobierno por quien peleaba y cuyo triunfo fingía esperar, retiraríase a la vida privada dedicándose a escribir: la persona a quien tal dijo le replicó que llegándose aquel caso, probablemente él era llamado a ocupar importante puesto público, a lo que contestó: que aunque así sucediera no lo aceptaría, ni sería a propósito para el gabinete, como ninguno de los que andaban con las armas en la mano, porque era preciso confesar que sus pasiones estaban recrudecidas. Aquí le vino de molde el adagio vulgar de que "no es mal sastre el que conoce el paño".

Para ser consecuente con su palabra y su calidad de mejicano, no debió haber servido a los invasores como sirvió a las órdenes de jefes de graduación inferior a la suya; y sí pasó por semejante humillación llevado por su espíritu de partido, este es un reproche más que de la historia se merece.

Bajo el servicio de los franceses tuvo que hacer una expedición a Tecolotlán, y olvidando tal vez lo que este pueblo entusiasta por la república tenía que sentir por él en particular por las víctimas de Mirandilla; formada en la plaza su fuerza esperó que el vecindario le fuese a ofrecer alojamiento, lo cual no hizo, y entonces en la misma plaza se instaló. El menos precio con que lo viera en esa vez Tecolotlán, fué otra prueba que dar supo de dignidad y patriotismo.

Como en lugar de triunfar el Gobierno de Tovar, triunfó el Constitucional, se retiró en efecto a la vida privada y se puso a servir a sueldo en el Molino del Rey, lugar histórico, a inmediaciones de la capital de la República, donde algún tiempo permaneció como incógnito temeroso acaso de reclamaciones a venganzas justas,[24] por sus atentados cometidos a la sombra de la causa que aparentaba sostener: ya que con el tiempo se desengañó de que contaba con la impunidad y que todo le quedaba reservado para la presencia de un Supremo juez, se dedicó a escribir y dar a luz sus producciones ¿pero cuales han sido estas? escritos místicos

que él se forjaría pondrían en relieve su religiosidad, como acaso lo juzgan sus estúpidos adictos; pero que realmente lo pone en ridículo, para todos los sensatos de suficiente disernimiento. Porque ¿como es posible que un hombre de pasiones tan recrudecidas, que tanto tiempo estuvo hallando el 1o., 5o. y 7o. preceptos del decálogo, respire ahora unción y santidad?

Lo absurdo de su manera de pensar parece haber chocado hasta el Arzobispo de Méjico, a quien se le ofreció para escribir en favor de la Iglesia, sobre cualquiera materia que se le propusiere, mediante que se le expensaran los gastos de impresión; ofrecimiento que aquel Prelado deshechó por no ser eclesiástico Tovar. ¡Merecido chasco con que este debió quedar avergonzado!

Una vez que lo llevó, quien sabe como se arbitraría la manera de llevar a cabo su designio, porque dizque en la oscuridad de su retiro, donde no ha querido le acompañe su legítima familia, lucha con los rigores de la escazes: el hecho es que ha publicado ya muchos escritos, uno anónimo en Tacubaya, cuyo título o primera página se lee así: "La Fiesta del Angel Custodio de la Nación de la Iglesia Católica Mejicana, el día 1o. de octubre de 1884" (el mismo del Santo de su nombre) y agrega: "A nuestros hermanos los católicos fieles y a nuestros hermanos mejicanos extraviados por su separación del catolicismo.-Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.-Guadalajara.-Imprenta y Librería de Ancira y Hno., Calle de Santo Domingo número 13.-1885.-"

En tal escrito su autor se propuso hablar: "I de la existencia de los ángeles: II de la naturaleza de los ángeles: III del mundo Evangélico: IV Del Ministerio de los ángeles: V del Culto de los Santos ángeles: VI de varios errores sobre la existencia, naturaleza y ministerio de los ángeles: VII Conclusión. Terminada esta, en lugar de firma, dice "Un Católico".

En cuanto al autor, se dice que está muy avejentado y achacoso, más de lo natural; lo que no puede atribuirse sino al efecto del crímen, cuyo proceder lo hace temer por su vida en este lugar hoy que la faz de las cosas, ha cambiado enteramente; así es de que a pesar de que delira por su pueblo y que sus allegados le instan a acabar sus días en él, rehusa hacerlo, manifestándose resignado a morir donde reside.

Si desgraciadamente volviera, no era posible lo vieran son sangre fría los deudos de las víctimas por él sacrificadas, ora los padres, ora los hijos o nietos, ora las madres, las viudas, los hermanos.

Durante su larga ausencia de 24 años, notablemente esta población se ha morigerado, pues se ha extinguido en ella el fanatismo, casi en su totalidad, así como el rencor de los partidos políticos: mostrando entusiasmo el pueblo en las festividades cívicas, que son muy concurridas, principalmente la del 16 de Setiembre: por otra parte se ha reedificado mucho en el centro, al estilo del día, de lo destruído por el incendio, todo lo cual le ha valido el título de ciudad que se obtuvo, mediante la influencia del jefe político Coronel Don Félix Urbina, por decreto número ciento veintinueve, fecha diez de Abril de mil ochocientos ochenta y cinco.

Todavía se ve sin embargo a Mascota con cierta ojeriza por el Gobierno y los funcionarios que se guían de apasionados informes, lo que ha motivado que algunas veces dejara de hacérsele pronta y cumplida justicia; obligándosele a tomar medidas violentas; siendo dóciles sus habitantes llevados por bien.

Ojalá que esta mi reseña mal forjada a que he dedicado los ratos que me dejan libres otras distintas atenciones y mis angustiadas circunstancias, sirvan en algo para rectificar la opinión que se tenga del suelo en que ví la luz primera.

En este pobre trabajo he querido dar a conocer a fondo a la vez que los acontecimientos, las personas, por lo que pueda importar para el porvenir; en la inteligencia de que de lo hecho podrá extractarse lo sustancial y deshechar lo que se crea superfluo, sin que se revele el nombre de quien lo ha escrito.

MASCOTA, JUNIO 2 DE 1887.

III. NOTAS

1. El licenciado Agustín Michel, director político de Mascota en abril de 1857, es el autor de la "Reseña histórica".
2. Ver la introducción de Jean Meyer.
3. En el Congreso constituyente el tema más discutido fue el de la religión. Gerald McGowan, en *Prensa y poder 1854-1857.* El Colegio de México, 1978, pp. 157-158, escribe:
"Ya desde el triunfo de la revolución de Ayutla, José María Vigil y Miguel Cruz Aedo habían pedido medidas estrictas contra el clero a través del periódico *La Revolución*, de Guadalajara. Y la otra, LA REVOLUCIÓN, también había atacado duramente al clero en su serie *El Poder Teocrático*. Todos los periódicos liberales habían seguido el ejemplo y pedido su reforma. Por su parte, el gobierno había presentado dos leyes reformadoras directamente contra los privilegios del clero. Además, el proyecto de constitución proponía al Congreso la adopción de la libertad de conciencia. Si se suman los ataques y las defensas de los periódicos, las medidas gubernamentales, el proyecto constitucional en su artículo 15 y los dos pronunciamientos de Puebla en favor de religión y fueros, se puede afirmar que el tema fundamental de discusión a todo lo largo de 1856 fue el religioso, con la certeza de que no hubo un solo día en que algún periódico no publicara algo sobre el tema.

Si para los liberales 1856 fue esencialmente el año constitucional, para los conservadores fue el año de la religión. Tres medidas preocuparon principalmente a los conservadores: la abolición de los fueros, la libertad de conciencia y la desamortización. Y el argumento en defensa de estos tres privilegios es el mismo: quien ataca al poder temporal de la Iglesia ataca a la religión; quien ataca al clero ataca a la religión; quien ataca a la religión ataca a los intereses del pueblo; y quien ataca a la religión y al pueblo merece el castigo de Dios y de los hombres.

Desde el momento en que el ministro de justicia Benito Juárez expidió el decreto de administración de justicia haciendo efectiva, entre

otras cosas, la abrogación del fuero eclesiástico en materia civil, los liberales aplaudieron y defendieron la medida. Pidieron además que se hiciera efectiva también en materia criminal. En tanto que los conservadores desde el arzobispo hasta el último clérigo exigieron su revocación, y la prensa conservadora inició una campaña en contra del decreto. Era un grito unánime, era ya una rebelión moral. Al acceder a la presidencia Ignacio Comonfort, en quien los conservadores habían puesto sus esperanzas, exigieron de nuevo que se abrogara el decreto: 'Nosotros esperamos que el Sr. Comonfort cuyo amor patrio y religiosidad son notorios, derogará esa funesta ley'.

Los periódicos, tanto conservadores como liberales, entablan entonces un diálogo sobre temas religiosos en un doctísimo lenguaje. Más bien parecen larguísimas disertaciones con citas y referencias, donde se blanden, desde ambos lados de la frontera política, la Biblia, el Evangelio, los santos padres, los doctores de la Iglesia, el derecho canónico, tanto como los filósofos del Siglo de las Luces y los contemporáneos, para probar su punto. Es evidente que, en estas condiciones, era un diálogo estrictamente reservado a una élite y que el pueblo nunca pudo entenderlo. Sólo comprendió que se atacaba a la religión, lo que para los fines conservadores era suficiente."

4. El autor del presente texto.
5. Después de haberse promulgado la Constitución del 5 de febrero del 57, el gobernador sustituto, licenciado Jesús Camarena, la promulgó en el estado el 22 de marzo y dispuso que se jurase. El 12 de abril siguiente se hizo la intimación del juramento de la Constitución. Pero como la autoridad eclesiástica declarara ilícito el juramento, muchos empleados se retiraron de sus puestos. "Con posterioridad —dice Pérez Verdía— algunos que habían prestado el juramento se retractaron y por todas partes se discutía, se protestaba, se amenazaba". El Ilmo. Sr. Espinosa protestó a su vez contra la Constitución el 21 de marzo; y al ser impugnada dicha protesta, publicó una nueva Pastoral para defenderse el 8 de julio siguiente. Entre los eclesiásticos que tomaron parte en esa contienda literaria —de los cuales se podrían hacer extensas y muy interesantes monografías— deben enumerarse los siguientes: Francisco de Paula Campa, Andrés López de Nava, Rafael Herrera y otros. Por otra parte, tales escritos de tipo panfletario agriaban más y más los ánimos y enconaban todavía más la lucha. El juramento provocó motines, como se puede leer en "Páginas de sangre en San Juan de los Lagos", de Antonio Ruiz Valenzuela (*Jueves de Excelsior*. México, 2 de mayo de 1957).

"El día 12 de abril del año 1857, hace precisamente una centuria, se registró en San Juan de los Lagos un sangriento motín, al tratar de publicarse, en dicha población del Estado de Jalisco, la Constitución Política de nuestra República, que dos meses antes había sido promulgada en esta capital por el Presidente don Ignacio Comonfort.

A las diez de la mañana, de aquel memorable día, se organizó un bando en San Juan de los Lagos, con el fin de publicar ahí la Carta Magna de referencia, y en él tomaron parte las autoridades municipales de aquella localidad, encabezadas por el subprefecto político, don Toribio Esquivel, y un contingente de fuerzas armadas. Se procedía, pues, a dar lectura a la Constitución Política de 1857, en la plaza pública de San Juan de los Lagos, cuando los habitantes de esa población, capitaneados por el señor Miguel Zermeño Muñoz, arremetieron contra los integrantes de la comitiva oficial, los cuales viéronse precisados a refugiarse en el interior del edificio municipal; habiendo comenzado, desde luego, una desigual y reñida lucha. Los gobiernistas, desde las ventanas del edificio del ayuntamiento, disparaban sus fusiles sobre el pueblo, y éste, hondamente indignado les contestaba con una lluvia de piedras, de las cuales eran proveídos —los combatientes— por un grupo de mujeres del mismo pueblo, quienes, a su vez, acarreaban aquellos proyectiles, en sus rebozos, al lugar de la pelea, desde regular distancia, donde hallábanse unos montones de piedras, destinadas a empedrar las calles sanjuanenses.

En lo más duro de aquel combate —a semejanza de lo acontecido en la heroica ciudad de Guanajuato el 28 de septiembre de 1810, cuando el valeroso 'Pípila' incendió la puerta de la Alhóndiga de Granaditas, donde habíanse hecho fuertes los realistas—, allá, en San Juan de los Lagos, los atacantes del edificio municipal, lograron derribar la puerta principal y penetraron al mismo, viéndose obligados, los gobiernistas, a huir despavoridos, descolgándose por las casas vecinas.

Entre las personas que perdieron la vida en aquella ocasión, figuró el jefe de los amotinados: el ya mencionado señor Miguel Zermeño Muñoz. Por este motivo, aumentó la indignación del pueblo, el que, una vez dueño de la situación, puso en libertad a los presos recluidos en la cárcel pública, destruyó totalmente al subprefecto político de San Juan de los Lagos, don Toribio Esquivel, quien estuvo a punto de perecer a manos de los amotinados; habiéndole salvado la vida al señor presbítero don Ignacio Rosales, quien arengó a los exaltados, logrando apaciguarlos. (Poco tiempo después de aquellos acontecimientos llegaron a San Juan de los Lagos tropas liberales pertenecientes al batallón "Activos de Jalisco", las cuales iban

al mando del capitán don Hesiquio Cerezo; y, aparentemente, quedó restablecido el orden que volvió a alterarse, ahí, con posterioridad.)

En aquel entonces, como es bien sabido, hubo también otros motines, contra la misma Constitución de de 1857, en diversos lugares del territorio nacional, donde, andando el tiempo, y precisamente en el año 1858 se inició, entre los bandos liberal y conservador, la cruenta y destructora Guerra de Reforma".

El País, núm. 76, de octubre de 1857 subrayó que "todas las personas que ocupan empleo público se negaron a jurar la Constitución. No se ha denunciado ninguna finca de manos muertas. Los que han ido de fuera con este objeto se han visto expuestos a ser asesinados por un populacho fanático y brutal". El núm. 77 del 5 de octubre cuenta un nuevo tumulto a causa de la denuncia de la finca del Santuario, llamada el Parián. Fue una "sublevación común, consentida y apoyada por todo el vecindario".

6. El general Juan Nepomuceno Rocha (1810?-1859) nació en Atoyac (Jalisco). Participó en la revolución de Ayutla, fue 2o. jefe de la Primera División del Ejército Federal en Jalisco. Rudo soldado, aplastó en marzo de 1857 el levantamiento de los indígenas de la laguna de Chapala y de la Sierra de Mazamitla (Jean Meyer. *Esperando a Lozada*. 2a. ed. Guadalajara: Ed. Hexágono, pp. 66-111). En Mazamitla, Rocha recibió la orden del general Parrodi de pasarse a Mascota. Muere el día de la batalla de la Albarrada, cerca de Pihuamo (Jalisco).
7. Sobre Manuel Lozada, guerrillero agrarista y protofundador del estado de Nayarit, ver Jean Meyer. *Esperando a Lozada* y *La tierra de Manuel Lozada*. CEMCA/UDEG, 1990.
8. Santos Degollado (1811-1861), héroe de la revolución de Ayutla y de la Reforma, gobernador de Michoacán en 1857, ministro de Guerra y general en 1858. Muere en 1861, fusilado por la guerrilla de Leonardo Márquez.
9. Ver la cronología que se incluye en este volumen.
10. El general Blancarte, popular entre la plebe de Guadalajara, había participado en la agitada vida político-militar de Jalisco y del occidente. A fines de 1856 y principios de 1857, aprovechando la discordia entre los liberales tapatíos, bajó desde California para acampar en Zapopan y de hecho sitiar el gobierno en Guadalajara. Después se volvió conservador. Contra la palabra dada al rendirse los conservadores, fue asesinado en octubre de 1858 por el guerrillero y bandido Antonio Rojas.
11. El 27 de octubre de 1858.
12. El 14 de diciembre de 1858.

13. "Hacheros": uno de los muchos apodos de los liberales de Jalisco. Victoriano Salado Alvarez: *De Santa Anna a la Reforma*. México, 1903, tomo II, p. 426. En una nota informa de los motes aplicados a liberales y conservadores.

"Los motes de hachero, tagarno, chinaco, colorado, impío, demagogo y otros, se daban a los liberales; los de mochos, cangrejos, reaccionarios y retrógrados, a los conservadores. Hacheros, según parece, se apellidó a los liberales porque en uno de los sitios de Guadalajara, la plebe que se unió a los asaltantes rompió puertas con hachas y cometió robos y desmanes. Chinaco y colorado deben de haber tenido por origen el uso de las blusas rojas características al principio de los guerrilleros del norte y después de todo el ejército liberal, semejantes a los trajes de las chinas poblanas. Mochos, según parece, se llamó a los conservadores reclutados en México en 1858, que no teniendo chacós usaban sombreros de palma con el ala cortada y con tira blanca que decía: 'Viva la religión'. Lo de cangrejos tuvo origen en la famosa canción de Guillermo Prieto. Tagarnos se llamó a los rifleros neoleoneses que trajo Vidaurri, según se cree por una bolsa en que portaban tabaco de pésima clase (tagarnina).

Parece que en un principio se reservó la palabra 'hacheros" a la tropa del bandido liberal Antonio Rojas por su afición al saqueo. Tumbaban las puertas a hachazos'.

Pérez Verdía, en su *Historia particular del estado de Jalisco*, 1910, tomo III, p. 129, escribe:

"La sociedad estaba dividida profundamente en sus opiniones y en sus sentimientos dominando una exaltación hasta entonces desconocida. En todas partes, lo mismo en los salones que en las calles, se hablaba de política, de religión o de filosofía no siempre con acierto, pero invariablemente con pasión; había centros de reunión liberales, como el que a diario tenía lugar en librería y botica de Ocampo (calle de Morelos frente al portal), y conservadores como el de la tienda de Berrueco (avenida Colón frente al portal Matamoros). Se hacía alarde de liberalismo, y D. Refugio I. González llegaba hasta a decapitar las imágenes del Carmen cual nuevo iconoclasta. Las señoras mismas tomaban participación en las discusiones políticas y algunas se presentaban en bailes y tertulias con calzado rojo para denotar que pisaban el emblema de la libertad, mientras que las de opiniones contrarias, calzaban de verde, adornando sus pechos las unas con pequeñas cruces y las otras con hachitas de oro".

14. Miguel Contreras Medellín (1824?-1860) nació en Guadalajara, abogado, pilar del Partido Liberal, jefe político de la ciudad en 1856-1858, luego

de Colima (1858-1860). Participa en el sitio de Guadalajara y muere, a consecuencia de sus heridas, en mayo de 1860.

15. Jesús González Ortega, el famoso general liberal vencedor en Calpulalpan, el 22 de diciembre de 1860. El cuarto sitio de Guadalajara dura septiembre y octubre. La plaza se rinde el 3 de noviembre de 1860.
16. Antonio Rojas (1818-1865). Nació en el rancho del Buey, Cerro Gordo (Tepatitlán). Bandido, guerrillero, chinaco, cruel y ladrón, murió en un encuentro con la contraguerrilla del no menos cruel francés Berthelin en enero de 1865. Don José Ramírez Flores me contó muchas anécdotas que había aprendido de sus parientes de Ixtlán (Nayarit) y Zacoalco (Jalisco).

"Rojas era una activo y audaz guerrillero, pero no fué ni pudo ser nunca un héroe, porque la heroicidad y el bandidaje son ideas que se excluyen; porque los actos heróicos son los que están fuera del común de los hombres, los que exigen un valor extraordinario, una abnegación sublime, una superior elevación de ideas; y Rojas ni dió pruebas de ese valor, ni conoció la abnegación, ni tuvo ideas siquiera. No pasó nunca de ser un guerrillero valiente sin llegar á temerario, audaz y activo.

(...) Ciertamente que Rojas prestó muchos servicios á la causa liberal, pero verdad es también que le hizo gran daño con sus crímenes y desórdenes y mucho desprestigio al Gobernador. Es de todo punto necesario no falsear los caracteres de la Historia y no dejarse deslumbrar por escaramuzas atrevidas y afortunadas, para cerrar los ojos ante los incendios, los regueros de sangre, los suplicios atroces y los robos constantes. A Muchos reaccionarios venció Rojas, pero á muchísimos hombres honrados alejó de la causa liberal. Hay que renegar de los Murat bandidos."

(Luis Pérez Verdía. *Historia particular del estado de Jalisco*. Guadalajara, 1910, tomo III, pp. 89-90).

17. 22 de diciembre de 1860.
18. Trinidad Ramírez, uno de los numerosos hijos de don Nicolás Ramírez, de Ixtlán de Buenos Aires (hoy Nayarit). Familia liberal de rancheros criollos. Trinidad combatió bajo las órdenes de Ramón Corona. Después de su muerte su tropa "Los Libres de Ixtlán" recibió el nombre de Batallón Lanceros de Ramírez. Ver J. Meyer. "Ixtlán de Buenos Aires, 1858", en *Esperando a Lozada*, pp. 191-192.
19. Florentino Cuervo. En aquel entonces, uno de los jóvenes oficiales de Ramón Corona. Después, como general, participa en la campaña final contra Lozada (1873).
20. Ramón Corona (1837-1889) nació en Tuxcueca (Jalisco). Participó de manera brillante en las guerras de la gran década nacional (1857-1867)

en Sinaloa, Tepic y Jalisco. General de División, está en el sitio de Querétaro. En 1873 salva a Guadalajara de la invasión lozadista (batalla de La Mojonera) y acaba con Lozada. Embajador en España, muere asesinado siendo gobernador de Jalisco.

21. Adrián Wool (1795-1875) nació en París. Llega a México en 1817 con Mina. En 1835 recibe el grado de general mexicano. Abraza la causa conservadora e imperialista. Muere en Montauban, Francia.
22. Batalla de La Coronilla el 18 de diciembre de 1866. Los generales Parra, Guadarrama y Donato Guerra aniquilaron una columna franco-mexicana de 800 hombres que había salido de Guadalajara a reforzar Zapotlán. Hicieron 312 prisioneros (101 franceses), quedaron tendidos 135 franceses y quince mexicanos (ver mapa).
23. Antonio Gómez Cuervo, gobernador y comandante general de Jalisco en varias ocasiones entre 1867 y 1871. Apoyado por el general Ramón Corona, combatido por Ignacio L. Vallarta.
24. Ver en el anexo 1, la carta de R. Tovar al canónigo Ramón Camacho García, nacido en Etzatlán en 1818, profesor en el Seminario de Guadalajara (1839-1845), canónigo en Morelia y obispo de Querétaro (1868-1884).

ANEXO 1

CARTA DEL GRAL. LIC. D. REMIGIO TOVAR AL ILLMO. DR. D. RAMÓN CAMACHO

México, Agosto 14 de 1868.

S. Canónigo D. Ramón Camacho.
Morelia.-

Mi muy amado Maestro y Señor de mi respeto:

Hace tres días tuve el gusto de saber que ha sido Ud. preconizado Obispo de Querétaro, y ello me da motivo para dirigirle la presente. No felicito a Ud. por esa nueva dignidad, que viene a coronar una larga y laboriosa carrera eclesiástica; porque pienso que no es caso de felicitacion para un hombre tan de deber y de conciencia como Ud., el ser investido de un cargo que tanto le grava cuanto le honra. Estoy cierto de que para Ud. el Episcopado va a ser solamente un grado mas alto en una vía de prueba; un motivo más imperioso de fatigas, sufrimientos y abnegacion hasta el sacrificio. Pero aunque esta idea me hace creer no deber felicitar a Ud., no me impide felicitarme yo mismo, como deberán felicitarse todos aquellos que tienen de reportar mas inmediatamente los beneficios de la solicitud pastoral de Ud. Al dar a U. testimonio de la satisfaccion que me ha causado la noticia a que me refiero, quedo con ansia por saber que haya U. aceptado; y en tal supuesto, le deseo todas las bendiciones del cielo para el acierto en el desempeño de su misión episcopal; mision, no menos difícil, a mi ver, en el siglo de Reuan, de Strauss y de Hegel, que en la época de los Julianos, Celsos y Porfirios.

Supongo que mi familia, a quien encargué visitara a U. en mi nombre, el año pasado que estuvo U. en nuestra provincia, le informaría de mi situacion última, y de las ocurrencias ingratas que procedieron a ella. Por lo mismo, me limitaré a informar a U. de cosas posteriores.

Hace mas de un año que vivo en un encierro, que es una prision disimulada; sin recibir el sol, ni respirar aire libre; sin ejercicio alguno físico, y en un aislamiento completo. Así lo demanda mi seguridad. Este género de vida me ha traído por fin algunos trastornos en mi salud; consecuencia natural de privaciones de todo género, y de un sistema de vivir contrario a mis habitudes [*sic*]. Mi espíritu ha sufrido mucho también. He tenido días de verdadera desesperacion,

en que no tanto pido a Dios que me salve de los peligros que me cercan, cuanto que me libre de mí mismo.

En mas de un año de esta vida de absoluta inaccion, mi consuelo único ha sido la lectura. He preferido los estudios de Religión, así filosóficos como históricos. Porque, a mas de la simpatía que tiempre he tenido por ellos, mi situacion me ha hecho necesario buscar verdades que, ilustrando la inteligencia, den alimento al corazon. Las obras de Augusto Nicolás, algunas de Bossuet, de de Maistre y Alzag han sido mi recurso único. He contraido con esos libros unas relaciones tan íntimas, tan cordiales, como pueden ser las que se contraen con un amigo, confidente único que nos visita diariamente en una prision. ¡Cuántas veces he recordado con emocion otros días mejores en que U. me inspiró el gusto por los estudios religiosos y morales, y me enseñó a encontrar en ellos una plenitud de verdad y de bien que nunca encontré en estudios de otro género.. En esos mis libros he hallado consuelos para recuerdos amargos; resignacion para ilusiones perdidas. Necesitado a vivir sin pensar en mi presente, porque es un vacío sin fondo, me he limitado a alimentarme de recuerdos sobre lo que me trajo a este *hic et nunc* , y de previsiones, de esperanzas de un porvenir a que tal vez no llegaré. Pues bien: fluctuando entre esos recuerdos desoladores y entre esas esperanzas vagas, yo hé podido decir mil veces con plenitud de corazon, *así estaba escrito*, en cuanto a lo pasado; y *a cada dia le basta su propio afan*, respecto de la incertidumbre del porvenir. Y cuán consolador me ha sido en la presente, tan larga como penosa crisis, poder sentir, saborear la verdad que entraña aquel *pides tua te salvum fecit*, que ha hecho santos prodigios en el mundo! ¿Qué habría yo hecho sin fe religiosa? Fe débil la mía, fe enferma, sin duda; pero de la que el grano que Dios me ha concedido tener, ha sido suficiente lastre para conservar mi corazon en su lugar, a pesar de los furores de la tempestad. Se reirá U. Señor, al verme hablar de tempestad en el aislamiento e inaccion en que vivo: son las tempestades del corazon; es la tormenta en vaso de agua: pero vaso a cuyos bordes han abierto un abismo las decepciones en lo pasado, la incertidumbre, la duda, el excepticismo en cuanto al porvenir.

Mas aun en medio de los gozes que me ha proporcionado el cultivo de verdades de sentimientos; de la energía que para sufrir me ha prestado, ese mi grano de fe, me ha hecho gran falta otra cosa. Eso que alguien ha llamado muy acertadamente *la gimnástica sagrada*, por medio de cuyo ejercicio el alma se levanta sobre sí misma con una fuerza toda sobrenatural; las prácticas sensibles de la Religión. En mas de un año solo he podido asistir tres veces a misa en una casa particular: solo dos veces he podido estar en un templo con alguna tranquilidad. Es que yo solo puedo salir de noche; y en México, al anochecer no se encuentra ya una Iglesia abierta. ¡Cuántos habemos que deseamos la Catacumba de Domitila o de Calixto! Yo he sentido, y no solo en esta vez, sino

en muchas, que hay situaciones en la vida en que solo la atmósfera de un templo da suficiente aire para respirar: en que todo otro aire que no es del recinto del santuario produce una especie [ilegible] del corazón que nos conduce casi hasta la agonía.

Algunas veces, en uno de los escondites en que he vivido, han llegado a mis oídos los acentos del órgano de un templo cercano, acompañando el canto de las Letanías de Todos los Santos. Al escuchar esas armonías no he podido permanecer impacible y me he esforzado por unir las aspiraciones de mi alma a los acentos de mis hermanos, cuyo canto estaba escuchando. Pero, pretension inútil: me faltaba lo que ellos tenían alrededor. Tal vez soy demasiado material, y por esto mis ojos demandan la penumbra del Santuario; mis oídos la letra de la plegaria; mi olfato el humo del incensario para que mi espíritu se eleve hasta tener valor de pedir... algo. Todo concluye por un sentimiento de importancia que me humilla, y arranca de mis ojos una lágrima estéril. Donde quiera, sin duda, se puede adorar a Dios en espíritu y verdad; pero tengo para mí, que así como la naturaleza todos los cuerpos de ella tienen su atmósfera propia que les rodea, así en el órden religioso la Presencia Real en nuestros templos, está envuelta en una atmósfera divina de que se satura completamente el alma que la respira, trasformándose en otro ser, que no es el mismo que aspira el aire de las calles y de las plazas. En estas veces que he sentido la necesidad de orar, y la falta de lugar a propósito para ello; en que he tenido que limitarme a escuchar con tristeza los acentos perdidos de la plegaria de mis hermanos, he formado idea de lo que sentirían, en otro tiempo, los cristianos que sujetos a la penitencia pública, tenían que permanecer años enteros en el vestíbulo del templo, sin poder participar con los fieles de los sagrados misterios. Esta situacion me ha hecho sentir todas las emociones que son capaces de exitar las armonias del canto eclesiástico, cuyo misticismo, cuyas significativas modulaciones que se estiman en lo que valen porque se perciben todos los días con la indiferencia del hábito. Jamás había penetrado en mi corazon tan vivamente el acento cristiano pidiendo misericordia, como ahora; las veces que, segun antes decía, he podido percibir el canto de las Letanías; y mas en aquella variacion de tono que, comenzando con el tan humilde cuanto conmovedor *Propitum esto*, concluye con el sublime apóstrofe *Fili Dei*. Arranque bellísimo, que partiendo del tono grave de la queja humilde, se eleva hasta concluir con el agudo gemido del dolor que suplica; de la súplica que implora; del ruego que llora, del Moro que confía. Será que Dios me quiere compensar con estos goces humedecidos con lágrimas los sufrimientos que apuro ¿Será que ha querido mantenerme en esta situacion para que en ella palpe y sienta que hay verdades, que hay afecciones, que hay goces de un cierto orden, que no se pueden percibir en medio de la disipación y del

desbordamiento del espíritu? Yo no sé, ni quiero investigarlo. Respeto profundamente los designios de Dios, y me someto a ellos con entera resignacion.

He dicho a U. que mi ocupacion y distraccion única es la lectura. Pero he tenido alguna temporada en que, sin contar con un libro, he carecido de toda ocupacion para mi espíritu, y he estado condenado a una vida exclusivamente vegetativa; vida insufrible en que he probado todo el horror de una existencia puramente negativa. Suponga U. un espíritu pensante, libre y activo, condenado a vivir en una planta, y esta arraigada a su propio terreno, sujeta pasivamente a las solas impresiones de lo que le rodea, y con todo el peso, con todo el ímpetu de un principio libre y activo... He aquí mi situacion algunas veces. La antigüedad pagana, para pintar la pena de sus precitos, no inventó cosa mas cruel que esa situacion: ni el tormento de Tántalo, ni el martirio de Prometeo, son mas acerbos que la pena del hombre que, sintiéndose tal, tiene sin embargo, la conciencia y el sentimiento de esa negacion total del yo, procedente de una completa inanicion. Nuestros místicos se han esforzado por buscar imágenes con qué representar la pena de sentido en el infierno; y yo, en lugar de ellos, inmediatamente despues de la pena de carecer de Dios, pondria la que se sufre en ese modo de ser negativo, consistente solo, como antes decía, en el sentimiento imperfecto de una existencia puramente vegetativa, que limita, que coarta hasta la anihilación las aptitudes, aspiraciones y movimientos de un ser inteligente, libre y activo en principio.

Hace un año viví una temporada larga en un barrio de esta ciudad: habitaba un cuarto bajo, y por tanto muy húmedo, cuya longitud era de tres pasos, y algo menos de ancho. Yo le llamaba *mi urna*. En ella no recibía un rayo de sol, no miraba un rasgo de cielo, ni respiraba mas que la atmósfera cargada de humo de mi tabaco. Solo a media noche podía, sin inconveniente, abrir una pequeña ventana que daba a un albañal inmundo cuyos miasmas era lo único que modificaba mi aire respirable. Mi movibilidad se reducía a pasar de mi cama a una silla, y de esta volver otra vez a la cama, que luego se me pegaba a la espalda como el lecho de fuego de un condenado. Allí fué donde, no teniendo un libro, un pedazo de papel, ni una pluma, pasaba los dias contando sus instantes por los latidos de mi corazon, con una desesperacion semejante a la que debe tener el réprobo que mide los tiempos sin fin por los granos de arena que ruedan en el reloj de la eternidad. Y estos dias los apuraba, contando con una sentencia de prescripcion sobre mi cabeza; con un cadalzo por venir; con recuerdos amargos y desgarradoras decepciones a mis espaldas. Así viví cincuentaicuatro dias. Al cabo de ellos, una señora mayor, que cuidaba de mí, puso a mis órdenes una petaca vieja y polvorosa, llena de papeles inútiles, al decir de ella; despojos del tiempo y del furor antiliterario de los ratones: de donde saqué cuanto había, con mas avidez que saca el minero de una cata abandonada, los metales que tanto

codicia y que permanecían ignorados en ella. Me encontré un P. Ripalda, un Caton, muchos calendarios de años atrás, varios pliegos de romances y ejemplos, de esos que vocean los ciegos; los fragmentos de un P. Jean, y algun otro libro desvencijado, como los sueños de los socialistas sin principios y sin una palabra última. Todo ello fué para mí una riqueza, un tomo que comencé a explotar con tal avidez que apenas la tuve en mis años de fiebre para devorar las fantásticas páginas de Lamartine, las más poéticas producciones de Chatcambriand, las mas bellas pinturas de Sainz-Pierre. Concluí pronto con aquel mi repertorio, y no tuve empacho en comenzar de nuevo la lectura de mi mugroso legajo.

Por favor de Dios, después de esa temporada tan penosa, mi situacion ha mejorado algo. Vivo con peligro y con temores: necesito usar de muchas precauciones; pero puedo salir alguna vez por la noche y hacer un rato de ejercicio; esto me hace volver con nuevo aliento a mis libros.

Mi familia, no pudiendo ya subsistir en donde visitó a U. se fué a un pueblo, en donde vive con su parentela. Mi padre se conserva en el mismo pueblo con mi hermana y hermano menor. Aquel señor en tal estado de salud, que temo recibir, de un día a otro, la noticia de su fallecimiento.

He escrito a U. muy largo, y robádole con la lectura de mi carta un tiempo precioso para atenciones graves. Pero teniendo la creencia de que no es indiferente para U. suceso alguno mio, he descendido a intimidades, a puerilidades que todo lo narran en una amistad de familia. Al concluir esta carta siento algo del gusto que experimento siempre que convoco con U., y recuerdo dias mejores en mi colegio.

Sirvase U. disimular el cambio de mi nombre, me es necesario así: pero U. usted conoce mi letra. Si U. tuviera la bondad de escribirme alguna vez, yo tendría con ello un gusto muy grande. Su carta de U. podría venir por el mismo conducto de esta, o por el correo, dirigida al nombre suscrito.

Señor: en el contenido de esta carta, en las expanciones tan cordiales que me he tomado la libertad de desahogar en ella, y en el motivo principal que me determinó a escribirla, reciba U. un testimonio del afecto inalterable, de la constante gratitud y de la confianza de mi familia de discípulo que jamás le olvida y atento B. S. M. (He querido conservar esta carta, no porque contenga en sí mérito alguno; sino porque ella es un recuerdo de la persona amada a quien la dirigí, y es ademas una pintura fiel de una de las situaciones mas penosas de mi agitada vida).

JRF/rzr.

ANEXO 2

La revolución en Guadalajara (1863) por el cura Francisco Javier Gómez († 1910)

La Revolución crecía por momentos, por lo que, con frecuencia, seguido pasaban grupos por la acera de la Catedral gritando: ¡Muera Gómez!, ¡Muera Córdova!

Un día se supo que los Franceses tomaron la ciudad de Puebla; ese día empezaron a reunir los clubs frente a Palacio. ¡Mueran los Franceses y muera el Clero!

Estos eran sus gritos y como todo el Clero que había eran los catedráticos del Seminario, todo el día continuaron los gritos. Los estudiantes del Seminario al venir a sus cátedras, traían noticias espantosas, en la tarde luego que dieron cátedra, salieron todos, el Superior del Seminario fue a mi cuarto y me dijo: todos han salido y como yo también voy a salir, quédese U. celando hasta que venga yo, así lo hice.

Pero volvían los niños con noticias tan alarmantes, de que en la noche nos iban a matar, poco después llegan las principales familias de la ciudad buscando a los catedráticos, más como no los hallaron me dijeron que les comunicara que se fueran a esconder a sus casas —las de las familias—, ellas dejaban vestidos de secular para que se disfrazaran y se fueran luego que regresaran, pero nadie salió por no estar el Superior.

Ya cerca de la oración llegó mi Padre y me dijo: "Vámonos, porque te van a matar a la noche". Yo le dije: que no podía, porque estaba encargado de la casa. El me dijo: "Toma este vestido, y esta escala, te disfrazas y te descuelgas en la noche, que yo esperaré en la casa". Y se fue, no sin darme antes la bendición.

El Superior llegó a las ocho y media, mandando tocar la campana para el refectorio, ya en la mesa nos preguntó lo que sabíamos acerca de la revolución, después nos dijo que si pensabamos huir a donde nos convidaban, a lo que respondieron los demás, que sólo que él saliera saldrían ellos. Luego él dijo: "que él no saldría", por lo que contestaron todos que ellos también se quedarían. Luego dirigiéndose a mí me preguntó qué era lo que pensaba, respondiéndole yo igual que mis compañeros.

Entonces mandó que atrancaran la puerta, con unas piedras, formando así una trinchera muy resistente.

Continuamos en la mesa, como si nada nos esperara hasta las diez, hora en que se oyeron gritos, balazos, golpes y maldiciones. El Superior se levantó de la mesa y dijo:

—"A sus piezas todos. Sánchez, Córdova a las azoteas y digan lo que vean".

A poco de estar en mi pieza entró el Padre Torres, catedrático de Mayores, muy asustado diciéndome:

—¡Gómez confiéseme que me matan!

Lo confesé, luego él me confesó a mí, luego nos sentamos, yo no tenía miedo, él estaba temblando y le dije: "¿Qué estamos haciendo aquí sentados? Vamos a la ventana".

Las ventanas daban al frente de Catedral en donde se veía que venían los Clubs marchando, de dos en fondo, entonces no había barandal en el atrio de catedral, venían al frente cuatro soldados con hachones y cuatro con hachas, para descerrajar la puerta. Ya venían cerca de la puerta del Seminario, cuando se oyó un ruido por la calle de Santa María de Gracia, volteamos a ver lo que era y vimos un pelotón de caballería que venía corriendo con los sables en alto, eran tantos que llenaron todo el frente y costado de catedral.

Hubo un rato de silencio aterrado; rompieron el silencio dos pelotones de caballería que cargaron contra los de los hachones y de las hachas. Viendo eso, los de los Clubs calaron sus bayonetas y arremetieron contra los soldados de la vanguardia; recibiéndolos éstos a machetazos y los de atrás a balazos, siguiendo una espantosa carnicería. Nosotros dabamos la absolución a los moribundos que se arrepintieran de sus pecados desde la ventana.

A ese tiempo se abrió una de las ventanas del Arzobispado, apareciendo Vallarta y Ogazón, gritando:

—¿Qué es eso?

Uno de los que formaban un Club, contestó:

—Es la caballería de Galván que anda macheteando a los de los Clubs.

Entonces Vallarta dijo:

—¿Quién le dio la orden a la caballería para hacer eso? La contestación fueron dos balazos que hicieron blanco en el alfeizar de la ventana, luego cerraron la ventana y afuera siguió la guerra, hasta la una de la mañana. A las dos ya no se oían, mas que tan sólo unos cuantos tiros.

Poco después salieron entre la caballería muchos coches landós, con sirvientes con hachones, levantando los cadáveres, pues muchos de ellos eran hijos de ricos. De las dos y media a las tres llegaron los carretones de la basura levantando los puertos que aún quedaban y los llevaron a Belén. Poco después

pasó un barril con regadera, levantando los charcos de sangre. A las cinco de la mañana todo estaba ya tranquilo.

Yo abrí la Iglesia de la Soledad donde era capellán, siendo la única iglesia que se abrió ese día. Dos días más tarde llegaron los señores Curas capellanes a avisarle al Sr. Dr. Escobedo que ya iban a abrir sus iglesias porque el Dr. Escobedo era el único superior que había recibido de Roma la orden de que en caso de ponerse las cosas como se pusieron, se hiciera fuerte en el Seminario. Lo que cumplió al pie de la letra, sacándolo de sus apuraciones de dinero Mi Señor Padre, quien le prestaba para sostener el Colegio.

Después, enojados los Federales contra los franceses porque no podían matar a Lozada por Tepic, dieron orden de hacer cuartel el Colegio; a las cinco de la mañana nos llegó esa orden en que se nos decía: "que nos saliéramos sin sacar nada, bajo pena de muerte".

Yo que era el Capellán y Mayordomo de San Juan Nepomuceno, no saqué mis cosas; sino que salí a buscar al Señor Gobernador de la Sagrada Mitra para preguntarle qué debía hacer, encontré tan sólo a uno de los Señores Gobernadores y me dijo que me fuera a mi casa y desde allí, cuidara la Iglesia y que me quedara con las llaves de los cepos, para que los abra y los cierre, dándole las llaves después a Don Manuel Gómez, el Señor Arquitecto.

Me volví, y entrando a la sacristía, en un cajón grande puse las custodias del Colegio, de la Soledad, los copones, los cálices, las alhajas de San Juan Nepomuceno. El resplandor de oro y piedras de calabacillas, de perlas, del rosario y una corona de espinas de oro, de nuestra Señora de los Dolores. Los ornamentos de primera y segunda clase y las alhajas de plata de San Juan Nepomuceno.

Sólo la plata de la urna del Señor no la quité, porque necesitaba golpear; ya achilillado el cajón, me dispuse a morir, por si me mataban al conocer que yo sacaba de la Iglesia las cosas para defenderlas, porque los revolucionarios estaban robando todo.

A las ocho salí y ya no quedaba nadie; traje muchos mozos y mandé que llevaran mis muebles y detrás de ellos el cajón.

Al salir, puestos los soldados en guardia, la Providencia quiso que llegara Don Julio, sacristán de Catedral, quien me dijo: "Padre Gómez, ¿Dónde me da licencia de alzar este cajón?", y lo descubrió delante de la guardia, estos se inclinaron y vieron el cajón lleno de dinero, varillas y perillas de plata, yo en la imposibilidad de servirle, le aconsejé que lo guardara donde creyera conveniente y que le diera las llaves a Don Manuel Gómez el Arquitecto.

Entre tanto mis muebles y el cajón de la Iglesia habían pasado sin ser notados. Llegué a mi casa, donde enterré todo. Al medio día llegó mi Señor Padre y me dijo, que luego que vieron que yo entré a la casa se fueron tres

hombres galeanos a su tienda y lo insultaron durante dos horas. El se impacientó, brincó el mostrador, le quitó a uno el mosquete y de un golpe lo bajó del caballo: entró a la defensa el segundo, mi Señor padre lo hizo caer también de un balazo; el tercero luego que vio todo tan serio, volvió grupas y se perdió.

Después cerró mi padre su tienda y se fue al Cuartel de San Juan de Dios y le dijo al General Galván:* "me insultaron unos galvanos, dos herí y uno va corriendo al mesón de San Joaquín a avisarle a Rojas. ¿Me defiende usté?".

—Sí, Don Luis, ya hemos visto y oído que lo insultaban, alegando que era casa de un Sacerdote.

Dijeron: "hemos visto a su hijo salir del Colegio y entrar a la casa perteneciente a esta tienda; ojalá lo hubieramos sabido más antes, ya vería". A la orden del General Galvan, le dijeron que pasara, le dieron caballo y armas y se quedó junto del General Galván.

A poco llegó un oficial de parte del Sr. Rojas, pretendiendo que se llevaría a mi Padre para castigarle y si no, Rojas sacaría la caballería y haría fuego.

El General Galván contestó que la sacara, que don Luis no lo acompañaría. Antonio Rojas sacó la caballería y la formó desde el mesón de San Joaquín, hasta la Presa; Galván sacó también su caballería del cuartel de San Juan de Dios y la formó, hasta la alameda, poniéndose él a la cabeza, junto con mi señor Padre. Estuvieron una hora en actitud de pleito, cuando repentinamente Rojas metió sus soldados al mesón y entonces el Gral. Galván metió también su caballería al cuartel. Pasó una hora al cabo de la cual, dijo Galvan a mi Señor Padre: "ahora Don Luis ya puede Ud. marcharse sin cuidado a su casa". Mi Señor Padre llegó a la una diciéndome: ¿Te acuerdas de que no quería que te ordenaras?

Pues ahora porque tu viniste aquí, iba a haber desgracias, me refirió todo y concluyó diciéndome: "Vete, no quiero que estés en la casa, porque me comprometes".

Yo le dije que iba a avisar a la Sagrada Mitra, pues de allí me habían ordenado que viniera, a su casa.

Fui a la Sagrada Mitra y le dije a D. Jacinto López lo que pasaba, quien me dijo:

— Vuelva Ud. a su casa y se le dirá lo que ha de hacer.

Volví a la hora de comer, recibí un oficio donde me nombraban ministro de Ayo. Mi Señor Padre me dijo: "Pasa la tarde aquí y mañana saldrás, agradécele a Galván la vida, pues el defendió a todos los catedráticos" —Me contó después que cuando los clubs, en la toma de Puebla nos querían matar,

* Pedro Galván (1833-1892) "chinaco" jalisciense, más adelante amigo de Porfirio Díaz (N. del C.)

fue mi Padre con Galván, después que me llevó el vestido y la escala porque era su amigo y le dijo: "Tengo un hijo Padre que es capellán de la Soledad y me parece que a la noche lo matan, por no haber querido salir del Colegio ¿qué no habrá modo de defenderlo?".

— Sí Don Luis, vaya Ud. sin cuidado, que si Dios quiere, no morirá su hijo; y como ves, ahora me ha salvado de las manos de Rojas que me quería matar.

Por eso cuando Galván murió, sabiendo yo que estaba muy malo, aunque no me tocaba, por estar en mi curato —entonces estaba yo en Mexicaltzingo— una noche, después de las ocho, estuve en la banqueta de la casa de Galván resuelto a entrar y ver si lo confesaba a pesar de todos los masones que lo rodeaban, como lo hice con Cordero, que no había querido confesarse con catorce Sacerdotes, como lo hice después con el General Lomelí, que no había querido confesarse; ni con el Dr. Escobedo, que era su maestro y lo quería mucho; a las diez de la noche llegó el Sr. Canónigo García y me dijo:

— ¿Qué anda haciendo Señor Cura?

— Ando viendo a ver como confieso a Galván porque yo le debo la vida.

— Yo también vengo a eso. Así que váyase Ud. a su curato, y confié en mi, pues yo soy de la casa y haré lo posible. Queda Ud. descargado del deber de gratitud.

Yo me fui y seguro que el Sr. cumpliría lo prometido.

Al día siguiente fui a Ayo.